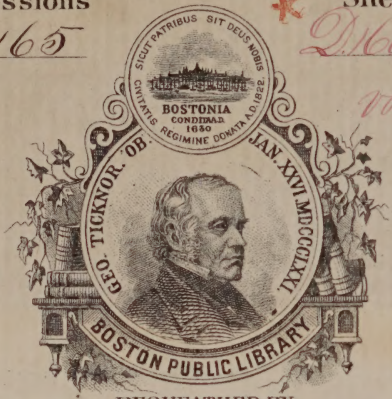
Accessions
116165

Shelf No.
D.160.86
vol. 1.



BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Recd. Apr. 26th 1871.

I. 6.

LA

GAVIOTA,

NOVELA ORIGINAL DE COSTUMBRES ESPAÑOLAS

POR

FERNAN CABALLERO.

TOMO I.

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,
calle de la Cruz Verde, número 8.
1856.

LA
GAVIOTA,

Novela original de costumbres españolas

POR

FERNAN CABALLERO.

TOMO I.

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, número 8.
1856.

D 160
.B6
vol. 1

116165
B.S.

PROLOGO (1).

Apenas puede aspirar esta obrilla á los honores de la novela. La sencillez de su intriga y la verdad de sus pormenores no han costado grandes esfuerzos á la imaginacion. Para escribirla, no ha sido preciso mas que recopilar y copiar.

Y en verdad, no nos hemos propuesto componer una novela, sino dar una idea exacta, verdadera y genuina de España, y especialmente del estado actual de su sociedad, del modo de opinar de sus habitantes, de su índole, aficiones y costumbres. Escribimos un ensayo sobre la vida íntima del pueblo español, su lenguaje, creencias, cuentos y tra-

(1) Para una edicion de *la Gaviota* que se empezó á dar en 1853, escribió el autor este prólogo. Aunque ahora, siendo aquel tanto mas conocido, pudiera acaso parecer menos necesario, hemos creido deber conservarlo, porque fija perfectamente el punto de partida del escritor, y el fin moral á que se dirige en sus obras.

Al público toca juzgar si lo ha conseguido.

(NOTA DEL EDITOR.)

diciones. La parte que pudiera llamarse novela, sirve de marco á este vasto cuadro, que no hemos hecho mas que bosquejar.

Al trazar este bosquejo, solo hemos procurado dar á conocer lo natural y lo exacto, que son, á nuestro parecer, las condiciones mas esenciales de una novela de costumbres. Asi es, que en vano se buscarán en estas páginas caractéres perfectos, ni malvados de primer órden, como los que se ven en los melodramas; porque el objeto de una novela de costumbres debe ser ilustrar la opinion sobre lo que se trata de pintar, por medio de la verdad; no extraviarla por medio de la exageracion.

Los españoles de la época presente pueden á nuestro juicio, dividirse en varias categorías.

Algunos pertenecen á la raza antigua; hombres exasperados por los infortunios generales, y que, impregnados de la quisquillosa delicadeza que los reveses comunican á las almas altivas, no pueden soportar que se ataque ni censure nada de lo que es nacional, excepto en el órden político. Estos están siempre alerta, desconfian hasta de los elogios, y detestan y se irritan contra cuanto tiene el menor viso de extranjero.

El tipo de estos hombres es, en la presente novela, el General Santa María.

Hay otros, por el contrario, á quienes disgusta todo lo español, y que aplauden todo lo que no lo es. Por fortuna no abundan mucho estos esclavos de la moda. El centro en que generalmente residen, es en Madrid; mas contados en las provincias, suelen ser objeto de la comun rechifla.

Eloisa los representa en esta novela.

Otra tercera clase, la mas absurda de todas en nuestra opinion, desdeñando todo lo que es antiguo

y castizo, desdeña igualmente cuanto viene de afuera, fundándose, á lo que parece, en que los españoles estamos á la misma altura que las naciones extrangeras, en civilizacion y en progresos materiales. Mas bien que indignacion, causarán lástima los que asi piensan, si consideramos que todo lo moderno que nos circunda, es una imitacion servil de modelos extranjeros, y que la mayor parte de lo bueno que aun conservamos, es lo antigno.

La cuarta clase, á la cual pertenecemos, y que creemos la mas numerosa, comprende á los que, haciendo justicia á los adelantos positivos de otras naciones, no quieren dejar remolcar, de grado ó por fuerza, y precisamente por el mismo idéntico carril de aquella civilizacion, á nuestro hermoso pais; porque no es ese su camino natural y conveniente: que no somos nosotros un pueblo inquieto, ávido de novedades, ni aficionado á mudanzas. Quisiéramos que nuestra Patria, abatida por tantas desgracias, se alzase independiente y por sí sola, contando con sus propias fuerzas y sus propias luces, adelantando y mejorando, sí, pero graduando prudentemente sus mejoras morales y materiales, y adaptándolas á su carácter, necesidades y propensiones. Quisiéramos que renaciese el espíritu nacional, tan exento de las baladronadas que algunos usan, como de las mezquinas preocupaciones que otros abrigan.

Ahora bien, para lograr este fin, es preciso, ante todo, mirar bajo su verdadero punto de vista, apreciar, amar y dar á conocer nuestra nacionalidad. Entónces, sacada del olvido y del desden en que yace sumida, podrá ser estudiada, entrar, digámoslo así, en circulacion, y como la sangre, pasará de vaso en vaso á las venas, y de las venas al corazon.

Doloroso es que nuestro retrato sea casi siempre ejecutado por extranjeros, entre los cuales á veces sobra el talento, pero falta la condicion esencial para sacar la semejanza, conocer el original. Quisiéramos que el público europeo tuviese una idea correcta de lo que es España, y de lo que somos los españoles; que se disipasen esas preocupaciones monstruosas, conservadas y transmitidas de generacion en generacion en el vulgo, como las momias de Egipto. Y para ello es indispensable que, en lugar de juzgar á los españoles pintados por manos extrañas, nos vean los demas pueblos pintados por nosotros mismos.

Recelamos que al leer estos ligeros bosquejos, los que no están iniciados en nuestras peculiaridades, se fatigarán á la larga, del estilo chancero que predomina en nuestra sociedad. No estamos distantes de convenir en esta censura. Sin embargo, la costumbre lo autoriza; aguza el ingenio, anima el trato, y amansa el amor propio. La chanza se recibe, como el volante en la raqueta, para lanzarla al contrario, sin hiel al enviarla, sin hostil susceptibilidad al acogerla; lo cual contribuye grandemente á los placeres del trato, y es una señal inequívoca de superioridad moral. Este tono sostenidamente chancero, se reputaria en la severidad y escogimiento del buen tono européo, por de poco fino; sin tener en cuenta que lo fino y no fino del trato, son cosas convencionales. En cuanto á nosotros, nos parece en gran manera preferible al tono de amarga y picante ironía, tan comun actualmente en la sociedad extranjera, y de que se sirven muchos, creyendo indicar con ella una gran superioridad, cuando lo que generalmente indica es una gran dósis de necedad, y no poca de insolencia.

Los extranjeros se burlan de nosotros: tengan, pues, á bien perdonarnos el benigno ensayo de la ley del talion, á que les sometemos en los tipos de ellos que en esta novela pintamos, refiriendo la pura verdad.

Finalmente, háse dicho que los personajes de las novelas que escribimos, son retratos. No negamos que lo son algunos; pero sus originales ya no existen. Sólo tambien casi todos los principales actores de nuestros cuadros de costumbres populares: mas á estos humildes héroes nadie los conoce. En cuanto á los demas, no es cierto que sean retratos, al menos de personas vivas. Todas las que componen la sociedad, prestan al pintor de costumbres cada cual su rasgo característico, que unidos todos como en un mosáico, forman los tipos que presenta al público el escritor. Protestamos, pues, contra aquel aserto, que tendria no solo el inconveniente de constituirnos en un escritor atrevido é indiscreto, sino tambien el de hacer desconfiados para con nosotros en el trato, hasta á nuestros propios amigos; y si lo primero está tan léjos de nuestro ánimo, con lo segundo no podria conformarse nunca nuestro corazon. Primero dejaríamos de escribir.

LA GAVIOTA (1).

JUICIO CRÍTICO

POR EL SEÑOR DON EUGENIO DE OCHOA (2).

I.

Varias veces lo hemos dicho: no es la novela el género de literatura en que mas han descollado los españoles en todos tiempos, y señaladamente en los

(1) Gaviota es el nombre de un ave marítima. Se aplica familiarmente á la muger gritona, imprudente, atolondrada y de ásperos modales, como lo indica el conocido refran: *La gaviota, mientras mas vieja, mas loca.*

(2) Creyendo de sumo interes para la historia literaria de Fernan Caballero y de sus obras, cuya edicion hemos acometido, conservar el recuerdo del fallo con que acogió el público la aparicion de la Gaviota, primera de sus novelas que dió á luz, nos hemos decidido á insertar en este sitio, por nuestra cuenta y bajo nuestra responsabilidad, el juicio que sobre ella publicó en el periódico La España, en agosto de 1849, el señor don Eugenio de Ochoa, uno de nuestros mas autorizados críticos. Creemos hacer con ello un obsequio á nuestros lectores.

(Nota del editor.)

modernos. Las causas de este, al parecer, fenómeno de nuestra historia literaria, las hemos dicho tambien en diferentes escritos, que la escasa porcion del público que por tales cuestiones se interesa, recordará tal vez: excusado sería, pues, y aun molesto, repetirlas. Permítasenos, sin embargo, apuntar aqui una sola: la novela, ese género que pasa por tan frívolo, tan fácil, tan sin consecuencia, es, díganlo los que le han cultivado, de una dificultad suma, y requiere, para que sea posible descollar en él, hoy que se ve elevado á tanta altura en las producciones de los mas claros ingenios de Europa, una aplicacion extremada, á mas de un talento de primer órden. Entre nosotros, el talento no escaséa; pero la aplicacion, el estudio, la perseverancia son dotes raras. Nos gusta conseguir grandes resultados con poco esfuerzo, y cuando es posible, los conseguimos; por eso se escriben entre nosotros buenos dramas, y no buenas novelas. Salvas algunas excepciones muy contadas, nuestras novelas modernas, aun las que tienen un verdadero valor literario, carecen de todo interés novelesco, y no tienen en realidad, de *novelas* mas que el nombre. Su habitual insulsez es tanta, que el público escamado, con solo ver el adjetivo *original* al frente de una de ellas, la mira con desconfianza, ó la rechaza con desden, al mismo tiempo que se abalanza con una especie de sed hidrópica sobre las mas desatinadas traducciones de los novelistas extranjeros. Estos surten casi esclusivamente nuestras librerías y nuestros folletines: sus obras, vertidas á un castellano generalmente bárbaro, forman el ramo mas importante de nuestro moribundo comercio de librería.

Parece á primera vista que esa predileccion del

público á las novelas extranjeras es una manía inspirada por la moda, que tantas extravagancias inspira, un capricho irracional, como tantos otros de que solemos ser necios esclavos, por tener el gusto de parecer hoy ingleses y mañana franceses; pero no es así. Hay una razon decisiva para que las novelas extranjeras, en especial las francesas, alcancen gran valimiento, y las nuestras no; esa razon es que *interesan* mucho: las nuestras por lo general, ya lo hemos dicho, interesan poco ó nada. Algunas honrosas excepciones (y *La España* tiene la gloria de haber suministrado á la crítica algunas de las mas notables), no bastan á destruir la indisputable cuanto triste verdad de esta proposicion. Reflexionando en sus causas, solo hemos discurrido una plausible para explicar esa singularidad: nuestros escritores no aciertan á interesar con sus novelas, porque ninguno ha escrito bastantes para llegar á posesionarse, digámoslo asi, de todos los recursos del arte: sus producciones no son mas que ensayos, y rara vez los ensayos son perfectos, ni aun buenos. Para escribir una buena novela, es preciso, por regla general, haber escrito ántes algunas malas: los casos como el de la *Gaviota*, primera produccion al parecer, y excelente sin embargo, son rarísimos.

¿Quién será, nos preguntábamos con curiosidad viva, desde sus primeros capítulos, quién será el FERNAN CABALLERO que firma como autor esa preciosa novela, la *Gaviota*, que ha publicado recientemente el *Heraldo*?—Bien conociamos que ese era un nombre supuesto: bien conociamos tambien que ese libro, en el que desde las primeras líneas, respirábamos con delicia como un perfume de virginidad literaria, era producto de una inspiracion espontánea y pura, y que nada tenia que ver con

todas esas marchitas producciones, que la especulacion lanza diariamente al público paciente, frutos apaleados, verdes y podridos al mismo tiempo. Pero por otra parte, se nos hacia duro creer que el verdadero nombre encubierto bajo aquel seudónimo notorio, fuese enteramente desconocido en la diminuta república,—verdadera república de San Marino,—que forman nuestros literatos propiamente tales; y asi íbamos pasando revista á todos los que la fama pregona con sus cien trompas, para entresacar de sus gloriosas filas el que mejor se adaptase á las dotes de la nueva produccion. Ninguno nos satisfacia; revolviendo antecedentes, ningunos hallábamos que se ajustasen á aquel marco tan elegante y correcto; ningunos que justificasen aquel interés tan hábil y naturalmente sostenido, aquellos caractéres tan nuevos y tan verdaderos, aquellas descripciones tan delicadas, tan lozanas y tan fragantes,—permítasenos la expresion,—que ora recuerdan el nítido pincel de la escuela alemana, ora la caliente y viva entonacion de la escuela andaluza. Vése allí el dibujo de Alberto Durero realzado con el colorido de Murillo.

No, ninguna de nuestras celebridades modernas nos anunciaba ni prometia la caprichosa creacion de Marisalada, las deliciosas figuras de Rosa Mística, Pedro Santaló, la tia María y el comandante del fuerte de San Cristóbal; ninguna nos anunciaba ni prometia el donaire sumo con que están pintadas la simplicidad angélica del hermano Gabriel, contrastando con la malicia diabólica de Momo. No tiene el mismo Walter Scott un carácter mas verdadero, mas cómico ni mejor sostenido que el de don Modesto Guerrero, el comandante susodicho, prototipo de la lealtad, de la resignacion y de la benevolencia

características del soldado viejo. ¡Y con qué gracia está delineado en cuatro rasgos el barberillo Ramon Perez! ¡Y el honrado Manuel, tipo perfecto del campesino andaluz, con su inagotable caudal de chistes, y su travesura y su bondad naturales!

Pero la figura que irresistiblemente se lleva el mayor interés del lector, la que siempre domina el cuadro, porque nunca nos es indiferente, si bien casi siempre nos es antipática, es la de Marisalada. Nada mas singular, nada mas ilógico, y por lo mismo acaso nada mas interesante, que aquel adusto carácter, seco y ardiente al mismo tiempo, duro hasta la ferocidad, y capaz, sin embargo, en amor, del mas abyecto servilismo;—muger fantástica á veces como una hada, á veces prosáica y rastrera como una mozuela;—conjunto que no se explica, pero que se siente y se ve, y en el que se cree como en una cosa existente, de sensibilidad é indiferencia, de hermosura y fealdad física y moral, de bondad y depravacion, ambas nativas, de ingenio elevado y de materialismo grosero,—personaje á quien es imposible amar, y á quien sin embargo no acertamos á aborrecer;—carácter altamente complejo, que por un lado se roza con la inculta sencillez de la naturaleza salvaje, y por otro participa de los mas impuros refinamientos de la corrupcion social.—Hay en Marisalada algo de la condicion indolente y maligna del indio de Cooper, y algo tambien del escepticismo infernal de la muger libre de Jorge Sand.—Si el autor ha copiado del natural ese singularísimo personaje, es un hábil y muy sagaz observador; si lo ha sacado de su fantasía, es un gran poeta:—de todos modos es un profundo conocedor del corazon humano. Por eso sin duda no se empeña en explicar el móvil de las acciones de su prota-

gonista.—¿A qué fin? ni aun la explicacion mas ingeniosa podria parecer satisfactoria para los que saben que nada hay en el mundo mas irracional que la pasion, como nada hay, muchas veces, mas inverosímil que la verdad misma. La *Gaviota* es un personaje puramente de pasion; la razon no tiene sobre él dominio alguno. La misma espontaneidad algo insensata, la misma obstinacion algo brutal que hallamos en sus primeras palabras al presentarla el autor en escena, vemos en todos sus actos hasta el fin de la novela.

—«Vamos, Marisalada, le dijo (la tia María), levántate para que el señor (Stein) te examine.

Marisalada no mudó de postura.

—«Vamos, hija, repitió la buena muger, verás cómo quedas sana en menos que canta un gallo.

Diciendo estas palabras, la tia María, apoderándose de un brazo de Marisalada, procuraba ayudarla á levantarse.

«—No me da la gana, dijo la enferma arrancándose del brazo de la vieja con una fuerte sacudida.»

En el efecto que nos produce el personaje de la *Gaviota*, como en el género de interés que nos inspira, se nos figura que hay algo del sentimiento de inquieta compasion que nos producen ciertos dementes sosegados, pero sombríos y enérjicos, que parece como que siguen en sus ideas y en sus actos una misteriosa inspiracion, de que á nadie dan cuenta, y en la que tienen una fé ciega; de aqui su áspera condicion, y el agreste desden con que acogen las advertencias y los consejos que les da lo que llamamos la cordura humana. Al ver su fé robusta en esa voz íntima que al parecer les guia en su oblícua carrera, al paso que la duda y el temor

son la inseparable secuela de nuestras opiniones y de nuestros actos *razonables*, alguna vez nos hemos sentido á punto de preguntarnos: «¿Serán ellos los cuerdos? ¿Serémos nosotros los locos?»

El personaje de Stein forma un perfecto contraste con el de la *Gaviota*; todo en aquel es serenidad y rectitud; todo en esta es tumulto y desórden. Ambos caractéres están pintados con igual maestría; como concepcion literaria, el segundo es muy superior al primero; este, en cambio, vale mucho mas como pintura moral. Stein es el hombre evangélico, el *justo* en toda la extension de la palabra; nada basta á alterar la límpida tersura de su hermosa alma; es el tipo acabado de esa proverbial mansedumbre germánica, ahora ¡ay! muy desmentida por una reciente experiencia, que hacia decir á Voltaire: «los alemanes son los ancianos de Europa.» La dolorosa resignacion con que sobrelleva Stein sus desastres conyugales, y mas aun la noble ceguera con que por tanto tiempo desconoce la execrable traicion de Marisalada, están hábilmente preparadas por los antecedentes todos de la historia de aquel hombre, predestinado á la desgracia por una vida toda de bondad, de abnegacion y de oscuros padecimientos. Estas pocas palabras del autor esplican la conducta del personaje que nos ocupa: «Stein, que tenia un corazon tierno y »suave, y en su temple una propension á la con»fianza que rayaba en debilidad, se enamoró de su »discípula. La pasion que Marisalada le habia ins»pirado, sin ser inquieta ni violenta, era profunda, »y de aquellas en que el alma se entrega sin reser»va:»—Y luego: «Stein era uno de esos hombres »que pueden asistir á un baile de máscaras, sin lle»gar á penetrar que detrás de aquellas fisonomías

»absurdas, detrás de aquellas facciones de carton »pintado, hay otras fisonomías y otras facciones, »que son las que el individuo ha recibido de la na»turaleza:»—rasgos magistrales, que pintan, ó mas bien, que animan y vivifican á un personaje de novela, mejor que las mas menudas y prolijas filiaciones, en que se complacen los pintores vulgares, ya pinten con la pluma, ya con el pincel. Más dice un brochazo de Goya, que todos los toques y retoques que da un mal pintor; más una palabra de Cervantes, que un tomo entero de un mal novelista.

Todos los personajes de la *Gaviota* viven, y nos son conocidos: á todos los hemos visto y tratado mas ó menos, segun el mayor ó menor relieve que les da el autor. Sucédenos en la lectura de algunas novelas, que por mas que lo procuramos, no nos es posible parar la atencion en los personajes que figuran en ellas, ni imaginarnos cómo son física y moralmente. El autor nos lo dice, y al momento se nos olvida; es como si leyéramos distraidos, cuando por el contrario, nos tomamos en aquella lectura un afan tan ímprobo como para resolver un problema difícil. ¿Qué prueba esto? Nada mas sino que aquellos personajes *no viven*;—son estátuas que aun no han recibido el fuego del cielo, y que como tales, no despiertan en nuestra alma, ni es posible, odio ni amor: en suma, están en la categoría de *cosas*, no son *personas*. Cuando mas, se podrán llamar *sombras*. Se les da el nombre de *personajes* por mera licencia poética. Lo mismo que de las pinturas de los caractéres, puede decirse de las descripciones de los sitios. Si el lector no los ve, como si estuviera materialmente en ellos, esas descripciones nacerán muertas:—no serán tales descripciones, sino un monótono y estéril hacinamiento de palabras, un

fastidioso ruido, que ninguna idea despertará en nuestra mente, ninguna simpatía en nuestro corazon. No dirémos al leerlas: «eso es malo, eso está mal escrito»; porque la descripcion podrá ser hermosa, y la pintura podrá estar bien hecha; pero diremos: «eso no es verdad,» ó tal vez:—«¿ y qué? ¿qué nos importa todo eso que nos van diciendo tan elegantemente, si á medida que lo vamos leyendo, se nos va borrando de la memoria?»

Descripciones hay en la *Gaviota* que pueden presentarse como dechados. Veamos esta:—«Stein se paseaba un dia delante del convento, desde donde se descubria una perspectiva inmensa y uniforme: á la derecha, la mar sin límites; á la izquierda, la dehesa sin término. En medio, se dibujaba en la claridad del horizonte el perfil oscuro de las ruinas del fuerte de San Cristóbal, como la imágen de la nada en medio de la inmensidad. La mar, que no agitaba el soplo mas lijero, se mecia blandamente, levantando sin esfuerzo las olas que los reflejos del sol doraban, como una Reina que deja ondear su espléndido manto. El convento, con sus grandes, severos y angulosos lineamentos, estaba en armonía con el paisaje, grave y monótono. Su mole ocultaba el único punto del horizonte interceptado en aquel uniforme panorama.

»En aquel punto se hallaba el pueblo de Villamar, situado junto á un rio, tan caudaloso y turbulento en invierno, como mezquino y escaso en el verano. Los alrededores bien cultivados presentaban de léjos el aspecto de un tablero de damas, en cuyos cuadros variaba de mil modos el color verde; aquí el amarillento de la vid todavía cubierta de follaje; allí el verde ceniciento de un olivar, ó el verde esmeralda del trigo, que habian fecundado las llu-

vias de otoño, ó el verde sombrío de las higueras; y todo esto dividido por el verde azulado de las pitas de los vallados. Por la boca del rio cruzaban algunas lanchas pescadoras; del lado del convento, en una elevacion, una capilla; delante, una gran cruz, apoyada en una base piramidal de mampostería blanqueada; detrás, un recinto cubierto de cruces pintadas de negro. Este era el Campo Santo.

»Delante de la cruz pendia un farol, siempre encendido, y la cruz, emblema de salvacion, servia de faro á los marineros: como si el Señor hubiera querido hacer palpables sus parábolas á aquellos sencillos campesinos, del mismo modo que se hace diariamente palpable á los hombres de fé robusta y sumisa, dignos de aquella gracia.»

II.

El mayor mérito de la *Gaviota* consiste seguramente en la gran verdad de los caractéres y de las descripciones: en este punto recuerda á cada paso las obras de los grandes maestros del arte, Cervantes, Fielding, Walter Scott y Cooper: á veces compite con ellas.—No todos estarán conformes con lo que vamos á decir: á nuestro juicio, ese mérito es el que principalmente debe buscarse en una novela, porque es, digámoslo asi, el mas esencial, el mas característico de este género de literatura. Verdad y novedad en los caractéres, verdad y novedad en las descripciones; tales son los dos grandes ejes sobre que ha de girar necesariamente toda novela digna de este nombre. Casi estamos por decir que ellos son la novela misma, y que todo lo demas es lo accesorio: por lo ménos, es muy cierto que no hay

mérito que alcance á suplir la ausencia de estos dos imprescindibles elementos de vida para toda composicion novelesca; ni el lenguaje, ni el estilo, ni la originalidad del argumento, ni la variedad y multitud de los lances. Para el vulgo de los lectores, esto será en buen hora lo principal; para nosotros, aunque muy importante, no pasa de ser lo secundario. La novedad, la variedad, lo imprevisto y abundante de los acontecimientos, nos parece peculiar del *cuento*: la *novela* vive esencialmente de caractéres y descripciones. ¡Cosa extraña! es de todas las composiciones literarias la que ménos necesidad tiene de accion: no puede, en verdad, prescindir de tener alguna, pero con poca, muy poca, le basta. Una novela en tres tomos puede ser excelente y tener sin embargo ménos accion que un drama en tres actos. Consiste esto en la distinta índole de ambas composiciones; la segunda es, digámoslo así, una accion condensada, reducida á sus mas estrechos límites; es la exposicion sencilla y breve de un suceso presentado en su mas rápido desarrollo; la primera, por el contrario, comporta un desarrollo latísimo, y en este desarrollo, hábilmente hecho, consiste su mayor encanto posible.

Hemos dicho que *comporta*, no que necesariamente exige ese minucioso desarrollo; pues en efecto hay novelas altamente dramáticas, y aun verdaderas monografías, que, como el *Gil Blas*, tienen todo el movimiento, toda la rapidez, vida y sucesion de cuadros que se requieren en un cuento ó en una comedia de mágia. Esto constituye una de las muchas variedades del género, el mas rico y fecundo tal vez de los que unidos forman lo que se llama amena literatura. Por mas que en teoría y con arreglo á las ideas comunes, parezca que no puede ha-

ber novela buena sin mucha accion, la experiencia demuestra lo contrario con numerosos ejemplos. ¿Cuál es, á qué se reduce la accion del precioso *Vicario de Wakefield*, de Goldsmith? ¿A qué la del *Jonatham Wild*, de Fielding? ¿A qué las *Aguas de San Ronan*, una de las mas apacibles composiciones de Walter Scott? ¿A qué la de la mayor parte de las entretenidísimas escenas de costumbres que nos pinta Balzac con mano maestra? En media cuartilla de papel cabe holgadamente el argumento de cualquiera de esas, y de otras muchas buenas novelas que podríamos citar: solo que sometiéndolas á esa especie de compendiosa reduccion, dejarian de ser *novelas*, y pasarían á ser *cuentos*.

Estos, ménos que los dramas, no exigen desarrollo ni comentario alguno; son meras narraciones de hechos, que van pasando por delante de los ojos del lector como en una linterna mágica; en aquellas, por el contrario, la narracion de lo sucedido ya lo hemos dicho, es lo ménos; el desarrollo, el comentario, lo mas. Y adviértase que esto es cabalmente, cuando está bien ejecutado, lo que mas deleite proporciona al lector. Mucho nos recrea la narracion de las aventuras de Don Quijote, por ejemplo; pero ¡cuánto mas sabrosa es la lectura de aquellos incomparables diálogos entre el loco y su escudero, que llenan los mejores capítulos de la inmortal fábula de Cervantes!

En la *Gaviota* la accion es casi nula: todo lo que constituye su fondo, puede decirse en poquísimas palabras;—¡rara prueba de ingenio en el autor haber llenado con la narracion de sucesos muy vulgares dos tomos, en los que *ni sobra una línea*, ni decae un solo instante el interés, ni cesa un solo punto el embeleso del lector! Consiste esto en la

encantadora verdad de sus descripciones, en la grande animacion de sus diálogos, y mas que todo, en el conocido sello de vida que llevan todos los personajes, desde el primero hasta el último. Ya hemos procurado dar una sucinta idea de los dos principales, Marisalada y Stein; los demas, y son muchos, en nada ceden á aquellos en valor literario, ni en verdad de colorido. Los que están en segundo término, forman deliciosos grupos, sobre los cuales se destacan con singular vigor las figuras principales: el autor posee en alto grado el arte dificilísimo de las medias tintas.

En dos partes puede considerarse dividida la novela. Pasa la primera en las inmediaciones de Villamar, pueblecito imaginario del condado de Niebla, entre la familia del guarda de un ex-convento, de la cual es huésped el cirujano aleman Federico Stein, y varios oscuros personajes del citado pueblecito ó de sus cercanías, entre los cuales se cuentan el pescador catalan Pedro Santaló y su hija Marisalada, á quien llaman la *Gaviota* por su génio arisco y su aficion á vagar por entre las peñas, en la soledad de las playas marinas, soltando al viento el raudal de su hermosísima voz. El amor de Stein á esta muger singular, su enlace con ella, la llegada á aquellos campos, de un noble y poético magnate, el Duque de Almansa, que gravemente herido en una cacería, es curado por el hábil Stein; y la salida, por fin, de éste y su muger para Sevilla en compañía del Duque, que los persuade á que vayan á buscar un teatro mas digno en que lucir y utilizar sus respectivos talentos, llenan el primer tomo de la novela, que por nuestra parte preferimos con mucho al segundo. No decimos por eso que este tenga ménos mérito que aquel, sino simple-

mente que aquel nos es mas simpático, nos gusta mas; á otros acaso les gustará ménos. En lo que creemos que todos estarémos conformes, es en reprobar el incidente de los amores de la *Gaviota* con el torero Pepe Vera. ¿A qué rebajar tan cruelmente el carácter de la pobre Marisalada?

Pero volvamos á las hermosas cercanías de Villamar, donde nos esperan aquellas buenas gentes tan superiormente pintadas, la tia María, Dolores, Manuel, don Modesto Guerrero, Rosa Mística, Momo y el hermano Gabriel. No acertamos nosotros á explicar el deleite que nos producen aquellas dulces y apacibles escenas que pasan en el ex-convento, ni á encarecer la vehemencia con que nos hacemos ilusion de que todo aquello es verdad. Se nos figura asistir á aquellas pacíficas reuniones de familia, amenizadas con las sanas sentencias de la tia María, con los saladísimos cuentos del inagotable Manuel, y con las monadas infantiles de Anís y de Manolito; creemos ver al bienaventurado hermano Gabriel, tan sóbrio de palabras, tan rico de lealtad y obediencia *perruna* á la tia María, tejiendo sus espuertas ó rezando su rosario en un rincon de la estancia. Viva antítesis de aquel bendito, vemos á Momo el malo y el tonto, pero *tonto* á la manera particular que tienen de serlo los gansos de Andalucía, es decir, tonto con mucho talento, díganlo sus réplicas, tales que solo á él pudieran ocurrírsele. Así son todos aquellos llamados tontos: á cada paso le dejan á uno parado con sus razones, de una sensatez, y al mismo tiempo, de una originalidad pasmosas. La hermosa y serena figura de Stein ilumina con un destello de alta poesía este cuadro que ya por sí tiene tanta,—pero una poesía puramente popular,—la que á cada paso, en cada ven-

ta, en cada cabaña, en cada calle nos presentan nuestras pintorescas poblaciones meridionales. No es, sin embargo, Stein un *alemanuco* lánguido, etéreo é inútil, como los que se imaginan los malos poetas; su poesía es, digámoslo así, práctica,—es la poesía de la rectitud, de la probidad y de la nobleza de alma.—Fria é indiferente á aquel cuadro de íntima felicidad que su alma adusta y vulgar no comprende ni ama, animados sus hermosos ojos negros de un fuego sembrío, Marisalada parece absorta en malos pensamientos, y como reconcentrada en el vago deseo de otra existencia. Ni la exaltada ternura de su anciano padre, ni el puro amor de Stein bastan á llenar aquel corazon cerrado á los blandos halagos de la familia y del deber. Una de las mas vigorosas figuras de esta novela es la del viejo marino Santaló, corazon de cera en un cuerpo de hierro. Es imposible dejar de amar á aquel hombre tan bueno y tan amoroso bajo su ruda corteza, y en quien vemos reunidas en el mas alto punto la fuerza física con todas las deliciosas debilidades del amor paternal, llevado hasta el fanatismo, hasta el increible delirio de una madre.—Tieso como un huso, don Modesto Guerrero lamenta el completo abandono en que un gobierno imprevisor deja al importante castillo de San Cristóbal, y el lector no puede menos de mirar con viva simpatía aquellas dos nobles ruinas, el castillo y su comandante.—La buena Dolores, tipo de la muger del pueblo, sumisa, laboriosa, atenta al bienestar comun, es como el alma de aquellas reuniones, en las que, sin embargo, rara vez se oye su voz, ni interviene su voluntad; pero está en todo; es el centro de aquella reducida esfera, el lazo que une á todas aquellas almas;—es la esposa y la madre, la buena esposa y

la buena madre, luz y calor del hogar doméstico. Para que aquella reunion de personajes amados del lector fuese completa, quisiéramos ver en ella alguna vez á la excelente patrona del comandante; pero mejor pensado, sin duda ha andado discreto el autor en apartar de aquel dulce cuadro de familia la figura triste y grotesca al mismo tiempo de Rosa Mística, como para indicar que la soledad y el aislamiento son el patrimonio fatal de esas pobres mugeres, gremio por lo comun ridículo y casi siempre digno de lástima, á quienes el desden de los hombres ha condenado, segun la expresion vulgar, *á vestir imágenes*. Rosa Mística es un tipo excelente de la *vieja soltera*, carácter acre, rígido, descontento de los demas y de sí mismo, adusto en el fondo, y sin embargo tan cómico como los buenos caractéres de Sheridan, de cuyo género parece haberse inspirado el autor para la pintura de este personage, uno de los mejores de su novela. Rosa Mística yendo á misa al lado de Turris Davídica es una deliciosa caricatura, cuyo espectáculo envidiamos á la gente alegre de Villamar.

La mayor parte de los personages que figuran en el segundo tomo de la *Gaviota*, son distintos de los que entran en la composicion del primero; en este concepto decíamos antes que la novela puede considerarse dividida en dos partes, sin mas lazo comun entre sí que la intervencion en ambas de Stein y Marisalada. El primer tomo es como la exposicion del carácter de estos personajes: el segundo es el campo en que vemos aquel carácter en accion. La pintura de la buena sociedad sevillana está hecha en los primeros capítulos, con una gracia y una verdad sorprendentes. Allí abundan los retratos; á algunos se nos figura haberlos conocido. Los mas son

verdaderos tipos característicos de los diferentes grados de nuestra sociedad, pintados con un talento de observacion, una seguridad de crítica y una energía de colorido, que no desmerecerian al lado de los mas celebrados *caractéres* de Teofrasto y Labruyère. El general Santa María con su exagerado españolismo; Eloisa con su extranjerismo impertinente; la jóven condesa de Algar, tan simpática y tan bella; Rita, la verdadera española de buen sentido; Rafael, la Marquesa de Guadalcanal, son personajes á quienes, como deciamos en nuestro primer artículo, todos hemos conocido bajo otros nombres, ó mas bien á quienes estamos viendo todos los dias en tertulias y paseos.

Nuestra alta aristocracia debe estar reconocida al autor por la poética personificacion que nos presenta de ella en los dos nobles personajes del Duque y la Duquesa de Almansa, sobre todo del Duque «uno de aquellos hombres elevados y poco materiales, en quienes no hacen mella el hábito ni la aficion al bienestar físico; uno de esos séres privilegiados que se levantan sobre el nivel de las circunstancias, no en ímpetus repentinos y eventuales, sino constantemente, por cierta energía característica, y en virtud de la inatacable coraza de hierro que se simboliza en el *qué importa*? ¡Uno de aquellos corazones que palpitaban bajo las armaduras del siglo XV, y cuyos restos solo se encuentran hoy en España!»

Ya hemos dicho que no nos parece bien el incidente de los amores de la *Gaviota* con el torero Pepe Vera. ¡Cómo desdicen todos los capítulos en que se desarrolla esta aventura, del tono decorosamente festivo y sencillamente elegante de los capítulos anteriores, y mas aun del sabor apacible

y campestre, que da tan suave encanto á las escenas del convento, de la cabaña de Santaló y del pueblecito de Villamar! No parecen una misma pluma la que describe el cínico festin á que arrastra Pepe Vera á su degradada amante, y la que pinta con tan alta elocuencia los últimos momentos de Santaló, mártir del amor paternal, en uno de los capítulos mejor escritos del libro, y que quisiéramos copiar aquí íntegro.

Para borrar la desagradable impresion que deja aquel cuadro de impuros amores, impresion tanto mas desagradable cuanto el gran mérito literario de la pintura la hace mas profunda, hemos tenido que volver á buscar en el tomo primero algunos de aquellós diálogos tan apacibles, algunas de aquellas descripciones tan ricas de encantadoras imágenes, de locuciones felicísimas, de pormenores llenos de gracia, de frescura y de novedad. ¿Pueden darse expresiones mas pintorescas que estas? «Stein refirió al Duque sus campañas, sus desventuras, su llegada al convento, sus amores y en lo que vinieron á parar. El Duque lo oyó con mucho interés, y la narracion le inspiró el deseo de conocer á Marisalada y al pescador, y la cabaña que Stein estimaba en más que el mas espléndido palacio. Asi es que la primera salida que hizo en compañía de su médico, se dirigió á la orilla del mar. Empezaba el estío, y su fresca brisa, soplo puro del inmenso elemento, les proporcionó un goce suave en su expedicion. El fuerte de San Cristóbal parecia recien adornado con su verde corona, en honra del alto personaje á cuyos ojos se ofrecia por primera vez. Las florecillas que cubrian el techo de la cabaña en imitacion de los jardines de Semíramis, se acercaban unas á otras, mecidas por las auras, á gui-

sa de doncellas tímidas que se confian al oido sus amores. La mar impulsaba blanda y pausadamente sus olas hácia los pies del Duque, como para darle la bienvenida. Oíase el canto de la alondra, tan elevada, que los ojos no alcanzaban á verla. El Duque, algo fatigado, se sentó en una peña. Era poeta, y gozaba en silencio de aquella hermosa escena.

«De repente sonó una voz, que cantaba una melodía sencilla y melancólica. Sorprendido el Duque, miró á Stein, y éste se sonrió. La voz continuaba.

—«Stein, dijo el Duque ¿hay sirenas en estas olas, ó ángeles en esta atmósfera?»

No queremos multiplicar las citas: vale mas que el lector mismo vaya á buscarlas en la novela, que le producirá, á no dudarlo, momentos de sumo recreo. No se asuste de la calificacion de *original* que lleva al frente, pues aunque original y del dia, es mejor que la mayor parte de las que nos vienen del otro lado del Pirineo; tiene tanto interés como ellas, y está escrita con mas estudio y mayor conocimiento del corazon humano. Algunos acaso querrán saber, antes de leerla, quién es su autor, y esperarán á que por fin se lo digamos: pero es lo cierto que aun cuando supiéramos su nombre, nos guardariamos muy bien de revelarlo. Nada mas justo que respetar esos velos de misterio en que alguna vez se encubren las obras de la fantasía, verdadero pudor del ingenio, respetable como el de la inocencia. Por lo demas ¿á qué esa curiosidad? ¿qué importa el nombre del autor? Para nosotros, nada. Cuando nos encontramos en el campo una flor hermosa y fragante, nos recreamos mucho con su vista y con su aroma, sin curarnos nada de averiguar cómo se llama; cuando vemos un buen cuadro, cuando nos cae en la mano un buen libro, lo último que

se nos ocurre es averiguar el nombre del autor. Pero hay personas que no saben ver ni pueden admirar las obras anónimas: solo les inspiran desden aun las mejores, si se les presentan desamparadas y huérfanas,—rara manía, pero muy comun y que se explica de muchos modos.

Por nuestra parte, bástanos saber, y su obra lo dice, que el autor de la *Gaviota* es un talento de primer órden, no contaminado con los vicios literarios de la época, que son la impaciencia de producir, la pobreza de ideas, el desaliño en la forma, la inmoralidad en el fondo. No hay que dudarlo; el autor de la *Gaviota* es nuevo en el palenque de la publicidad literaria; apostaríamos algo bueno á que no ha escrito su novela para publicarla, y ménos aun para venderla. Es imposible que la literatura sea un *oficio* para quien con tanto amor ha desarrollado un argumento tan sencillo y tan detenidamente estudiado. Bastarían para demostrarlo las escenas, ya alegres, ya tiernas y patéticas, generalmente alegres y patéticas al mismo tiempo, en que se describen con encantadora verdad de pormenores las bodas de Stein y la Gaviota, la salida de ambos para Sevilla en compañía del Duque, la vuelta de Momo á Villamar con la falsa nueva del asesinato de Marisalada, la última entrevista de Stein con su noble amigo, y tantas otras, en cuya lectura, segun la expresion de un poeta, la sonrisa se asoma entre lágrimas á nuestro rostro, como suele brillar un rayo de sol en medio de una lluvia de verano. Una imaginacion gastada no puede concebir cuadros tan puros y tan lindos, ni derramar sobre ellos ese baño de suave melancolía, que les da tan irresistible atractivo. No es, pues, repetimos, un literato de oficio, como la mayor parte de los que entre

nosotros, y mas aun en Francia, escriben novelas, el desconocido autor de la que hemos examinado en este y en nuestro anterior artículo; mas si se decide á cultivar este género y á publicar nuevos cuadros de costumbres como el que ya nos ha dado, ciertamente la *Gaviota* será en nuestra literatura lo que es *Waverley* en la literatura inglesa, el primer albor de un hermoso dia, el primer floron de la gloriosa corona poética que ceñirá las sienes de un WALTER-SCOTT ESPAÑOL.

(*Eugenio de Ochoa.*)

LA GAVIOTA.

CAPÍTULO I.

> Hay en este ligero cuadro lo que mas debe gustar generalmente: novedad y naturalidad.
>
> G. DE MOLÉNES.

> Es innegable que las cosas sencillas son las que mas conmueven los corazones profundos y los grandes entendimientos.
>
> ALEJANDRO DUMAS.

En noviembre del año de 1836, el paquete de vapor *Royal Sovereign* se alejaba de las costas nebulosas de Falmouth, azotando las olas con sus brazos, y desplegando sus velas pardas y húmedas en la neblina, aun mas parda y mas húmeda que ellas.

El interior del buque presentaba el triste espectáculo del principio de un viaje marítimo. Los pasa-

de un oficial inglés, cuya esposa habia llegado á bordo tan indispuesta, que fué preciso llevarla á su camarote; lo mismo se habia hecho con el ama, y el padre la seguia con el niño de pecho en los brazos, despues de haber hecho sentar en el suelo á otras tres criaturas de dos, tres y cuatro años, encargándoles que tuviesen juicio, y no se moviesen de allí. Los pobres niños, criados quizás con gran rigor, permanecieron inmóviles y silenciosos como los ángeles que pintan á los pies de la Virgen.

Poco á poco el hermoso encarnado de sus mejillas desapareció; sus grandes ojos, abiertos cuan grandes eran, quedaron como amortiguados y entontecidos, y sin que un movimiento ni una queja denunciase lo que padecian, el sufrimiento comprimido se pintó en sus rostros asombrados y marchitos.

Nadie reparó en este tormento silencioso, en esta suave y dolorosa resignacion.

El español iba á llamar al mayordomo, cuando le oyó responder de mal humor á un jóven que, en aleman y con gestos expresivos, parecia implorar su socorro en favor de aquellas abandonadas criaturas.

Como la persona de este jóven no indicaba elegancia ni distincion, y como no hablaba mas que aleman, el mayordomo le volvió la espalda, diciéndole que no le entendia.

Entónces el aleman bajó á su camarote á proa,

y volvió prontamente trayendo una almohada, un cobertor y un capote de bayeton. Con estos auxilios hizo una especie de cama, acostó en ella á los niños, y los arropó con el mayor esmero. Pero apénas se habian reclinado, el marco, comprimido por la inmovilidad, estalló de repente, y en un instante almohada, cobertor y sobretodo quedaron infestados y perdidos.

El español miró entonces al aleman, en cuya fisonomía solo vió una sonrisa de benévola satisfaccion, que parecia decir: gracias á Dios, ya están aliviados!

Dirigióle la palabra en inglés, en francés y en español, y no recibió otra respuesta sino un saludo hecho con poca gracia, y esta frase repetida: *ich verstehe nicht* (no entiendo).

Cuando despues de comer, el español volvió á subir sobre cubierta, el frio habia aumentado. Se embozó en su capa, y se puso á dar paseos. Entónces vió al aleman sentado en un banco, y mirando al mar; el cual, como para lucirse, venia á ostentar en los costados del buque sus perlas de espuma y sus brillantes fosfóricos.

Estaba el jóven observador vestido bien á la ligera, porque su leviton habia quedado inservible, y debia atormentarle el frio.

El español dió algunos pasos para acercársele; pero se detuvo, no sabiendo cómo dirigirle la palabra. De pronto se sonrió, como de una feliz ocur-

rencia, y yendo en derechura hácia él, le dijo en latin:

—Debeis tener mucho frio.

Esta voz, esta frase, produjeron en el extranjero la mas viva satisfaccion, y sonriendo tambien como su interlocutor, le contestó en el mismo idioma:

—La noche está en efecto algo rigorosa; pero no pensaba en ello.

—¿Pues en qué pensábais? le preguntó el español.

—Pensaba en mi padre, en mi madre, en mis hermanos y hermanas.

—¿Porqué viajais, pues, si tanto sentís esa separacion?

—¡Ah! señor; la necesidad... Ese implacable déspota...

—¿Con qué no viajais por placer?

—Ese placer es para los ricos, y yo soy pobre. ¡Por mi gusto!... Si supiérais el motivo de mi viaje, veríais cuán lejos está de ser placentero!

—¿A dónde vais, pues?

—A la guerra, á la guerra civil, la mas terrible de todas: á Navarra.

—¡A la guerra! exclamó el español al considerar el aspecto bondadoso, suave, casi humilde y muy poco belicoso del aleman. ¿Pues qué, sois militar?

—No señor, no es esa mi vocacion. Ni mi aficion ni mis principios me inducirian á tomar las armas, sino para defender la santa causa de la indepen-

dencia de Alemania, si el extranjero fuese otra vez á invadirla. Voy al ejército de Navarra á procurar colocarme como cirujano.

—¡Y no conoceis la lengua!

—No señor, pero la aprenderé.

—¿Ni el pais?

—Tampoco: jamás he salido de mi pueblo sino para la universidad.

—¿Pero tendréis recomendaciones?

—Ninguna.

—¿Contaréis con algun protector?

—No conozco á nadie en España.

—¿Pues entónces, qué teneis?

—Mi ciencia, mi buena voluntad, mi juventud y mi confianza en Dios.

Quedó el español pensativo al oir estas palabras. Al considerar aquel rostro en que se pintaban el candor y la suavidad; aquellos ojos azules, puros como los de un niño; aquella sonrisa triste y al mismo tiempo confiada, se sintió vivamente interesado y casi enternecido.

—¿Quereis, le dijo despues de una breve pausa, bajar conmigo, y aceptar un ponche para desechar el frio? Entre tanto, hablaremos.

El aleman se inclinó en señal de gratitud, y siguió al español, el cual bajó al comedor, y pidió un ponche.

A la testera de la mesa estaba el gobernador con sus dos acólitos; á un lado habia dos franceses. El

español y el aleman se sentaron á los pies de la mesa.

—Pero ¿cómo, preguntó el primero, habeis podido concebir la idea de venir á este desventurado pais?

El aleman le hizo entónces un fiel relato de su vida. Era el sexto hijo de un profesor de una ciudad pequeña de Sajonia, el cual habia gastado cuanto tenia en la educacion de sus hijos. Concluida la del que vamos conociendo, hallábase sin ocupacion ni empleo, como tantos jóvenes pobres se encuentran en Alemania, despues de haber consagrado su juventud á excelentes y profundos estudios, y de haber practicado su arte con los mejores maestros. Su manutencion era una carga para su familia; por lo cual, sin desanimarse, con toda su calma germánica, tomó la resolucion de venir á España, donde por desgracia, la sangrienta guerra del Norte le abria esperanzas de que pudieran utilizarse sus servicios.

—Bajo los tilos que hacen sombra á la puerta de mi casa, dijo al terminar su narracion, abracé por última vez á mi buen Padre, á mi querida Madre, á mi hermana Lotte (1), y á mis hermanitos, que clamaban por acompañarme en mi peregrinacion. Profundamente conmovido y bañado en lágrimas, entré en la vida, que otros encuentran cubierta de

(1) Diminutivo aleman de Carlota.

flores. Pero, ánimo; el hombre ha nacido para trabajar: el cielo coronará mis esfuerzos. Amo la ciencia que profeso, porque es grande y noble: su objeto es el alivio de nuestros semejantes; y el resultado es bello, aunque la tarea sea penosa.

—¿Y os llamais?...

—Fritz Stein, respondió el aleman, incorporándose algun tanto sobre su asiento, y haciendo una ligera reverencia.

Poco tiempo despues, los dos nuevos amigos salieron.

Uno de los franceses, que estaba enfrente de la puerta, vió que al subir la escalera, el español echó sobre los hombros del aleman su hermosa capa forrada de pieles; que el aleman hizo alguna resistencia, y que el otro se esquivó, y se metió en su camarote.

—¿Habeis entendido lo que decian? le preguntó su compatriota.

—En verdad, repuso el primero (que era un comisionista de comercio), el latin no es mi fuerte; pero el mozo rubio y pálido se me figura una especie de Werther llorón, y he oido que hay en la historia su poco de Carlota, amen de los chiquillos, como en la novela alemana. Por dicha, en lugar de acudir á la pistola para consolarse, ha echado mano del ponche, lo que si no es tan sentimental, es mucho mas filosófico y aleman. En cuanto al español, le creo un don Quijote, protector de desvalidos,

con sus ribetes de San Martin, que partia su capa con los pobres: esto, unido á su talante altanero, á sus miradas firmes y penetrantes como alambres, y á su rostro pálido y descolorido, á manera de paisaje en noche de luna, forma tambien un conjunto perfectamente español.

—Sabeis, repuso el otro, que como pintor de historia, voy á Tarifa, con designio de pintar el sitio de aquella ciudad, en el momento en que el hijo de Guzman hace seña á su padre de que le sacrifique ántes que rendir la plaza. Si ese jóven quisiera servirme de modelo, estoy seguro del buen éxito de mi cuadro. Jamás he visto la naturaleza mas cerca de lo ideal.

—Asi sois todos los artistas: ¡siempre poetas! respondió el comisionista. Por mi parte, si no me engañan la gracia de ese hombre, su pie mugeril y bien plantado, y la elegancia y el perfil de su cintura, le califico desde ahora de torero. Quizás sea el mismo Montes, que tiene poco mas ó ménos la misma catadura, y que ademas es rico y generoso.

—¡Un torero! esclamó el artista, ¡un hombre del pueblo! Os estais chanceando?

—No por cierto, dijo el otro; estoy muy léjos de chancearme. No habeis vivido como yo en España, y no conoceis el temple aristocrático de su pueblo. Ya veréis, ya veréis. Mi opinion es, que como gracias á los progresos de la igualdad y fraternidad, los chocantes aires aristocráticos se van extinguien-

do, en breve no se hallarán en España, sino en las gentes del pueblo.

—¡Creer que ese hombre es un torero! dijo el artista con tal sonrisa de desdén, que el otro se levantó picado, y exclamó:

—Pronto sabré quién es: venid conmigo, y exploraremos á su criado.

Los dos amigos subieron sobre cubierta, donde no tardaron en encontrar al hombre que buscaban.

El comisionista, que hablaba algo de español, entabló conversacion con él, y despues de algunas frases triviales, le dijo:

—¿Se ha ido á la cama su amo de vd.?

—Si señor; respondió el criado, echando á su interlocutor una mirada llena de penetracion y malicia.

—¿Es muy rico?

—No soy su administrador, sino su ayuda de cámara.

—¿Viaja por negocios?

—No creo que los tenga.

—¿Viaja por su salud?

—La tiene muy buena.

—¿Viaja de incógnito?

—No señor: con su nombre y apellido.

—¿Y se llama?...

—Don Cárlos de la Cerda.

—¡Ilustre nombre por cierto! exclamó el pintor.

—El mio es Pedro de Guzman, dijo el criado, y soy muy servidor de ustedes.

Con lo cual, les hizo una cortesía, y se retiró.

—El Gil Blas tiene razon, dijo el francés. En España no hay cosa mas comun que apellidos gloriosos: es verdad que en París mi zapatero se llamaba Martel, mi sastre Roland, y mi lavandera Mad. Bayard. En Escocia hay mas Estuardos que piedras. ¡Hemos quedado frescos! El tunante del criado se ha burlado de nosotros. Pero bien considerado, yo sospecho que es un agente de la facción; un empleado oscuro de don Cárlos.

—No por cierto, exclamó el artista. Es mi Alonso Perez de Guzman, el Bueno: el héroe de mis sueños.

El otro francés se encogió de hombros.

Llegado el buque á Cádiz, el español se despidió de Stein.

—Tengo que detenerme algun tiempo en Andalucía, le dijo. Pedro, mi criado, os acompañará á Sevilla, y os tomará asiento en la diligencia de Madrid. Aqui teneis una carta de recomendacion para el Ministro de la Guerra, y otra para el General en gefe del ejército. Si alguna vez necesitais de mí, como amigo, escribidme á Madrid con este sobre.

Stein no podia hablar de puro conmovido. Con una mano tomaba las cartas, y con otra rechazaba la tarjeta que el español le presentaba.

—Vuestro nombre está grabado aquí, dijo el aleman poniendo la mano en el corazon. ¡Ah! No lo olvidaré en mi vida. Es el del corazon mas noble, el del alma mas elevada y generosa, el del mejor de los mortales.

—Con ese sobrescrito, repuso don Cárlos sonriendo, vuestras cartas podrian no llegar á mis manos. Es preciso otro mas claro y mas breve.

Le entregó la tarjeta, y se despidió.

Stein leyó: *El Duque de Almansa.*

Y Pedro de Guzman, que estaba allí cerca, añadió:

—Marqués de Guadalmonte, de Val-de-Flores y de Roca-Fiel; Conde de Santa Clara, de Encinasola y de Lara; Caballero del Toison de Oro, y Gran Cruz de Cárlos III; Gentil hombre de cámara de Su Magestad, Grande de España de primera clase, etc., etc.

CAPÍTULO II.

En una mañana de octubre de 1838, un hombre bajaba á pié de uno de los pueblos del condado de Niebla, y se dirigia hácia la playa. Era tal su impaciencia por llegar á un puertecillo de mar que le habian indicado, que creyendo acortar terreno, entró en una de las vastas dehesas, comunes en el Sur de España, verdaderos desiertos destinados á la cria del ganado vacuno, cuyas manadas no salen jamás de aquellos límites.

Este hombre parecia viejo, aunque no tenia mas de veinte y seis años. Vestia una especié de levita militar, abotonada hasta el cuello. Su tocado era una mala gorra con visera. Llevaba al hombro un palo grueso, del que pendia una cajita de caoba, cubierta de bayeta verde; un paquete de libros, atados con tiras de orillo, un pañuelo que contenia algunas

piezas de ropa blanca, y una gran capa enrollada.

Este ligero equipaje parecia muy superior á sus fuerzas. De cuando en cuando se detenia, apoyaba una mano en su pecho oprimido, ó la pasaba por su enardecida frente, ó bien fijaba sus miradas en un pobre perro que le seguia, y que en aquellas paradas se acostaba jadeante á sus pies.

¡Pobre Treu! (1) le decia, único ser que me acredita que todavía hay en el mundo cariño y gratitud! No: jamás olvidaré el dia en que por primera vez te ví! Fué con un pobre pastor, que murió fusilado por no haber querido ser traidor. Estaba de rodillas en el momento de recibir la muerte, y en vano procuraba alejarte de su lado. Pidió que te apartasen, y nadie se atrevia. Sonó la descarga, y tú, fiel amigo del desventurado, caiste mortalmente herido al lado del cuerpo exánime de tu amo. Yo te recogí, curé tus heridas, y desde entónces no me has abandonado. Cuando los graciosos del regimiento se burlaban de mí, y me llamaban *cura-perros*, venias á lamerme la mano que te salvó, como queriendo decirme: «los perros son agradecidos.» ¡Oh Dios mio! Yo amaba á mis semejantes. Hace dos años, que lleno de vida, de esperanza, de buena voluntad, llegué á estos paises, y ofrecí á mis semejantes mis desvelos, mis cuidados, mi saber y mi corazon. He curado muchas

(1) Treu significa en aleman *fiel*, y se pronuncia Troy.

heridas, y en cambio las he recibido muy profundas en mi alma. ¡Gran Dios! ¡Gran Dios! Mi corazon está destrozado. Me veo ignominiosamente arrojado del ejército, despues de dos años de servicio, despues de dos años de trabajar sin descanso. Me veo acusado y perseguido, solo por haber curado á un hombre del partido contrario, á un infeliz, que perseguido como una bestia feroz, vino á caer moribundo en mis brazos! ¿Será posible que las leyes de la guerra conviertan en crimen lo que la moral erige en virtud, y la religion en deber? Y ¿qué me queda que hacer ahora? Ir á reposar mi cabeza calva y mi corazon ulcerado á la sombra de los tilos de la casa paterna. ¡Allí no me contarán por delito el haber tenido piedad de un moribundo!

Despues de una pausa de algunos instantes, el desventurado hizo un esfuerzo.

—Vamos, Treu; *worwarst*, *worwarst* (1).

Y el viajero y el fiel animal prosiguieron su penosa jornada.

Pero á poco rato perdió el estrecho sendero que habia seguido hasta entónces, y que habian formado las pisadas de los pastores.

El terreno se cubria más y más de maleza, de matorrales altos y espesos: era imposible seguir en línea recta; no se podia andar sin inclinarse alternativamente á uno ú otro lado.

(1) Adelante, adelante.

El sol concluia su carrera, y no se descubria el menor viso de habitacion humana en ningun punto del horizonte; no se veia más, sino la dehesa sin fin, desierto verde y uniforme como el Océano.

Fritz Stein, á quien sin duda han reconocido ya nuestros lectores, conoció demasiado tarde que su impaciencia le habia inducido á contar con más fuerzas que las que tenia. Apénas podia sostenerse sobre sus pies hinchados y doloridos, sus arterias latian con violencia, partia sus sienes un agudo dolor; una sed ardiente le devoraba. Y para aumento del horror de su situacion, unos sordos y prolongados mujidos le anunciaban la proximidad de algunas de las toradas medio salvajes, tan peligrosas en España.

—Dios me ha salvado de muchos peligros, dijo el desgraciado viajero: tambien me protegerá ahora; y si no, hágase su voluntad.

Con esto apretó el paso lo mas que le fué posible: pero ¡cuál no seria su espanto, cuando habiendo doblado una espesa mancha de lentiscos, se encontró frente á frente, y á pocos pasos de distancia, con un toro!

Stein, quedó inmóvil y como petrificado. El bruto, sorprendido de aquel encuentro y de tanta audacia, quedó tambien sin movimiento, fijando en Stein sus grandes y feroces ojos, inflamados como dos hogueras. El viajero conoció que al menor movimiento que hiciese, era hombre perdido. El toro,

que por el instinto natural de su fuerza y de su valor, quiere ser provocado para embestir, bajó y alzó dos veces la cabeza con impaciencia, arañó la tierra, y suscitó de ella nubes de polvo, como en señal de desafío. Stein no se movia. Entónces el animal dió un paso atrás, bajó la cabeza, y ya se preparaba á la embestida, cuando se sintió mordido en los corvejones. Al mismo tiempo, los furiosos ladridos de su leal compañero, dieron á conocer á Stein su libertador. El toro embravecido, se volvió á repeler el inesperado ataque, movimiento de que se aprovechó Stein para ponerse en fuga. La horrible situacion de que apénas se habia salvado, le dió nuevas fuerzas para huir por entre las carrascas y lentiscos, cuya espesura le puso al abrigo de su formidable contrario.

Habia ya atravesado una cañada de poca extension, y subiendo á una loma, se detuvo casi sin aliento, y se volvió á mirar el sitio de su arriesgado lance. Entonces vió de léjos entre los arbustos á su pobre compañero, á quien el feroz animal levantaba una y otra vez por alto. Stein extendia sus brazos hácia el leal animal, y repetia sollozando:

—¡Pobre, pobre Treu! ¡Mi único amigo! ¡Que bien mereces tu nombre! ¡Cuán caro te cuesta el amor que tuviste á tus amos!

Por sustraerse á tan horrible espectáculo, apresuró Stein sus pasos, no sin derramar copiosas lágrimas. Asi llegó á la cima de otra altura, desde

donde se desenvolvió á su vista un magnífico paisaje. El terreno descendia con imperceptible declive hácia el mar, que en calma y tranquilo, reflejaba los fuegos del sol en su ocaso, y parecia un campo sembrado de brillantes, rubíes y zafiros. En medio de esta profusion de resplandores, se distinguia como una perla, el blanco velámen de un buque, al parecer clavado en las olas. La accidentada línea que formaba la costa, presentaba ya una playa de dorada arena que las mansas olas salpicaban de plateada espuma, ya rocas caprichosas y altivas, que parecian complacerse en arrostrar el terrible elemento, á cuyos embates resisten, como la firmeza al furor. A lo léjos, y sobre una de las peñas que estaban á su izquierda, Stein divisó las ruinas de un fuerte, obra humana que á nada resiste, á quien servían de base las rocas, obra de Dios, que resiste á todo. Algunos grupos de pinos alzaban sus fuertes y sombrías cimeras, descollando sobre la maleza. A la derecha, y en lo alto de un cerro, descubrió un vasto edificio, sin poder precisar si era una poblacion, un palacio con sus dependencias, ó un convento.

Casi extenuado por su última carrera, y por la emocion que recientemente le había agitado, aquel fué el punto á que dirigió sus pasos.

Ya había anochecido cuando llegó. El edificio era un convento, como los que se construían en los siglos pasados, cuando reinaban la fé y el en-

tusiasmo: virtudes tan grandes, tan bellas, tan elevadas, que por lo mismo no tienen cabida en este siglo de ideas estrechas y mezquinas; porque entonces el oro no servia para amontonarlo ni emplearlo en lucros inícuos, sino que se aplicaba á usos dignos y nobles, como que los hombres pensaban en lo grande y en lo bello, ántes de pensar en lo cómodo y en lo útil. Era un convento, que en otros tiempos suntuoso, rico, hospitalario, daba pan á los pobres, aliviaba las miserias y curaba los males del alma y del cuerpo; mas ahora, abandonado, vacío, pobre, desmantelado, puesto en venta por unos pedazos de papel, nadie habia querido comprarlo, ni aun á tan bajo precio.

La especulacion, aunque engrandecida en dimensiones gigantescas, aunque avanzando como un conquistador que todo lo invade, y á quien no arredran los obstáculos, suele, sin embargo, detenerse delante de los templos del Señor, como la arena que arrebata el viento del desierto, se detiene al pié de las Pirámides.

El campanario, despojado de su adorno legítimo, se alzaba como un gigante exánime, de cuyas vacías órbitas hubiese desaparecido la luz de la vida. Enfrente de la entrada duraba aun una cruz de mármol blanco, cuyo pedestal medio destruido, la hacia tomar una postura inclinada, como de caimiento y dolor. La puerta, ántes abierta á todos de par en par, estaba ahora cerrada.

Las fuerzas de Stein le abandonaron, y cayó medio exámine en un banco de piedra pegado á la pared cerca de la puerta. El delirio de la fiebre turbó su cerebro; parecíale que las olas del mar se le acercaban, cual enormes serpientes, retirándose de pronto, y cubriéndole de blanca y venenosa baba: que la luna le miraba con pálido y atónito semblante: que las estrellas daban vueltas en rededor de él, echándole miradas burlonas. Oía mugidos de toros, y uno de estos animales, salia de detrás de la cruz, y echaba á los pies del calenturiento su pobre perro, privado de la vida. La cruz misma se le acercaba vacilante, como si fuera á caer, y abrumarle bajo su peso. Todo se movia y giraba en rededor del infeliz! Pero en medio de este cáos, en que mas y mas se embrollaban sus idéas, oyó no ya rumores sordos y fantásticos, cual tambores lejanos, como le habian parecido los latidos precipitados de sus arterias, sino un ruido claro y distinto, y que con ningun otro podia confundirse: el canto de un gallo.

Como si este sonido campestre y doméstico le hubiese restituido de pronto la facultad de pensar y la de moverse, Stein se puso en pié, se encaminó con gran dificultad hácia la puerta, y la golpeó con una piedra; le respondió un ladrido. Hizo otro esfuerzo para repetir su llamada, y cayó al suelo desmayado.

Abrióse la puerta y aparecieron en ella dos personas.

Era una mujer jóven, con un candil en la mano, la cual dirigiendo la luz hácia el objeto que divisaba á sus piés, exclamó:

—¡Jesus María! no es Manuel: es un desconocido... ¡Y está muerto! ¡Dios nos asista!

—Socorrámosle, exclamó la otra que era una mujer de edad, vestida con mucho aseo. Hermano Gabriel, hermano Gabriel, gritó entrando en el patio: venga Vd. pronto. Aquí hay un infeliz que se está muriendo.

Oyéronse pasos precipitados, aunque pesados. Eran los de un anciano, de no muy alta estatura, cuya faz apacible y cándida indicaba una alma pura y sencilla. Su grotesco vestido consistia en un pantalon y una holgada chupa de sayal pardo, hechos al parecer de un hábito de fraile; calzaba sandalias, y cubría su luciente calva un gorro negro de lana.

—Hermano Gabriel, dijo la anciana, es preciso socorrer á este hombre.

—Es preciso socorrer á este hombre, contestó el hermano Gabriel.

—¡Por Dios, señora! exclamó la del candil. ¿Dónde vá Vd. á poner aquí á un moribundo?

—Hija, respondió la anciana, si no hay otro lugar en que ponerle, será en mi propia cama.

—¿Y va Vd. á meterle en casa, repuso la otra, sin saber siquiera quien es?

—¿Qué importa? dijo la anciana. ¿No sabes el refran: haz bien, y no mires á quien? Vamos: ayúdame, y manos á la obra.

Dolores obedeció con celo y temor á un tiempo.

—Cuando venga Manuel, decia, quiera Dios que no tengamos alguna desazon.

—¡Tendría que ver! respondió la buena anciana, ¡no faltaba mas sino que un hijo tuviese que decir á lo que su Madre dispone!

Entre los tres llevaron á Stein al cuarto del hermano Gabriel. Con paja fresca y una enorme y lanuda zaléa se armó al instante una buena cama. La tia María sacó del arca un par de sábanas no muy finas, pero limpias, y una manta de lana.

Fray Gabriel quiso ceder su almohada, á lo que se opuso la tia María, diciendo que ella tenia dos, y podia muy bien dormir con una sola. Stein no tardó en ser desnudado y metido en cama.

Entretanto se oian golpes repetidos á la puerta.

—Ahí está Manuel, dijo entonces su mujer. Venga Vd. conmigo, Madre, que no quiero estar sola con él, cuando vea que hemos dado entrada en casa á un hombre sin que él lo sepa.

La suegra siguió los pasos de la nuera.

—¡Alabado sea Dios! Buenas noches, Madre: buenas noches, mujer, dijo al entrar un hombre alto y de buen talante, que parecía tener de treinta y ocho á cuarenta años, y á quien seguia un muchacho como de unos trece.

—Vamos, Momo (1) añadió, descarga la burra y

(1) Diminutivo de Gerónimo en Andalucia.

llévala á la cuadra. La pobre Golondrina no puede con el alma.

Momo llevó á la cocina, punto de reunion de toda la familia, una buena provision de panes grandes y blancos, unas alforjas y la manta de su padre. En seguida desapareció llevando del diestro á Golondrina.

Dolores volvió á cerrar la puerta, y se reunió en la cocina con su marido y con su madre.

—¿Me traes, le dijo, el jabon y el almidon?

—Aqui viene.

—¿Y mi lino? preguntó la madre.

—Ganas tuve de no traerlo, respondió Manuel sonriéndose, y entregando á su madre unas madejas.

—¿Y por qué, hijo?

—Es que me acordaba de aquel que iba á la feria, y á quien daban encargos todos sus vecinos. Tráeme un sombrero; tráeme un par de polainas: una prima queria un peine; una tia, chocolate; y á todo esto, nadie le daba un cuarto. Cuando estaba ya montado en la mula, llegó un chiquillo y le dijo: «Aquí tengo dos cuartos para un pito, ¿me lo quiere Vd. traer?» Y diciendo y haciendo, le puso las monedas en la mano. El hombre se inclinó, tomó el dinero, y le respondió: «*Tu pitarás!*» Y en efecto, volvió de la feria, y de todos los encargos no trajo mas que el pito.

—¡Pues está bueno! repuso la madre: ¿para quién

me paso yo hilando los dias y las noches? ¿No es para tí y para tus hijos? ¿Quieres que sea como el sastre del Campillo, que cosia de valde y ponia el hilo?

En este momento se presentó Momo á la puerta de la cocina. Era bajo de cuerpo y rechoncho, alto de hombros, y además tenia la mala maña de subirlos mas, con un gesto de desprecio y de *qué se me dà á mi*, hasta tocar con ellos sus enormes orejas, anchas como abanicos. Tenia la cabeza abultada, el cabello corto, los lábios gruesos. Era además chato y horriblemente bizco.

—Padre, dijo con un gesto de malicia, en el cuarto del hermano Gabriel hay un hombre acostado.

—¡Un hombre en mi casa! gritó Manuel saltando de la silla. Dolores, ¿qué es esto?

—Manuel, es un pobre enfermo. Tu Madre ha querido recogerlo. Yo me opuse á ello, pero su merced quiso. ¿Qué habia yo de hacer?

—¡Bueno está! pero, aunque sea mi madre, no por eso ha de meter en casa al primero que se presenta.

—No; sino dejarle morir á la puerta, como si fuera un perro, dijo la anciana. ¿No es eso?

—Pero, madre, repuso Manuel. ¿Es mi casa algun hospital?

—No; pero es la casa de un cristiano; y si hubieras estado aquí, hubieras hecho lo mismo que yo.

—Que no: respondió Manuel; le habria puesto encima de la burra, y le habria llevado al lugar; ya que se acabaron los conventos.

—Aquí no teníamos burra ni alma viviente que pudiera hacerse cargo de ese infeliz.

—¡Y si es un ladron!

—Quien se está muriendo, no roba.

—Y si le dá una enfermedad larga, ¿quién la ostéa?

—Ya han matado una gallina para el caldo, dijo Momo; yo he visto las plumas en el corral.

—¿Madre, ha perdido Vd. el sentido? exclamó Manuel colérico.

—Basta, basta, dijo la Madre con voz severa y dignidad. Caérsete debia la cara de vergüenza de haberte incomodado con tu Madre, solo por haber hecho lo que manda la ley de Dios. Si tu Padre viviera, no podria creer que su hijo cerraba la puerta á un infeliz que llegase á ella muriéndose y sin amparo.

Manuel bajó la cabeza, y hubo un rato de silencio general.

—Vaya, Madre, dijo en fin; hága Vd. cuenta que no he dicho nada. Gobiérnese á su gusto. Ya se sabe que las mujeres se salen siempre con la suya.

Dolores respiró mas libremente.

—¡Qué bueno es! dijo gozosa á su suegra.

—Tú podias dudarlo, respondió ésta sonriendo á su nuera á quien queria mucho, y levantándose para

ir á ocupar su puesto á la cabecera del enfermo.—Yo que lo he parido, no lo he dudado nunca.

Al pasar cerca de Momo, le dijo su abuela:

—Ya sabia yo que tenias malas entrañas; pero nunca lo has acreditado tanto como ahora. Anda con Dios; te compadezco: eres malo, y el que es malo, consigo lleva el castigo.

—Las viejas no sirven mas que para sermonear, gruñó Momo, echando á su abuela una impaciente y torcida mirada.

Pero apénas había pronunciado la última palabra, cuando su madre que lo habia oido, se arrojó á él, y le descargó una bofetada.

—Aprende, le dijo, á ser insolente con la Madre de tu Padre, que es dos veces Madre tuya.

Momo se refugió llorando á lo último del corral, y desahogó su coraje dando una paliza al perro.

CAPITULO III.

La tia María y el hermano Gabriel se esmeraban á cual más en cuidar al enfermo; pero discordaban en cuanto al método que debía emplearse en su curacion. La tia María sin haber leido á Brown, estaba por los caldos sustanciosos y los confortantes tónicos, porque decia que estaba muy débil y muy extenuado.

Fray Gabriel, sin haber oido el nombre de Broussais, quería refrescos y temperantes, porque en su opinion, había fiebre cerebral, la sangre estaba inflamada y la piel ardia.

Los dos tenian razon; y del doble sistema, compuesto de los caldos de la tia María y de las limonadas del hermano Gabriel, resultó que Stein recobró la vida y la salud el mismo dia en que la

buena mujer mató la última gallina, y el hermano cogía el último limon en el árbol.

—Hermano Gabriel, dijo la tia María, ¿qué casta de pájaro cree Vd. que será nuestro enfermo? ¿Militar?

—Bien podrá ser que sea militar, contestó fray Gabriel, el cual, excepto en puntos de medicina y de horticultura, estaba acostumbrado á mirar á la tia María como á un oráculo, y á no tener otra opinion que la suya, lo mismo que habia hecho con el Prior de su convento. Así que casi maquinalmente, repetia siempre lo que la buena anciana decia.

—No puede ser, prosiguió la tia María, menéando la cabeza. Si fuera militar, tendria armas, y no las tiene. Es verdad que al doblar su leviton para quitarlo de enmedio, hallé en el bolsillo una cosa á modo de pistola; pero al examinarla con el mayor cuidado, por si acaso, vine á caer en que no era pistola, sino flauta. Luego no es militar.

—No puede ser militar, repitió el hermano Gabriel.

—¿Si será un contrabandista?

—¡Puede ser que sea un contrabandista! dijo el buen lego.

—Pero no, repuso la anciana, porque para hacer el contrabando es preciso tener géneros ó dineros, y él no tiene ni lo uno ni lo otro.

—Es verdad: ¡no puede ser contrabandista! afirmó fray Gabriel.

—Hermano Gabriel, ¿á ver qué dicen los títulos de esos libros? puede ser que por ahí saquemos cuál es su oficio.

El hermano se levantó, tomó sus espejuelos engarzados en cuerno, los colocó sobre la nariz, echó mano al paquete de libros, y aproximándose á la ventana que daba al gran patio interior, estuvo largo rato examinándolos.

—Hermano Gabriel, dijo al cabo la tia María. ¿Se le ha olvidado á Vd. el leer?

—No: pero no conozco estas letras: me parece que es hebreo.

—¡Hebreo! exclamó la tia María. ¡Vírgen Santa! ¿Si será judío?

En aquel momento Stein, que había estado largo tiempo aletargado, abrió los ojos, y dijo en aleman:

—¿*Goth wo bin ich*? (Dios mio, ¿dónde estoy?)

La tia María se puso de un salto en medio del cuarto. El hermano Gabriel dejó caer los libros, y se quedó hecho una piedra, abriendo los ojos tan grandes como sus espejuelos.

—¿Qué ha hablado? preguntó la tia María.

—Será hebreo como sus libros; respondió fray Gabriel. Quizás será judío como Vd. ha dicho, tia María.

—¡Dios nos asista! exclamó la anciana: pero no. Si fuéra judío, ¿no le habríamos visto el rabo cuando lo desnudamos?

—Tia María, repuso el lego, el Padre Prior decia que eso del rabo de los judíos es una patraña, una tontería, y que los judíos no tienen tal cosa.

—Hermano Gabriel, replicó la tia María, desde la bendita constitucion todo se vuelve cambios y mudanzas. Esa gente que gobierna en lugar del Rey, no quiere que haya nada de lo que antes hubo; y por esto no han querido que los judíos tengan rabo, y toda la vida lo han tenido como el diablo. Si el Padre Prior dijo lo contrario, le obligaron á ello, como lo obligaron á decir en la misa Rey *constitucional*.

—¡Bien podrá ser! dijo el hermano.

—No será judío, prosiguió la anciana, pero será un moro ó un turco que habrá naufragado en estas costas.

—Un pirata de Marruecos, repuso el buen fraile; ¡puede ser!

—Pero entonces llevaría turbante y chinelas amarillas, como el moro que yo ví hace treinta años cuando fuí á Cádiz: se llamaba el moro Seylan. ¡Qué hermoso era! Pero para mí, toda su hermosura se le quitaba con no ser cristiano. Pero mas que sea judío ó moro, no importa: socorrámosle.

—Socorrámosle aunque sea judío ó moro, repitió el hermano.

Y los dos se acercaron á la cama.

Stein se habia incorporado, y miraba con extrañeza todos los objetos que le rodeaban.

—No entenderá lo que le digamos, dijo la tia María: pero hagamos la prueba.

—Hagamos la prueba, repitió el hermano Gabriel.

La gente del pueblo en España cree generalmente que el mejor medio de hacerse entender es hablar á gritos. La tia María y fray Gabriel, muy convencidos de ello, gritaron á la vez, ella: ¿quiere Vd. caldo? y él: ¿quiere Vd. limonada?

Stein, que iba saliendo poco á poco del cáos de sus idéas, preguntó en español:

—¿Dónde estoy? ¿Quiénes son Vds.?

—El señor, respondió la anciana, es el hermano Gabriel, y yo soy la tia María, para lo que usted quiera mandar.

—¡Ah! dijo Stein, el Santo Arcángel y la bendita Vírgen, cuyos nombres llevais, aquella que es la salud de los enfermos, la consoladora de los afligidos, y el socorro de los cristianos, os pague el bien que me habeis hecho.

—Habla español, exclamó alborozada la tia María, y es cristiano, y sabe las letanías!

Y llena de júbilo, se arrojó á Stein, le estrechó en sus brazos, y le estampó un beso en la frente.

—Y á todo esto, ¿quién es Vd.? dijo la tia María, despues de haberle dado una taza de caldo. ¿Cómo ha venido Vd. á parar enfermo y muriéndose á este despoblado?

—Me llamo Stein, y soy cirujano. He estado en

la guerra de Navarra, y volvia por Extremadura á buscar un puerto donde embarcarme para Cádiz, y de allí á mi tierra, que es Alemania. Perdí el camino, y he estado largo tiempo dando rodeos, hasta que por fin he llegado aquí enfermo, exánime y moribundo.

—Ya vé Vd., dijo la tia María al hermano Gabriel, que sus libros no están en hebreo, sino en la lengua de los cirujanos.

—Eso es, están escritos en la lengua de los cirujanos, repitió fray Gabriel.

—¿Y de qué partido era Vd.? preguntó la anciana; ¿de D. Cárlos, ó de los otros?

—Servia en las tropas de la Reina, respondió Stein.

La tia María se volvió á su compañero, y con un gesto expresivo, le dijo en voz baja:

—Este no es de los buenos.

—No es de los buenos! repitió fray Gabriel, bajando la cabeza.

—Pero ¿donde estoy? volvió á preguntar Stein.

—Está Vd., respondió la anciana, en un convento, que ya no es convento; es un cuerpo sin alma. Ya no le quedan mas que las paredes, la cruz blanca y fray Gabriel. Todo lo demás se lo llevaron los otros. Cuando ya no quedó nada que sacar, unos señores que se llaman *crédito público*, buscaron un hombre de bien para guardar el convento, es decir, el caparazon. Oyeron hablar de mi

hijo, y vinimos á establecernos aquí, donde yo vivo con ese hijo, que es el único que me ha quedado. Cuando entramos en el convento, salían de él los Padres. Unos iban á América, otros á las misiones de la China, otros se quedaron con sus familias, y otros se fueron á buscar la vida trabajando ó pidiendo limosna. Vimos á un hermano lego, viejo y apesadumbrado, que sentado en las gradas de la cruz blanca, lloraba unas veces por sus hermanos que se iban, y otras por el convento que se quedaba solo.—«¿No viene su merced? le preguntó un corista.»—«¿Y á dónde he de ir? respondió.—Jamás he salido de estos muros, donde fuí recogido niño y huérfano, por los Padres. No conozco á nadie en el mundo, ni sé mas que cuidar la huerta del convento. ¿A dónde he de ir? ¿Qué he de hacer? Yo no puedo vivir sino aquí!»—«Pues quédese Vd. con nosotros, le dije yo entónces.»—«Bien dicho, Madre, repuso mi hijo. Siete somos los que nos sentamos á la mesa: nos sentarémos ocho; comerémos más, y comerémos ménos, como suele decirse.»

—Y gracias á esta caridad, añadió fray Gabriel, cáteme Vd. aquí cuidando la huerta; pero desde que se vendió la noria, no puedo regar ni un palmo de tierra; de modo que se están secando los naranjos y los limones.

—Fray Gabriel, continuó la tia María, se quedó en estas paredes, á las cuales está pegado como la yedra; pero, como iba diciendo, ya no hay más que

paredes. ¡Habrá picardía! Nada, lo que ellos dicen: «Destruyamos el nido, para que no vuelvan los pájaros.»

—Sin embargo, dijo Stein; yo he oido decir que había demasiados conventos en España.

La tia María fijó en el aleman sus ojos negros, vivos y espantados; despues, volviéndose al lego, le dijo en voz baja:

—¿Serán ciertas nuestras primeras sospechas?

—Puede ser que sean ciertas! respondió el hermano.

CAPÍTULO IV.

Stein, cuya convalecencia adelantaba rápidamente, pudo en breve, con ayuda del hermano Gabriel, salir de su cuarto, y examinar menudamente aquella noble estructura, tan suntuosa, tan magnífica, tan llena de primores y de riquezas artísticas, la cual, léjos de las miradas de los hombres, colocada entre el cielo y el desierto, habia sido digna morada de muchos varones ricos é ilustres, que vivieron en el convento, realzando su nobleza y suntuosidad con las virtudes y grandes prendas de que Dios los habia dotado, sin otro testigo que su Criador, ni mas fin que glorificarle; porque se engañan mucho los que creen que la modestia y la humildad se ocultan siempre bajo la libréa de la pobreza. No: los remiendos y las casuchas abrigan á veces mas orgullo que los palacios.

El gran portal embovedado, por donde habia

sido introducido Stein, daba á un gran patio cuadrado. Desde la puerta hasta el fondo del patio, se extendia una calle de enormes cipreses. Allí se alzaba una vasta reja de hierro, que dividia el patio grande, de otro largo y estrecho, en que continuaba la càlle de cipreses, pareciendo entrar en ella con paso magestuoso, y formando una guardia de honor al magnífico portal de la iglesia, que se hallaba en el fondo de este segundo y estrecho patio.

Cuando la puerta exterior y la reja estaban abiertas de par en par, como las iglesias de los conventos no están obstruidas por el coro, desde las gradas de la cruz de mármol blanco, que estaba situada á distancia fuera del edificio, se divisaba perfectamente el soberbio altar mayor, todo dorado desde el suelo hasta el techo, y que cubria la pared de la cabecera del templo. Cuando reverberaban centenares de luces en aquellas refulgentes molduras, y en las innumerables cabezas de angeles que formaban parte de su adorno; cuando los sonidos del órgano, armonizando con la grandeza del sitio, y con la solemnidad del culto católico estallaban en la bóveda de la iglesia, demasiado estrecha para contenerlos, y se iban á perder en las del cielo; cuando se ofrecia esta grandiosa escena, sin mas espectadores que el desierto, la mar y el firmamento, no parecia sino que para ellos sólos se habia levantado aquel edificio, y se celebraban los oficios divinos.

A los dos lados de la reja, fuera de la calle de cipreses, habia dos grandes puertas. La de la izquierda, que era el lado del mar, daba á un patio interior, de gigantescas dimensiones. Reinaba en torno de él un anchuroso cláustro, sostenido en cada lado por veinte columnas de mármol blanco. Su pavimento se componia de losas de mármol azul y blanco. En medio se alzaba una fuente, alimentada por una noria que estaba siempre en movimiento. Representaba una de las obras de misericordia, figurada por una mujer dando de beber á un peregrino, que postrado á sus pies, recibia el agua, que en una concha ella le presentaba. La parte inferior de las paredes, hasta una altura de diez pies, estaba revestida de pequeños azulejos, cuyos brillantes colores se enlazaban en artificiosos mosáicos. En frente de la entrada se abria una anchísima escalera de mármol, construccion aérea, sin mas apoyo ni sosten, que la sábia proporcion de su masa enorme. Estas admirables obras maestras de arquitectura, eran muy comunes en nuestros conventos. Los grandes artistas, autores de tantas maravillas, estaban animados de un santo celo religioso, y por el noble deseo y la creencia de que trabajaban para la mas remota posteridad. Sabido es que el primero y el mas popular de ellos, no trabajaba en ningun asunto religioso sin haber comulgado ántes (1).

(1) Bartolomé Esteban Murillo.

El cláustro alto estaba sostenido por veinte columnas mas pequeñas que las del bajo. Reinaba en torno una balaustrada de mármol blanco, calada, y de un trabajo exquisito. Caian á estos cláustros las puertas de las celdas, hechas de caoba, pequeñas, pero cubiertas de adornos de talla. Las celdas se componian de una pequeña antecámara, que daba paso á una sala tambien chica, con su correspondiente alcoba. El ajuar lo formaban en la pieza principal, algunas sillas de pino, una mesa y un estante, y en la alcoba, una cama que consistia en cuatro tablas sin colchon, y dos sillas.

Detrás de este patio habia otro por el mismo estilo: allí estaban el noviciado, la enfermería, la cocina y los refectorios. Consistian estos en unas mesas largas, de mármol, y una especie de púlpito para el que leia durante las comidas.

El departamento situado á la derecha de la calle de cipreses, contenia un pátio semejante á la del lado opuesto. Allí estaba la hospedería, donde eran recibidos los forasteros, ya fuesen legos ó religiosos. Estaban tambien la librería, las sacristías, los guarda-muebles, y otras oficinas. En el segundo patio, al que se entraba por una puerta exterior, se hallaban, abajo almacenes para el aceite, y arriba los graneros. Estos cuatro pátios, en medio de los cuales, precedida de la calle de cipreses, se erguia la iglesia con su campanario, como un enorme ciprés de piedra, formaban el con-

junto de aquel majestuoso edificio. El techo se componía de un millon de tejas, sujeta cada una con un gran clavo de hierro, para evitar que las arrancasen los huracanes en aquel sitio elevado y próximo al mar. A razon de real por clavo, esta sola parte del material había costado cincuenta mil duros.

Rodeaba el convento por delante el patio grande, de que ya hemos hablado, y en él, á izquierda y derecha de la puerta de entrada, habia cuartos pequeños de un solo piso, para alojar á los jornaleros, cuando los religiosos cultivaban sus tierras: allí habitaba en la época en que pasa nuestra historia, el guarda Manuel Alerza con su familia. A la izquierda, hácia el lado del mar, se extendia una gran huerta, ostentando bajo las ventanas de las celdas, su fresco verdor, sus árboles, sus flores, el murmullo de sus acequias, el canto de los pájaros y la esquila del buey que tiraba de la noria. Formaba todo esto un pequeño oásis, en medio de un desierto seco y uniforme, cerca de esa mar que se complace en el estrago y en la destruccion, y que se detiene delante de un límite de arena. Pero lo que abundaba en este lugar solitario y silencioso, eran los cipreses y las palmeras, árboles de los conventos, los unos de brote derecho y austero, que aspiran á las alturas; los otros no ménos elevados, pero que inclinan sus brazos á la tierra, como para atraer á las plantas débiles que vejetan en ella.

Los pozos y la armazon entera de las norias colocados en colinas artificiales para dar elevacion á las aguas, se abrigaban bajo enramadas piramidales de yedra, tan espesa, que, cerrada la puerta de entrada, no se podian distinguir los objetos sin luz artificial. El eje que sostenia la rueda, estaba apoyado en dos troncos de olivo, que habian echado raices, y cubiértose de una corona de follaje verde oscuro. La espesura vegetal y agreste del techo, daba abrigo á innumerables pajarillos, alegres y satifechos con tener allí ocultos sus nidos, mientras que el buey giraba con lento paso, haciendo resonar la esquila que le pendia al cuello, y cuyo silencio indicaba al hortelano que el animal disfrutaba el dulce *farniente*.

Las celdas del piso bajo abrian á un terrado con bancos de piedra, y sentados en ellos los solitarios, podian contemplar aquel estrecho y ameno recinto, animado por el canto de las aves y perfumado por las emanaciones de las flores, parecido á una vida tranquila y reconcentrada; ó bien podian esparcir sus miradas por el espacio, en sus anchos horizontes, en la inmensa extension del Océano, tan espléndido como traidor; unas veces manso y tranquilo como un cordero, otras agitado y violento como una furia, semejante á esas existencias ingentes y ruidosas, que se agitan en la escena de mundo.

Aquellos hombres de ciencia profunda, de estudios graves, de vida austera y retirada, cultiva-

ban macetas de flores en sus terrados, y criaban pajaritos, con paternal esmero; porque si el paganismo puso lo sublime en la heroicidad, el cristianismo lo ha puesto en la sencillez.

En el lado opuesto á la huerta, un espacio de las mismas dimensiones, y encerrado en las tapias del convento, contenia los molinos de aceite, cuyas vigas, de cincuenta pies de largo y cuatro de ancho, eran de caoba, y además las atahonas, los hornos, las caballerizas y los establos.

Guiado por el buen hermano Gabriel, pudo Stein admirar aquella grandeza pasada, aquella ruina proscrita, aquel abandono, que á manera de cáncer, devoraba tantas maravillas; aquella destruccion que se apodera de un edificio vacío, aunque fuerte y sólido, como los gusanos toman posesion del cadáver de un hombre jóven y robusto.

Fray Gabriel no interrumpia las reflexiones del cirujano aleman. Pertenecia á la excelente clase de pobres de espíritu, que lo son tambien de palabras. Concentraba en sí su tristeza *incolora*, sus uniformes recuerdos, sus pensamientos monótonos. Por esto solía decirle la tia María:

—Es Vd. un bendito, hermano Gabriel; pero no parece que la sangre corre en sus venas, sino que se paséa. Si algun dia tuviese Vd. una viveza, (y solo podria ser si volviesen los padres al convento las campanas á la torre y las norias á la huerta), le ahogaria á Vd.

En la iglesia, vacía y desnuda, todavía quedaban bastantes restos de magnificencia, para poder graduar toda la que se había perdido. Aquel dorado altar mayor, tan brillante cuando reflejaba la luz de los cirios que encendía la devocion de los fieles, estaba empañado por el polvo del olvido. Aquellas preciosas cabezas de angelitos, que ceñían las arañas; aquellas ventanas, cuyas vidrieras habian desaparecido, y que dejaban entrada libre á los mochuelos y otros pájaros, cuyos nidos afeaban las bien talladas y doradas cornisas, y que convertian en inmunda sentina el rico pavimento de mármol; aquellos esqueletos de altares despojados de todos sus adornos; aquellos grandes y hermosos ángeles, que parecian salir de las pilastras; que habian tenido en sus manos lámparas de plata siempre encendidas, y extendian aun sus brazos, mirando aquellas con dolor vacías! Los lindos frescos de las bóvedas, que no habian podido ser arrebatados, y á los cuales inundaban de llanto las nubes del cielo, impulsadas por los temporales; el yermo santuario, cuyas puertas habian sido de plata maciza con bajos relieves de Berruguete; las pilas secas y cubiertas de polvo.... ¡Dios mio! ¿qué artista no suspira al verlos? ¿qué cristiano no se estremece? ¿qué católico no se prosterna y llora?

En la sacristía, guarnecida en derredor de cómodas, cuya parte superior formaba una mesa prolongada, los cajones estaban abiertos y vacíos. En

ellos se guardaron ántes las albas de olan guarnecidas de encajes, los ornamentos de terciopelo y de tisú, en los que la plata bordaba el terciopelo; el oro, la plata; y las perlas, el oro. En un retrete inmediato estaban todavía las cuerdas de las campanas; una, mas delgada que las otras, movía la campana clara y sonora, que llamaba los fieles á Misa; otra hacía vibrar el bronce retumbante y melodioso, como una banda de música militar; grave, aunque animada, en compañía de sus acólitas, ménos estrepitosas, anunciaba las grandes festividades cristianas. Otra finalmente despertaba sonidos profundos y solemnes, como los del cañon, para pedir oraciones á los hombres y clemencia al cielo por el pecador difunto. Stein se sentó en el primer escalon de las gradillas del púlpito sostenido por un águila de mármol negro. Fray Gabriel se hincó de rodillas en las gradas de mármol del altar mayor.

—¡Dios mio! decia Stein, apoyando la cabeza en las manos: esas hendiduras, esa agua que penetra en las bóvedas, y gotéa minando el edificio con su lento y seguro trabajo, ese maderaje que se hunde, esos adornos que se desmoronan.., ¡qué espectáculo tan triste y espantoso! A la tristeza que produce todo lo que deja de existir, se une aquí el horror que inspira todo lo que perece de muerte violenta, y á manos del hombre. ¡Este edificio, alzado en honor de Dios por hombres piadosos, condenado á la nada por sus descendientes!

—¡Dios mio! decia el hermano Gabriel, en mi vida he visto tantas telarañas. Cada angelito tiene un solidéo de ellas. San Miguel lleva una en la punta de la espada, y no parece sino que me la está presentando. ¡Si el Padre Prior viera esto!

Stein cayó en una profunda melancolía. Este santo lugar, pensaba, respetado por el rumor del mundo, y por la luz del dia, donde venian los Reyes á inclinar sus cabezas, y los pobres á levantar las suyas: este lugar que daba lecciones severas al orgullo, y suaves alegrías á los humildes, hoy se vé decaido y entregado al acaso, como bajel sin piloto!

En este momento, un vivo rayo de sol penetró por una de las ventanas, y vino á dar en el remate del altar mayor, haciendo resaltar en la oscuridad con su esplendor, como si sirviese de respuesta á las quejas de Stein, un grupo de tres figuras abrazadas. Eran la Fé, la Esperanza y la Caridad (1)!

(1) Habiamos pensado acortar la descripcion, quizas demasiado prolija, del convento, persuadidos por una parte de que es de poco interes, y no tiene novedad para la presente generacion, que conoce estas obras portentosas esparcidas por toda España, y por otra, de que la opinion reinante clasificara tal vez estas suntuosidades, cuando ménos, de gastos inútiles: reflexion, y sea dicho de paso, que no se les ocurre á los fabricadores de las modernas opiniones, cuando de entre las ruinas de los templos griegos levantados á los falsos Dioses, desenterran tantas maravillas del arte, ni al rebuscar y recoger las riquezas que en los templos americanos é indios se acumulaban. Habiamos, pues, decimos, pensado en acortar esta descripcion del convento: hemos dicho la causa. Pero no lo hemos verificado, acaso por las mismas razones que lo aconsejaban y hemos expuesto. —Creemos que nos comprenderá el lector.

CAPÍTULO V.

El fin de octubre habia sido lluvioso, y noviembre vestía su verde y abrigado manto de invierno.

Stein se paseaba un dia por delante del convento, desde donde se descubría una perspectiva inmensa y uniforme: á la derecha el mar sin límites; á la izquierda, la dehesa sin término. En medio, se dibujaba en la claridad del horizonte el perfil oscuro de las ruinas del fuerte de San Cristóbal, como la imágen de la nada en medio de la inmensidad. La mar, que no agitaba el soplo mas ligero, se mecía blandamente, levantando sin esfuerzo sus olas, que los reflejos del sol doraban, como una Reina que deja ondear su manto de oro. El convento, con sus grandes, severos y angulosos lineamentos, estaba en armonía con el grave y monótono paisaje; su

mole ocultaba el único punto del horizonte interceptado en aquel uniforme panorama.

En aquel punto se hallaba el pueblo de Villamar, situado junto á un rio tan caudaloso y turbulento en invierno, como pobre y estadizo en verano. Los alrededores bien cultivados, presentaban de léjos el aspecto de un tablero de damas, en cuyos cuadros variaba de mil modos el color verde; aquí, el amarillento de la vid aun cubierta de follaje; allí, el verde ceniciento de un olivar, ó el verde esmeralda del trigo, que habian hecho brotar las lluvias de otoño; ó el verde sombrío de las higueras; y todo esto dividido por el verde azulado de las pitas de los vallados. Por la boca del rio cruzaban algunas lanchas pescadoras; del lado del convento, en una elevacion, se alzaba una capilla; delante, una gran cruz, apoyada en una base piramidal de mampostería blanqueada; detrás habia un recinto cubierto de cruces pintadas de negro. Este era el Campo Santo.

Delante de la cruz pendía un farol, siempre encendido; y la cruz, emblema de salvacion, servía de faro á los marineros; como si el Señor hubiera querido hacer palpables sus parábolas á aquellos sencillos campesinos, del mismo modo que se hace diariamente palpable á los hombres de fé robusta y sumisa, dignos de aquella gracia.

No puede compararse este árido y uniforme paisaje con los valles de Suiza, con las orillas del

Rhin ó con la costa de la isla de Wight. Sin embargo, hay una mágia tan poderosa en las obras de la naturaleza, que ninguna carece de bellezas y atractivos; no hay en ellas un solo objeto desprovisto de interés, y si á veces faltan las palabras para explicar en qué consiste, la inteligencia lo comprende, y el corazon lo siente.

Mientras Stein hacía estas reflexiones, vió que Momo salía de la hacienda en direccion al pueblo. Al ver á Stein, le propuso que le acompañase; éste aceptó; y los dos se pusieron en camino en direccion al lugar.

El dia estaba tan hermoso, que solo podía compararse á un diamante de aguas exquisitas, de vivísimo esplendor, y cuyo precio no aminora el mas pequeño defecto. El alma y el oido reposaban suavemente en medio del silencio profundo de la naturaleza. En el azul turquí del cielo no se divisaba mas que una nubecilla blanca, cuya perezosa inmovilidad la hacía semejante á una odalisca, ceñida de velos de gasa, y muellemente recostada en su otomana azul.

Pronto llegaron á la colina próxima al pueblo, en que estaban la cruz y la capilla.

La subida de la cuesta, aunque corta y poco empinada, habia agotado las fuerzas, aun no restablecidas de Stein. Quiso descansar un rato, y se puso, á examinar aquel lugar.

Acercóse al cementerio. Estaba tan verde y tan

florido, como si hubiera querido apartar de la muerte el horror que inspira. Las cruces estaban ceñidas de vistosas enredaderas. en cuyas ramas revoloteaban los pajarillos, cantando: ¡*Descansa en paz*! Nadie habría creido que aquella fuese la mansion de los muertos, si en la entrada no se leyese esta inscripcion: «*Creo en la remision de los pecados, en la resurreccion de la carne y en la vida perdurable. Amen.*» La capilla era un edificio cuadrado, estrecho y sencillo, cerrado con una reja, y coronada su modesta media naranja por una cruz de hierro. La única entrada era una puertecita inmediata al altar.

En este había un gran cuadro pintado al óleo, que representaba una de las caidas del Señor con la cruz. Detrás, la Vírgen, San Juan y las tres Marías; al lado del Señor, los feroces soldados romanos. De puro vieja, había tomado esta pintura un tono tan oscuro, que era difícil discernir los objetos; pero aumentando al mismo tiempo el efecto de la profunda devocion que inspiraba su vista, sea porque la meditacion y el espiritualismo se avienen mal con los colores chillones y relumbrantes, ó sea por el sello de veneracion que imprime el tiempo á las obras del arte, mayormente cuando representan objetos de devocion; que entónces parecen doblemente santificados por el culto de tantas generaciones. Todo pasa y todo muda en torno de esos piadosos monumentos; ménos ellos que permanecen

sin haber agotado los tesoros de consuelos que á manos llenas prodigan. La devocion de los fieles había adornado el cuadro con diferentes objetos de hojuela de plata, colocados de tal modo, que parecian formar parte de la pintura: eran estos una corona de espinas sobre la cabeza del Señor; una diadema de rayos sobre la de la Vírgen, y remates en las extremidades de la cruz. Esta costumbre extraña y aun ridícula á los ojos del artista, á los del cristiano es buena y piadosa. Pero á bien que la capilla del Cristo del Socorro no era un muséo; jamás habia atravesado un artista sus umbrales: allí no acudían mas que sencillos devotos, que solo iban á rezar.

Las dos paredes laterales estaban cubiertas de ex-votos, de arriba á abajo.

Los ex-votos son testimonios públicos y auténticos de beneficios recibidos, consignados por el agradecimiento al pié de los altares, unas veces ántes de obtener la gracia que se pide; otras se prometen en grandes infortunios y circunstancias apuradas. Allí se ven largas trenzas de cabello, que la hija amante ofreció, como su mas precioso tesoro, el dia en que su madre fué arrancada á las garras de la muerte; niños de plata colgados de cintas color de rosa, que una madre afligida, al ver á su hijo mortalmente herido, consagró por obtener su alivio al Señor del Socorro; brazos, ojos, piernas de plata ó de cera, segun las facultades del votante; cuadros de naufragios ó de otros grandes peligros, en medio

de los cuales los fieles tuvieron la sencillez de creer que sus plegarias podrían ser oidas y otorgadas por la misericordia divina; pues por lo visto las gentes *de alta razon, los ilustrados, los que dicen ser los mas, y se tienen por los mejores* no creen que la oracion, es un lazo entre Dios y el hombre. Estos cuadros no eran obras maestras del arte; pero quizás si lo fueran, perderían su fisonomía, y sobre todo, su candor. ¡Y hay todavía personas que presumiendo hallarse dotadas de un mérito superior, cierran sus almas á las dulces impresiones del candor, que es la inocencia y la serenidad del alma! ¿Acaso ignoran que el candor se va perdiendo, al paso que el entusiasmo se apaga? Conservad, Españoles, y respetad los débiles vestigios que quedan de cosas tan santas como inestimables. No imiteis al mar Muerto, que mata con sus exhalaciones los pájaros que vuelan sobre sus olas, ni, como él, sequeis las raices de los árboles, á cuya sombra han vivido felices muchos paises y tantas generaciones! (1)

Entre los ex-votos habia uno que por su singularidad causó mucha extrañeza á Stein. La mesa del altar no era perfectamente cuadrada desde arriba abajo, sino que se estrechaba en línea curva hácia

(1) Que los hombres sin fé en el alma, ni simpatía en el corazon para los sentimientos religiosos, desdeñen estas prácticas, lo entiendo, por mucho que me aflija; pero que uno de los primeros y mas acreditados escritores de Francia, Jorge Sand, haya escrito estas palabras, hablando de los ex-votos: *ces fétiches affreux, ces exvotos me font peur,* solo puede atribuirse á una completa ignorancia de lo que son y de lo que significan.

el pié. Entre su base y el enladrillado habia un pequeño espacio. Stein percibió allí en la oscuridad un objeto apoyado contra la pared; y á fuerza de fijar en él sus miradas, vino á distinguir que era un trabuco. Tal era su volúmen, y tal debia ser su peso, que no podia entenderse cómo un hombre podia manejarlo: lo mismo que sucede cuando miramos las armaduras de la edad media. Su boca era tan grande que podia entrar holgadamente por ella una naranja. Estaba roto, y sus diversas partes toscamente atadas con cuerdas.

—Momo, dijo Stein, ¿qué significa eso? ¿Es de veras un trabuco?

—Me parece, dijo Momo, que bien á la vista está.

—Pero, ¿por qué se pone un arma homicida en este lugar pacífico y santo? En verdad que aqui puede decirse aquello de que pega como un par de pistolas á un Santo Cristo.

—Pero ya vé Vd., respondió Momo, que no está en manos del Señor, sino á sus piés, como ofrenda. El dia en que se trajo aquí ese trabuco (que hace muchísimos años) fué el mismo en que se le puso á ese Cristo el nombre del Señor del Socorro.

—Y ¿con qué motivo? preguntó Stein.

—Don Federico, dijo Momo abriendo tantos ojos, todo el mundo sabe eso. ¡Y Vd. no lo sabe!

—¿Has olvidado que soy forastero? replicó Stein.

—Es verdad, repuso Momo; pues se lo diré á su merced. Hubo en esta tierra un salteador de caminos, que no se contentaba con robar á la gente, sino que mataba á los hombres como moscas, ó porque no le delatasen, ó por antojo. Un dia, dos hermanos vecinos de aquí, tuvieron que hacer un viaje. Todo el pueblo fué á despedirlos, deseándoles que no topasen con aquel forajido que no perdonaba vida, y tenia atemorizado al mundo. Pero ellos, que eran buenos cristianos, se encomendaron á este Señor, y salieron confiando en su amparo. Al emparejar con un olivar, se echaron en cara al ladron, que les salia al encuentro con su trabuco en la mano. Echóselo al pecho, y les apuntó. En aquel trance se arrodillaron los hermanos clamando al Cristo: ¡Socorro, Señor! El desalmado disparó el trabuco, pero quien quedó alma del otro mundo fué él mismo, porque quiso Dios que en las manos se le reventase el trabuco. ¡Y el trabuquillo era flojo en gracia de Dios! Ya lo está Vd. mirando; porque en memoria del milagroso socorro, lo ataron con esas cuerdas, y lo depositaron aquí, y al Señor se le quedó la advocacion del Socorro (1). ¿Con qué no lo sabia usted, Don Federico?

(1) Esta leyenda del Señor del Socorro, ó por mejor decir, esta relacion verídica del suceso que es asunto del cuadro, la testificaba el mencionado trabuco, que á los piés del altar se veia en su capilla, sita en la calle del *Ganado*, del Puerto de Santa María. Há poco (en 1855) ha sido cerrada. El Sr. Vicario de dicho punto, segun tenemos entendido, reclama el cuadro para que se le dé culto en la Iglesia Mayor.—Estamos persuadidos de

—No lo sabia, Momo, respondió éste,—y añadió como respondiendo á sus propias reflexiones,—¡ si tú supieras cuánto ignoran aquellos que dicen que se lo saben todo !!!

—Vamos, ¿se viene Vd., Don Federico? dijo Momo despues de un rato de silencio: mire Vd. que no me puedo detener.

—Estoy cansado, contestó éste, véte tú, que aquí te aguardaré.

—Pues con Dios, repuso Momo, poniéndose en camino y cantando.

Quédate con Dios y á Dios,
Dice la comun sentencia;
Que el pobre puede ser rico.
Y el rico no compra ciencia.

Stein contemplaba aquel pueblecito tan tranquilo, medio pescador, medio marinero, llevando con una mano el arado y con la otra el remo. No se componia, como los de Alemania, de casas esparcidas sin órden con sus techos tan campestres, de paja, y sus jardines; ni reposaba, como los de Inglaterra, bajo la sombra de sus pintorescos árboles;

que si logra su deseo, no se atreverá, merced á la *ilustracion que tanto realza y distingue á nuestra próspera y culta era*, poner á los piés del altar el antigno y roto trabuco, que al reventar, salvó la vida á los dos devotos que al Señor pedian *Socorro*. ¿Qué diria el *decoro protestante*, que se nos vá inoculando como un humor frio, de ver un trabuco en una iglesia? ¿Qué los que acatan la *letra*, y no el *espíritu*?...

ni como los de Flándes formaba dos hileras de lindas casas á los lados del camino. Constaba de algunas calles anchas, aunque mal trazadas, cuyas casas de un solo piso y de desigual elevacion, estaban cubiertas de vetustas tejas: las ventanas eran escasas, y mas escasas aun las vidrieras y toda clase de adorno. Pero tenia una gran plaza, á la sazon verde como una pradera, y en ella una hermosísima iglesia; y el conjunto era diáfano, aseado y alegre.

Catorce cruces iguales á la que cerca de Stein estaba, se seguian de distancia en distancia, hasta la última, que se alzaba en medio de la plaza haciendo frente á la iglesia. Era esto la *Via crucis*.

Momo volvió, pero no volvia solo. Venia en su compañía un señor de edad, alto, seco, flaco y tieso como un cirio. Vestia chaqueta y pantalon de basto paño pardo, chaleco de piqué de colores moribundos, adornado de algunos zurcidos, obras maestras en su género, faja de lana encarnada, como las gastan las gentes del campo, sombrero calañés de ala ancha, con una cucarda, que habia sido encarnada, y que el tiempo, el agua y el sol habian convertido en color de zanahoria. En los hombros de la chaqueta habia dos estrechos galones de oro problemático, destinados á sujetar dos charreteras; y una espada vieja, colgada de un cinturon idem, completaba este conjunto medio militar y medio paisano. Los años habian hecho grandes estragos

en la parte delantera del largo y estrecho cráneo de este sugeto. Para suplir la falta de adorno natural, habia levantado y traido hácia adelante los pocos restos de cabellera que le quedaban, sujetándolos por medio de un cabo de seda negra sobre la parte alta del cráneo, de donde formaban un hopito con la gracia chinesca mas genuina.

—Momo, ¿quién es este señor? preguntó Stein á media voz.

—El Comandante, respondió éste en su tono natural.

—¡Comandante! ¿de qué? tornó Stein á preguntar.

—Del fuerte de San Cristóbal.

—¡Del fuerte de San Cristóbal!... exclamó Stein extático.

—Servidor de Vd., dijo el recien venido, saludando con cortesía; mi nombre es Modesto Guerrero, y pongo mi inutilidad á la disposicion de usted.

Ese usual cumplido tenia en este sujeto una aplicacion tan exacta, que Stein no pudo menos de sonreirse al devolver al militar su saludo.

—Sé quien es Vd., prosiguió don Modesto, tomo parte en sus contratiempos, y le doy el parabien por su restablecimiento, y por haber caido en manos de los Alerzas, que son, á fé mia, unas buenas gentes; mi persona y mi casa están á la disposicion de Vd., para lo que guste mandar. Vivo en la plaza

de la Iglesia, quiero decir, de la Constitucion, que es como ahora se llama. Si alguna vez quiere usted favorecerla, el letrero podrá indicarle la plaza.

—Si en todo el lugar hay otra, á qué tantas señas? dijo Momo.

—¿Con qué tiene una inscripcion? preguntó Stein, que en su vida agitada de campamentos, no habia tenido ocasion de aprender los usuales cumplidos, y no sabia contestar á los del cortés español.

—Sí señor, respondió éste; el alcalde tuvo que obedecer las órdenes de arriba. Bien vé vd. que en un pueblo pequeño no era fácil proporcionarse una losa de mármol con letras de oro, como son las lápidas de Cádiz y de Sevilla. Fué preciso mandar hacer el letrero al maestro de escuela, que tiene una hermosa letra, y debia ponerse á cierta altura en la pared del Cabildo. El maestro preparó pintura negra con hollin y vinagre, y encaramado en una escalera de mano, empezó la obra, trazando unas letras de un pié de alto. Por desgracia, queriendo hacer un gracioso floréo, dió tan fuerte sacudida á la escalera, que ésta se vino al suelo con el pobre maestro y el puchero de tinta, rodando los dos hasta el arroyo. Rosita, mi patrona, que observó la catástrofe desde su ventana, y vió levantarse al caido, negro como el carbon, se asustó tanto, que estuvo tres dias con flatos, y de veras, me dió cuidado. El alcalde, sin embargo, ordenó al magullado maestro que completase su

obra, en vista de que el letrero no decia todavía mas que *consti*; el pobre maestro tuvo que apechugar con la taréa; pero esta vez no quiso escalera de mano, y fué preciso traer una carreta, y poner encima una mesa, y atarla con cuerdas. Encaramado allí el pobre, estaba tan turulato acordándose de lo de marras, que no pensó sino en despachar pronto; y así es, que las últimas letras, en lugar de un pié de alto como las otras, no tienen mas que una pulgada; y no es esto lo peor, si no que con la prisa, se le quedó una letra en el tintero, y el letrero dice ahora: PLAZA DE LA CONSTITUCIN. El alcalde se puso furioso; pero el maestro se cerró á la banda, y declaró que ni por Dios ni por sus santos volvia á las andadas, y que mas bien queria montar en un toro de ocho años, que en aquel tablado de volatines. De modo que el letrero se ha quedado como se estaba; pero á bien que no hay en el lugar quien lo lea. Y es lástima que el maestro no lo haya enmendado, porque era muy hermoso, y hacia honor á Villamar.

Momo, que traia al hombro unas alforjas bien rellenas, y tenia prisa, preguntó al Comandante si iba al fuerte de San Cristóbal.

—Sí, respondió, y de camino, á ver á la hija del tio Pedro Santaló, que está mala.

—¿Quién? ¿la Gaviota? preguntó Momo. No lo crea Vd. Si la he visto ayer encaramada en una peña, y chillando como las otras gaviotas.

—¡Gaviota! esclamó Stein.

—Es un mal nombre, dijo el Comandante, que Momo le ha puesto á esa pobre muchacha.

—Porque tiene las piernas muy largas, respondió Momo; porque tanto vive en el agua como en la tierra; porque canta y grita, y salta de roca en oca como las otras.

—Pues tu Abuela, observó Don Modesto, la quiere mucho, y no la llama mas que Marisalada, por sus graciosas travesuras, y por la gracia con que canta y baila, y remeda á los pájaros.

—No es eso, replicó Momo; sino porque su padre es pescador, y ella nos trae sal y pescado.

—¿Y vive cerca del fuerte? preguntó Stein, á quien habian excitado la curiosidad aquellos pormenores.

—Muy cerca, respondió el Comandante. Pedro Santaló tenia una barca catalana, que, habiendo dado á la vela para Cádiz, sufrió un temporal, y naufragó en la costa. Todo se perdió, el buque y la gente, ménos Pedro, que iba con su hija; como que á él le redobló las fuerzas el ánsia de salvarla. Pudo llegar á tierra, pero arruinado; y quedó tan desanimado y triste, que no quiso volver á su tierra. Lo que hizo fué labrar una choza entre esas rocas con los destrozos que habian quedado de la barca, y se metió á pescador. Él era el que proveia de pescado al convento, y los Padres, en cambio, le daban pan, aceite y vinagre. Hace doce

años que vive ahí en paz con todo el mundo.

Con esto llegaron al punto en que la vereda se dividia, y se separaron.

—Pronto nos verémos, dijo el veterano. Dentro de un rato iré á ponerme á la disposicion de Vd. y saludar á sus patronas.

—Dígale Vd. de mi parte á la Gaviota, gritó Momo, que me tiene sin cuidado su enfermedad, porque mala yerba nunca muere.

—¿Hace mucho tiempo que el Comandante está en Villamar? preguntó Stein á Momo.

—Toma... ciento y un años, desde antes que mi padre naciera.

—¿Y quién es esa Rosita, su patrona?

—¡Quién, Señá Rosa Mística! respondió Momo con un gesto burlon. Es la maestra de amiga. Es mas fea que el hambre; tiene un ojo mirando á Poniente y otro á Levante; y unos hoyos de viruelas, en que puede retumbar un eco. Pero, Don Federico, el cielo se encapota; las nubes van como si las corrieran galgos. Apretemos el paso.

CAPÍTULO VI.

Antes de seguir adelante, no será malo trabar conocimiento con este nuevo personaje.

Don Modesto Guerrero era hijo de un honrado labrador, que no dejaba de tener buenos papeles de nobleza, hasta que se los quemaron los franceses en la guerra de la independencia, como quemaron tambien su casa, bajo el pretesto de que los hijos del dueño eran *brigantes*, esto es, reos del grave delito de defender á su patria. El buen hombre pudo reedificar su casa. Pero á los pergaminos no les cupo la suerte del Fénix.

Modesto cayó soldado, y como su padre no tenia lo bastante para comprarle un sustituto, pasó á las filas de un regimiento de infantería, en calidad de distinguido.

Como era un bendito, y además, de larga y se-

ca catadurā, pronto llegó á ser el objeto de las burlas y de las chanzas pesadas de sus compañeros. Estos, animados por su mansedumbre, llevaron al extremo sus bromas, hasta que Modesto les puso término del modo siguiente. Un dia que habia gran formacion, con motivo de una revista, Modesto ocupaba su lugar al extremo de una fila. Allí cerca habia una carreta: con gran destreza y prontitud sus compañeros le echaron á una pierna un lazo corredizo, atando la extremidad del cordel á una de las ruedas de la carreta. El coronel dió la voz de «marchen». Sonaron los tambores, y todas las mitades se pusieron en marcha, ménos Modesto, que se quedó parado con una pierna en el aire, como los escultores figuran á Céfiro

Terminada la revista, Modesto volvió al cuartel tan sosegado como de él habia salido, y sin alterar su paso, pidió una satisfaccion á sus compañeros. Como ninguno queria cargar con la responsabilidad del chasco, declaró con la misma calma que mediria sus armas con las de todos y cada uno de ellos, uno despues de otro. Entonces salió al frente el que habia inventado y dirigido la burla: se batieron, y de sus resultas perdió un ojo su adversario. Modesto le dijo con su calma acostumbrada, que si queria perder el otro, él estaba á su disposicion, cuando gustase.

Entre tanto, Modesto, sin parientes ni protectores en la córte, sin miras ambiciosas, sin disposi-

ciones para la intriga, hizo su carrera á paso de tortuga, hasta que en la época del sitio de Gaeta en 1805, su regimiento recibió órden de juntarse como auxiliar con las tropas de Napoleon. Modesto se distinguió allí por su valor y serenidad, en términos que mereció una cruz, y los mayores elogios de sus gefes.

Su nombre lució en la *Gaceta*, como un meteoro, para hundirse despues en la eterna oscuridad. Estos laureles fueron los primeros y los últimos que le ofreció su carrera militar; porque habiendo recibido una profunda herida en el brazo, quedó inutilizado para el servicio, y en recompensa, le nombraron Comandante del fuertecillo abandonado de San Cristóbal. Hacía, pues, cuarenta años que tenia bajo sus órdenes el esqueleto de un castillo y una guarnicion de lagartijas.

Al principio no podia nuestro Guerrero conformarse con aquel abandono. No pasaba año sin que dirigiese una representacion al Gobierno, pidiendo los reparos necesarios, y los cañones y tropa que aquel punto de defensa requeria. Todas estas representaciones habian quedado sin respuesta, á pesar de que, segun las circunstancias de la época, no habia omitido hacer presente la posibilidad de un desembarco de ingleses, de insurgentes americanos, de franceses, de revolucionarios y de carlistas. Igual acogida habian recibido sus contínuas plegarias para obtener algunas pagas. El Gobierno

no hizo el menor caso de aquellas dos ruinas: el castillo y su Comandante. Don Modesto era sufrido; con que acabó por someterse á su suerte sin acritud y sin despecho.

Cuando vino á Villamar, se alojó en casa de la viuda del sacristan, la cual vivia entregada á la devocion, en compañía de su hija, todavía jóven. Eran excelentes mujeres: algo remilgadas y secas, con sus ribetes de intolerantes; pero buenas, caritativas, morigeradas y de esmerado aséo.

Los vecinos del pueblo, que miraban con aficion al Comandante, ó, mas bien al *Comendante*, que era como le llamaban, y que al mismo tiempo conocian sus apuros, hacian cuanto podian para aliviarlos. No se hacia matanza en casa alguna, sin que se le enviase su provision de tocino y morcillas. En tiempo de la recoleccion, un labrador le enviaba trigo, otro garbanzos; otros le contribuian con su porcion de miel ó de aceite. Las mujeres le regalaban los frutos del corral; de modo que su beata patrona tenia siempre la despensa bien provista, gracias á la benevolencia general que inspiraba Don Modesto; el cual, de índole correspondiente á su nombre, léjos de envanecerse de tantos favores, solia decir que la Providencia estaba en todas partes, pero que su cuartel general era Villamar. Bien es verdad que él sabia corresponder á tantos favores, siendo con todos, por extremo servicial y complaciente. Levantábase con el sol, y lo primero que hacía,

era ayudar la misa al Cura. Una vecina le hacia un encargo, otra le pedía una carta para un hijo soldado; otra, que le cuidase los chiquillos, mientras salia á una diligencia. El velaba á los enfermos, rezaba con sus patronas: en fin, procuraba ser útil á todo el mundo, en todo lo que no pudiese ofender su honradez y su decoro. No es esto nada raro en España, gracias á la inagotable caridad de los españoles, unida á su noble carácter, el cual no les permite atesorar, sino dar cuanto tienen al que lo necesita: díganlo los exclaustrados, las monjas, los artesanos, las viudas de los militares, y los empleados cesantes.

Murió la viuda del sacristan, dejando á su hija Rosa con cuarenta y cinco años bien contados, y una fealdad que se veia de léjos. Lo que mas contribuia á esta desgracia, eran las funestas consecuencias de las viruelas. El mal se habia concentrado en un ojo, y sobre todo en el párpado, que no podia levantarse sino á medias; de lo que resultaba que la pupila, medio apagada, daba á toda la fisonomía cierto aspecto poco inteligente y vivo, contrastando notablemente el ojo entornado con su compañero, del cual salian llamas, como de una hoguera de sarmientos, al menor motivo de escándalo; y en verdad que los solia encontrar con harta frecuencia.

Despues del entierro, y pasados los nueve dias de duelo, la señora Rosa dijo un dia á D. Modesto:

—D. Modesto, siento mucho tener que decir á Vd. que es preciso separarnos.

—¡Separarnos! exclamó el buen hombre abriendo tantos ojos, y poniendo la jícara de chocolate sobre el mantel, en lugar de ponerla en el plato. ¿Y porqué, Rosita?

Don Modesto se habia acostumbrado por espacio de treinta años, á emplear este diminutivo cuando dirijia la palabra á la hija de su antigua patrona.

—Me parece, respondió ella arqueando las cejas, que no debia Vd. preguntarlo. Conocerá Vd. que no parece bien que vivan juntas, y solas, dos personas de estado honesto. Sería dar pábulo á las malas lenguas.

—Y ¿qué pueden decir de Vd. las malas lenguas? repuso D. Modesto; ¡Vd. que es la mas ejemplar del pueblo!

—¿Acaso hay nada seguro de ellas? ¿Qué dirá Vd. cuando sepa que Vd. con todos sus años, y su uniforme y su cruz, y yo, pobre mujer que no pienso mas que en servir á Dios, estamos sirviendo de diversion á estos deslenguados?

—¿Qué dice Vd., Rosita? exclamó D. Modesto asombrado.

—Lo que está Vd. oyendo. Ya nadie nos conoce sino por el mal nombre que nos han puesto esos condenados monacillos.

—¡Estoy atónito, Rosita! no puedo creer....

—Mejor para Vd. si no lo cree, dijo la devota;

pero yo le aseguro que esos inícuos (Dios los perdone) cuando nos ven llegar á la iglesia todas las mañanas á misa de alba, se dicen unos á otros: «Llama á misa, que ahí vienen *Rosa Mística* y *Turris Davídica*, en amor y compaña como en las letanías.» A vd. le han puesto ese mote por ser tan alto y derecho.

D. Modesto se quedó con la boca abierta, y los ojos fijos en el suelo.

—Sí señor, continuó Rosa Mística: la vecina es quien me lo ha dicho, escandalizada, y aconsejándome que vaya á quejarme al señor Cura. Yo la he respondido que mejor quiero sufrir y callar. Más padeció nuestro Señor sin quejarse.

—Pues yo, dijo D. Modesto, no aguanto que nadie se burle de mí, y mucho ménos de Vd.

—Lo mejor será, continuó Rosa, acreditar con nuestra paciencia que somos buenos cristianos, y con nuestra indiferencia, el poco caso que hacemos de los juicios del mundo. Por otra parte si castigan á esos irreverentes, lo harian peor; créame Vd. Don Modesto.

—Tiene Vd. razon, como siempre, Rosita, dijo Don Modesto. Yo sé lo que son los *guasones*; si les cortasen las lenguas, hablarían con las narices. Pero si en otro tiempo alguno de mis camaradas se hubiese atrevido á llamarme Turris Davídica, bien hubiera podido añadir: *Ora pro nobis*. Mas ¿es posible que siendo Vd. una santa bendita, les tenga miedo á los maldicientes?

—Ya sabe vd., D. Modesto, lo que vulgarmente dicen los que piensan mal de todo: entre santa y santo, pared de cal y canto.

—Pero entre Vd. y yo, dijo el Comandante, no hay necesidad de poner ni tabique. Yo, con tantos años á cuestas: yo, que en toda mi vida no he estado enamorado mas que una vez.... y por mas señas que lo estuve de una buena moza, con quien me habría casado á no haberla sorprendido en chicoléos con el tambor mayor, que...

—D. Modesto, D. Modesto, gritó Rosa poniéndose erguida. Honre vd. su nombre y mi estado, y déjese de recuerdos amorosos.

—No ha sido mi intencion escandalizar á Vd., dijo D. Modesto en tono contrito: basta que Vd. sepa y yo le jure que jamás ha cabido ni cabrá en mí un mal pensamiento.

—D. Modesto, dijo Rosa Mística con impaciencia, (mirándole con un ojo encendido, mientras el otro hacía vanos esfuerzos por imitarlo) ¿me crée Vd. tan simple que pueda pensar que dos personas como Vd. y yo, sensatas y temerosas de Dios, se conduzcan como los casquivanos, que no tienen pudor, ni miedo al pecado? Pero en este mundo no basta obrar bien; es preciso no dar que decir, guardando en todo las apariencias.

—¡Esta es otra! repuso el Comandante. ¿Qué apariencias puede haber entre nosotros? ¿No sabe Vd. que el que se excusa se acusa?

—Dígole á Vd., respondió la devota, que no faltará quien murmure.

—¿Y qué voy yo á hacer sin Vd.? preguntó afligido D. Modesto. ¿Qué será de Vd. sin mí, sola en este mundo?

—El que dá de comer á los pajaritos, dijo solemnemente Rosa, cuidará de los que en El confían.

Don Modesto, desconcertado, y no sabiendo dónde dar de cabeza, pasó á ver á su amigo el Cura, que lo era tambien de Rosita, y le contó cuanto pasaba.

El Cura hizo patente á Rosita, que sus escrúpulos eran exagerados, é infundados sus temores; que por el contrario, la proyectada separacion daría lugar á ridículos comentarios.

Siguieron, pues, viviendo juntos como ántes, en paz y gracia de Dios. El Comandante, siempre bondadoso y servicial; Rosa, siempre cuidadosa, atenta, y desinteresada; porque D. Modesto no se hallaba en el caso de remunerar pecuniariamente sus servicios, puesto que si la empuñadura de su espada de gala no hubiera sido de plata, bien podría haber olvidado de qué color era aquel metal.

CAPÍTULO VII.

Cuando Stein llegó al convento, toda la familia estaba reunida, tomando el sol en el patio.

Dolores, sentada en una silla baja, remendaba una camisa de su marido. Sus dos niñas, Pepa y Paca, jugaban cerca de la madre. Eran dos lindas criaturas, de seis y ocho años de edad. El niño de pecho, encanastado en su andador, era el objeto de la diversion de otro chico de cinco años, hermano suyo, que se entretenia en enseñarle gracias que son muy á propósito para desarrollar la inteligencia, tan precoz en aquel pais. Este muchacho era muy bonito, pero demasiado pequeño; con lo que Momo le hacia rabiar frecuentemente llamándolo Francisco de *Anis*, en lugar de Francisco de Asís, que era su verdadero nombre. Vestía un diminuto pantalon de tosco paño con chaqueta de lo mismo,

cuyas reducidas dimensiones permitían á la camisa formar en torno de su cintura un pomposo buche, como que los pantalones estaban mal sostenidos por un solo tirante de orillo.

—Haz una vieja, Manolillo, decía Anís.

Y el chiquillo hacía un gracioso mohin, cerrando á medias los ojos, frunciendo los lábios y bajando la cabeza.

—Manolillo, mata un morito.

Y el chiquillo abria tantos ojos, arrugaba las cejas, cerraba los puños, y se ponia como una grana, á fuerza de fincharse en actitud belicosa. Despues Anís le tomaba las manos, y las volvía y revolvía cantando:

¡Qué lindas manitas
Que tengo yo!
¡Qué chicas! ¡qué blancas!
¡Qué monas que son!

La tía María hilaba, y el hermano Gabriel estaba haciendo espuertas con hojas secas de palmito (1).

Un enorme y lanudo perro blanco, llamado Palomo, de la hermosa casta del perro pastor de Extremadura, dormía tendido cuán largo era, ocupando un gran espacio con sus membrudas patas y bien poblada cola, mientras que Morrongo, cor-

(1) Palmera enana: el *Camerops* de los botánicos.

pulento gato amarillo, privado desde su juventud de orejas y de rabo, dormía en el suelo, sobre un pedazo de la nagua de la tia María.

Stein, Momo y Manuel llegaron al mismo tiempo por diversos puntos. El último venia de rondar la hacienda, en ejercicio de sus funciones de guarda; traia en una mano la escopeta, y en otra tres perdices y dos conejos.

Los muchachos corrieron hácia Momo, quien de un golpe vació las alforjas, y de ellas salieron, como de un cuerno de la Abundancia, largas cáfilas de frutas de invierno, con las que se suele festejar en España la víspera de Todos Santos: nueces, castañas, granadas, batatas, etc.

—Si Marisalada nos trajera mañana algun pescado, dijo la mayor de las muchachas, tendríamos *jolgorio*.

—Mañana, repuso la Abuela, es dia de Todos Santos; seguramente no saldrá á pescar el tio Pedro.

—Pues bien, dijo la chiquilla, será pasado mañana.

—Tampoco se pesca el dia de los Difuntos.

—¿Y porqué? preguntó la niña.

—Porque sería profanar un dia que la Iglesia consagra á las ánimas benditas: la prueba es que unos pescadores que fueron á pescar tal dia como pasado mañana, cuando fueron á sacar las redes, se alegraron al sentir que pesaban mucho; pero en

lugar de pescado, no había dentro mas que calaveras. ¿No es verdad lo que digo, hermano Gabriel?

—Por supuesto! yo no lo he visto; pero como si lo hubiera visto, dijo el hermano.

—¿Y por eso nos haceis rezar tanto el dia de Difuntos á la hora del Rosario? preguntó la niña.

—Por eso mismo, respondió la Abuela. Es una costumbre santa, y Dios no quiere que la descuidemos. En prueba de ello, voy á contaros un ejemplo.—Erase una vez un Obispo, que no tenía mucho empeño en esta piadosa práctica, y no exhortaba á los fieles á ella. Una noche soñó que veia un abismo espantoso, y en su orilla había un Angel, que con una cadena de rosas blancas y encarnadas, sacaba de adentro á una mujer hermosa, desgreñada y llorosa. Cuando se vió fuera de aquellas tinieblas, la mujer, cubierta de resplandor, echó á volar hácia el cielo. Al dia siguiente el Obispo quiso tener una explicacion del sueño, y pidió á Dios que le iluminase. Fuése á la iglesia, y lo primero que vieron sus ojos fué un niño hincado de rodillas, y rezando el rosario sobre la sepultura de su madre.

—¿Acaso no sabias eso, chiquilla? decía Pepa á su hermana. Pues mira tú que habia un zagalillo que era un bendito y muy amigo de rezar: había tambien en el Purgatorio un alma mas deseosa de ver á Dios que ninguna. Y viendo al zagalillo rezar tan de corazon, se fué á él y le dijo: ¿Me dás lo que has re-

zado?—Tómalo, dijo el muchacho; y el alma se lo presentó á Dios, y entró en la gloria de sopeton. ¡Mira tú si sirve el rezo para con Dios!

—Ciertamente, dijo Manuel, no hay cosa mas justa que pedir á Dios por los difuntos; y yo me acuerdo de un cofrade de las ánimas, que estaba una vez pidiendo por ellas á la puerta de una capilla, y diciendo á gritos: «El que eche una peseta en esta bandeja, saca un alma del Purgatorio.» Pasó un chusco, y habiendo echado la peseta, preguntó: «Diga Vd., hermano, ¿crée Vd. que ya está el alma fuera?—¿Qué duda tiene? repuso el hermano. —Pues entónces dijo el otro, recojo mi peseta, que no será tan boba ella que se vuelva á entrar.»

—Bien puede Vd. asegurar D. Federico, dijo la tia María, que no hay asunto para el cual no tenga mi hijo, venga á pelo ó no venga, un cuento, chascarrillo ó cuchufleta.

En este momento se entraba D. Modesto por el patio, tan erguido, tan grave, como cuando se presentó á Stein en la salida del pueblo, sin mas diferencia que llevar colgada de su baston una gran *pescada* (1), envuelta en hojas de col.

—¡El Comendante! ¡el Comendante! gritaron todos los presentes.

—¿Viene Vd. de su castillo de San Cristóbal? preguntó Manuel á D. Modesto, despues de los pri-

(1) Una merluza.

meros cumplidos, y de haberle convidado á sentarse en el poyo, que tambien servia de asiento á Stein. Bien podia Vd. empeñarse con mi madre, que es tan buena cristiana, para que rogase al santo bendito que reedificase las paredes del fuerte, al revés de lo que hizo Josué con las del otro.

—Otras cosas de mas entidad, tengo que pedirle al santo, respondió la Abuela.

—Por cierto, dijo fray Gabriel, que la tia María tiene que pedir al Santo cosas de mas entidad, que reedificar las paredes del castillo. Mejor seria pedirle que rehabilitase el convento.

D. Modesto, al oir estas palabras, se volvió con gesto severo hácia el hermano, el cual visto este movimiento, se metió detrás de la tia María, encogiéndose de tal manera, que casi desapareció de la vista de los concurrentes.

—Por lo que veo, prosiguió el veterano, el hermano Gabriel no pertenece á la iglesia militante. ¿No se acuerda vd. de que los judíos, ántes de edificar el templo, habian conquistado la tierra prometida, espada en mano? ¿Habría iglesias y sacerdotes en la Tierra Santa, si los Cruzados no se hubieran apoderado de ella, lanza en ristre?

—Pero ¿porqué ha de pedir cosas imposibles la buena tia María? dijo entonces Stein, con la sana intencion de distraer de aquel asunto al Comandante, cuya bílis empezaba á exaltarse.

—Eso no importa, contestó Manuel, ni reparan

en ello las ancianas; si no, aquella que le pedia á Dios sacar la lotería, y habiéndole preguntado uno si habia echado, respondió: «¿pues si hubiese echado, dónde estaria el milagro?»

—Lo cierto es, opinó D. Modesto, que yo quedaria muy agradecido al Santo, si tuviese á bien inspirar al Gobierno el pensamiento laudable de rehabilitar el fuerte.

—De reedificarlo, querrá Vd. decir, repuso Manuel; pero cuidado con arrepentirse despues, como le sucedió á una devota del Santo, la cual tenia una hija tan fea, tan tonta y tan para nada, que no pudo hallar un desesperado que quisiese cargar con ella. Apurada la pobre muger, pasaba los dias hincada delante del santo bendito, pidiéndole un novio para su hija: en fin, se presentó uno, y no es ponderable la alegría de la madre; pero no duró mucho, porque salió tan malo, y trataba tan mal á su muger y á su suegra, que esta se fué á la iglesia, y puesta delante del Santo, le dijo:

San Cristobalon
Patazas, manazas, cara de cuerno,
Tan judio eres tú como mi yerno.

Durante toda esta conversacion, Morrongo despertó, arqueó el lomo tanto como el de un camello, dió un gran bostezo, se relamió los bigotes, y olfateando en el aire ciertas, para él gratas emanaciones, fuése acercando poquito á poco á D. Modes-

to, hasta colocarse detrás del perfumado paquete colgado de su baston. Inmediatamente recibió en sus patas de terciopelo una piedrecilla lanzada por Momo, con la singular destreza que saben emplear los de su edad en el manejo de esa clase de armas arrojadizas. El gato se retiró con prontitud; pero no tardó en volver á ponerse en observacion, haciéndose el dormido. D. Modesto cayó en la cuenta, y perdió su tranquilidad de ánimo.

Mientras pasaban estas evoluciones, Anís preguntaba al niño:

—Manolito, ¿cuántos Dioses hay?

Y el chiquillo levantaba los tres dedos.

—No, decia Anís, levantando un dedo solo: no hay mas que uno, uno, uno.

Y el otro persistia en tener los tres dedos levantados.

—Mae-abuela, gritó Anís ofuscado. El niño dice que hay tres Dioses.

—Simple, respondió ésta, ¿acaso tienes miedo de que le lleven á la Inquisicion? ¿No ves que es demasiado chico para entender lo que le dicen y aprender lo que le enseñan?

—Otros hay mas viejos, dijo Manuel, y que no por eso están mas adelantados; como por ejemplo, aquel ganso que fué á confesarse, y habiéndole preguntado el confesor ¿cuántos dioses hay? respondió muy en sí: ¡siete! —¡Siete! exclamó atónito el confesor —¿Y cómo ajustas esa cuenta?—Muy fá-

cilmente. Padre, Hijo y Espíritu Santo, son tres; tres personas distintas, son otros tres, y van seis; y un solo Dios verdadero, siete cabales.—Palurdo, le contestó el Padre, ¿no sabes que las tres Personas no hacen mas que un Dios?—¡Uno no mas! dijo el penitente. ¡Ay Jesus! ¡Y qué reducida se ha quedado la familia!

—¡Vaya, prorumpió la tia María, si tiene que ver cuánta chilindrina ha aprendido mi hijo mientras sirvió al Rey! Pero hablando de otra cosa, ¿no nos ha dicho Vd., señor Comandante, cómo está Marisaladilla.

—Mal, muy mal, tia María, desmejorándose por dias. Lastima me dá de ver al pobre Padre, que está pasadito de pena. Esta mañana la muchacha tenia un buen calenturon; no toma alimento, y la tos no la deja un instante.

—¿Qué está Vd. diciendo, señor? exclamó la tia María. ¡D. Federico! Vd. que ha hecho tan buenas curas, que le ha sacado un lobanillo á fray Gabriel, y enderezado la vista á Momo, ¿no podria Vd. hacer algo por esa pobre criatura?

—Con mucho gusto, respondió Stein. Haré lo que pueda por aliviarla.

—Y Dios se lo pagará á vd.; mañana por la mañana irémos á verla. Hoy está Vd. cansado de su paseo.

—No le arriendo la ganancia, dijo Momo refunfuñando.—Muchacha mas soberbia...

—No tiene nada de eso, repuso la abuela; es un poço arisca, un poco huraña... ¡Ya se vé! se ha criado sola, en su solo cabo: con un Padre que es más blando que una paloma, á pesar de tener la corteza algo dura, como buen catalan y marinero. Pero Momo no puede sufrir á Marisalada, desde que dió en llamarle *romo*, á causa de serlo.

En este momento se oyó un estrépito: era el Comandante que perseguía, dando grandes trancos al picaro de Morrongo, el cuál, frustrando la vijilancia de su dueño, habia cargado con la pescada.

Mi Comandante, le gritó Manuel riéndose, sardina que lleva el gato, tarde ó nunca vuelve al plato. Pero aquí hay una perdiz en cambio.

D. Modesto agarró la perdiz, dió gracias; se despidió, y se fué echando pestes contra los gatos.

Durante toda esta escena, Dolores habia dado de mamar al niño, y procuraba dormirle, meciéndole en sus brazos, y cantándole:

Allá arriba, en el monte Calvario,
Matita de oliva, matita de olor,
Arrullaban la muerte de Cristo
Cuatro jilgueritos y un ruiseñor.

Difícil sería á la persona que recoje al vuelo, como un muchacho las mariposas, estas emanaciones poéticas del pueblo, responder al que quisiese analizarlas, el porqué los ruiseñores y los jilgueros plañeron la muerte del Redentor; porqué la

golondrina arrancó las espinas de su corona; porqué se mira con cierta veneracion el romero, en la creencia de que la Vírgen secaba los pañales del Niño Jesus en una mata de aquella planta; porqué, ó más bien, cómo se sabe que el sauce es un árbol de mal agüero, desde que Judas se ahorcó de uno de ellos; porqué no sucede nada malo en una casa, si se sahuma con romero la noche de Navidad; porqué se ven todos los instrumentos de la Pasion en la flor que ha merecido aquel nombre. Y en verdad, no hay respuestas á semejantes preguntas. El pueblo no las tiene ni las pide: ha recojido esas especies como vagos sonidos de una música lejana, sin indagar su orígen, ni analizar su autenticidad. Los *sabios* y los hombres *positivos* honrarán con una sonrisa de desdeñosa compasion á la persona que estampa estas líneas. Pero á nosotros nos basta la esperanza de hallar alguna simpatía en el corazon de una madre, bajo el humilde techo del que sabe poco y siente mucho, ó en el místico retiro de un cláustro, cuando decimos que por nuestra parte creemos que siempre ha habido y hay para las almas piadosas y ascéticas, revelaciones misteriosas, que el mundo llama delirios de imaginaciones sobreexcitadas, y que las gentes de fé dócil y ferviente, miran como favores especiales de la Divinidad.

Dice Henri Blaze, «¡cuántas ideas pone la tradicion en el aire en estado de gérmen, á las que el Poeta dá vida con un soplo!» Esto mismo nos pa-

rece aplicable á estas cosas, que nada obliga á creer, pero que nada autoriza tampoco á condenar. Un orígen misterioso puso el gérmen de ellas en el aire, y los corazones creyentes y piadosos les dan vida. Por más que talen los apóstoles del racionalismo el árbol de la fé, si tiene éste sus raices en buen terreno, esto es, en un corazon sano y ferviente, ha de echar eternamente ramas vigorosas y floridas, que se alcen al Cielo.

—Pero, D. Federico, dijo la tia María, mientras éste se entregaba á las reflexiones que preceden: todavía á la hora ésta no nos ha dicho Vd. qué tal le parece nuestro pueblo.

—No puedo decirlo, respondió Stein, porque no lo he visto: me quedé afuera aguardando á Momo.

—¿Es posible que no haya Vd. visto la Iglesia, ni el cuadro de Nuestra Señora de las Lágrimas, ni el San Cristóbal, tan hermoso y tan grande, con la gran palmera y el Niño Dios en los hombros, y una ciudad á sus piés, que si diera un paso, la aplastaba como un hongo? ¿Ni el cuadro en que está Santa Ana enseñando á leer á la Vírgen? ¿Nada de eso ha visto Vd?

—No he visto, repuso Stein, sino la capilla del Señor del Socorro.

—Yo no salgo del convento, dijo el hermano Gabriel, sino para ir todos los viernes á esa capilla, á pedir al Señor una buena muerte.

—¿Y ha reparado vd., D. Federico, continuó

la tia María, en los milagros? ¡Ah D. Federico! No hay un Señor mas milagroso en el mundo enterò. En aquel Calvario empieza la *Via Crucis*. Desde alli hasta la última cruz, hay el mismo número de pasos, que desde la casa de Pilatos al Calvario. Una de aquellas cruces viene á caer frente por frente de mi casa, en la calle Real. ¿No ha reparado usted en ella? Es justamente la que forma la octava estacion, donde el Salvador dijo á las mujeres de Jerusalén: «No lloreis sobre mí; llorad sobre vosotras y vuestros hijos!» Estos hijos, añadió la tia María dirijiéndose á fray Gabriel, son los perros judíos.

—¡Son los judíos! repitió el hermano Gabriel.

—En esta estacion, continuó la anciana, cantan los fieles:

Si á llorar Cristo te enseña,
Y no tomas la leccion,
Ó no tienes corazon,
Ó será de bronce ó peña.

—Junto á la casa de mi madre, dijo Dolores, está la novena cruz, que es donde se canta:

Considera cuán tirano,
Serás con Jesus rendido,
Si en tres veces que ha caido
No le das una la mano.

Ó tambien de esta manera.

¡Otra vez yace postrado!
¡Tres veces Jesus cayó!
¡Tanto pesa mi pecado!
¡Y tanto he pecado yo!

¡Rompa el llanto y el gemir,
¡Porque es Dios quien va á morir!

—¡Oh D. Federico! continuó la buena anciana, no hay cosa que tanto me parta el corazon, como la Pasion del que vino á redimirnos! El Señor ha revelado á los Santos los tres mayores dolores que le angustiaron: primero, el poco fruto que produciría la tierra que regaba con su sangre: segundo, el dolor que sintió cuando extendieron y ataron su cuerpo para clavarlo en la cruz, descoyuntando todos sus huesos, como lo habia profetizado David (1). El tercero... (añadió la buena mujer fijando en su hijo sus ojos enternecidos), el tercero, cuando presenció la angustia de su Madre. Hé aquí la única razon (prosiguió despues de algunos instantes de silencio), porque no estoy aquí tan gustosa como en el pueblo: porque aquí no puedo seguir mis devociones. Mi marido, sí, Manuel, tu Padre, que no había sido soldado, y que era mejor cristiano que tú, pensaba como yo. El pobre, (en gloria esté), era hermano del Rosario de la Aurora, que sale des-

(1) Dinumeraverunt omnia ossa mea.

pues de la media noche á rezar por las Ánimas. Rendido de haber trabajado todo el dia, se echaba á dormir, y á las doce en punto, venía un hermano á la puerta, y tocando una campanilla, cantaba:

A tu puerta está una campanilla:
Ni te llama ella, ni te llamo yó:
Que te llaman tu Padre y tu Madre,
Para que por ellos le ruegues á Dios.

Cuando tu Padre oía esta copla, no sentia ni cansancio ni gana de dormir. En un abrir y cerrar de ojos se levantaba y echaba á correr detrás del hermano. Todavía me parece que estoy oyéndole cantar al alejarse:

La corona se quita María,
Y á su propio Hijo se la presentó,
Y le dijo: «ya yo no soy Reina,
Si tú no suspendes tu justo rigor.»
Jesus respondió:
«Si no fuera por tus ruegos, Madre,
Ya hubiera acabado con el pecador.»

Los chiquillos, que gustan tanto de imitar lo que ven hacer á los grandes, se pusieron á cantar en la lindísima tonada de las coplas de la Aurora:

¡Si supieras la entrada que tuvo
El Rey de los Cielos en Jerusalén!..
Que no quiso coche llevar, ni calesa,
Sino un jumentillo que prestado fué!

—D. Federico, dijo la tia María despues de un rato de silencio. ¿Es verdad que hay por esos mundos de Dios, hombres que no tienen fé?

Stein calló.

—¡Qué no pudiera Vd. hacer con los ojos del entendimiento de los tales, lo que ha hecho con los de la cara de Momo! contestó con tristeza, y quedándose pensativa, la buena anciana.

CAPÍTULO VIII.

Al dia siguiente caminaba la tia María hácia la habitacion de la enferma, en compañía de Stein y de Momo, escudero pedestre de su Abuela, la cual iba montada en la formal *Golondrina*, que siempre servicial, mansa y dócil, caminaba derecha, con la cabeza caida y las orejas gachas, sin hacer un solo movimiento espontáneo, excepto si se encontraba con un cardo, su homónimo, al alcance de su hocico.

Llegados que fueron, se sorprendió Stein de hallar en medio de aquella uniforme comarca, de tan grave y seca naturaleza, un lugar frondoso y ameno, que era como un oásis en el desierto.

Abríase paso la mar por entre dos altas rocas, para formar una pequeña ensenada circular, en for-

ma de herradura, que estaba rodeada de finísima arena, y parecía un plato de cristal, puesto sobre una mesa dorada. Algunas rocas se asomaban tímidamente entre la arena, como para brindar con asientos y descanso en aquella tranquila orilla. A una de estas rocas estaba amarrada la barca del pescador, balanceándose al empuje de la maréa, cual se impacienta el corcél que han sujetado.

Sobre el peñasco del frente descollaba el fuerte de San Cristóbal, coronado por las copas de higueras silvestres, como lo está un viejo Drúida por hojas de encina.

A pocos pasos de allí descubrió Stein un objeto que le sorprendió mucho. Era una especie de jardin subterráneo, de los que llaman en Andalucía *navazos*. Fórmanse estos excavando la tierra hasta cierta profundidad, y cultivando el fondo con esmero. Un cañaveral de espeso y fresco follaje circundaba aquel enterrado huerto, dando consistencia á los planos perpendiculares que le rodeaban con su fibrosa raigambre, y preservándolo con sus copiosos y elevados tallos contra las irrupciones de la arena. En aquella hondura, no obstante la proximidad de la mar, la tierra produce sin necesidad de riego, abundantes y bien sazonadas legumbres; porque el agua del mar, filtrándose por espesas capas de arena, se despoja de su acritud, y llega á las plantas adaptable para su alimentacion. Las sandías de los navazos, en particular, son exquisitas, y algunas

de ellas de tales dimensiones, que bastan dos para la carga de una caballería mayor.

—¡Vaya si está hermoso el navazo del tio Pedro! dijo la tia María. No parece sino que lo riega con agua bendita. El pobrecito siempre está trabajando; pero bien le luce. Apuesto á que coje ogaño tomates como naranjas, y sandías como ruedas de molino.

—Mejores han de ser, repuso Momo, las que acá cojamos en el cojumbral de la orilla del rio.

Un *cojumbral* es el plantío de melones, maiz y legumbres sembrado en un terreno húmedo, que el dueño del cortijo suele ceder gratuitamente á las gentes del campo pobres, que cultivándolo, lo benefician.

—A mí no me hacen gracia los cojumbrales, contestó la Abuela meneando la cabeza.

—¿Pues acaso no sabe Vd., señora, replicó Momo, lo que dice el refran que «un cojumbral dá: dos mil reales, una capa, un cochino gordo y un chiquillo mas á su dueño.»

—Te se olvidó la cola, repuso la tia María, que es «un año de tercianas,» las cuales se tragan las otras ganancias, ménos la del hijo.

El pescador habia construido la cabaña con los despojos de su barca, que el mar habia arrojado á la playa. Habia apoyado el techo en la peña, y cobijaba este una especie de gradería natural, que formaba la roca; lo que hacia, que la habitacion tuviese tres pisos. El primero se componia de una pieza

alta, bastante grande para servir de sala, cocina, gallinero y establo de invierno para la burra. El segundo, al cual se subia por unos escalones abiertos á pico en la roca, se componia de dos cuartitos. En el de la izquierda, sombrío y pegado á la peña, dormia el tio Pedro; el de la derecha era el de su hija, que gozaba del privilegio exclusivo de una ventanita que habia servido en el barco, y que daba vista á la ensenada. El tercer piso, al que conducía el pasadizo que separaba los cuartitos del padre y de su hija, lo formaba un oscuro y ahogado desvan. El techo, que como hemos dicho, se apoyaba en la roca, era horizontal y hecho de enéa, cuya primera capa, podrida por las lluvias, producia una selva de yerbas y florecillas, de manera que cuando en otoño, con las aguas, resucitaba allí la naturaleza de los rigores del verano, la choza parecia techada con un pensil.

Cuando los recien venidos entraron en la cabaña, encontraron al pescador triste y abatido, sentado á la lumbre, frente de su hija, que con el cabello desordenado y colgando á ambos lados de su pálido rostro, encogida y tiritando, envolvia sus desordenados miembros en un toquillon de bayeta parda. No parecia tener arriba de trece años. La enferma fijó sus grandes y ariscos ojos negros en las personas que entraban, con una expresion poco benévola, volviéndo en seguida á acurrucarse en el rincon del hogar.

—Tio Pedro, dijo la tia María: Vd. se olvida de sus amigos; pero ellos no se olvidan de Vd. ¿Me querrá Vd. decir para qué] le dió el Señor la boca? ¿No hubiera Vd. podido venir á decirme que la niña estaba mala? Si ántes me lo hubiese Vd. dicho, ántes hubiese yo venido aquí con el señor, que es un médico de los pocos, y que en un dos por tres se la va á Vd. á poner buena.

Pedro Santaló se levantó bruscamente, se adelantó hácia Stein; quiso hablarle; pero de tal suerte estaba conmovido, que no pudo articular palabra, y se cubrió el rostro con las manos.

Era un hombre de edad, de aspecto tosco y formas colosales. Su rostro tostado por el sol, estaba coronado por una espesa y bronca caballera cana: su pecho, rojo como el de los indios del Ohío, estaba cubierto de vello.

—Vamos, tio Pedro, (siguió la tia María, cuyas lágrimas corrian hilo á hilo por sus mejillas, al ver el desconsuelo del pobre Padre); ¡un hombre como Vd., tamaño como un templo, con un aquel que parece que se va á comer los niños crudos, se amilana así sin razon! ¡Vaya! ¡ya veo que es Vd. todo fachada!

—¡Tia María! respondió en voz apagada el pescador, ¡con esta serán cinco hijos enterrados!

—¡Señor! ¿y porqué se ha de descorazonar Vd. de esta manera? Acuérdese Vd. del santo de su nombre, que se hundió en la mar cuando le faltó la fé

que le sostenia. Le digo á Vd. que con el favor de Dios, D. Federico curará á la niña en un decir Jesus.

El tio Pedro meneó tristemente la cabeza.

—¡Qué cabezones son estos catalanes! dijo la tia María con viveza, y pasando por delante del pescador, se acercó á la enferma, y añadió:

—Vamos, Marisalada, vamos, levántate, hija, para que este señor pueda examinarte.

Marisalada no se movió

—Vamos, criatura, repitió la buena muger; verás cómo te va á curar como por ensalmo.

Diciendo estas palabras, cojió por un brazo á la niña, procurando levantarla.

—¡No me dá la gana! dijo la enferma, desprendiéndose de la mano que la retenia, con una fuerte sacudida.

—Tan suavita es la hija como el Padre; quien lo hereda no lo hurta, murmuró Momo, que se habia asomado á la puerta.

—Como está mala, está impaciente, dijo su Padre, tratando de disculparla.

Marisalada tuvo un golpe de tos. El pescador se retorció las manos, de angustia.

—Un resfriado, dijo la tia María: vamos que eso no es cosa del otro jueves. Pero tambien, tio Pedro de mis pecados, ¿quién consiente en que esa niña con el frio que hace, ande descalza de pies y piernas por esas rocas y esos ventisqueros?

—¡Quería! respondió el tio Pedro.

—¿Y por qué no se le dan alimentos sanos, buenos caldos, leche, huevos? Y no que lo que come no son mas que mariscos.

—¡No quiere! respondió con desaliento el Padre.

—Morirá de mal mandada, opinó Momo, que se habia apoyado cruzado de brazos en el quicio de la puerta.

—¿Quieres meterte la lengua en la faltriquera? le dijo impaciente su Abuela; y volviéndose á Stein, D. Federico, procure Vd. examinarla sin que tenga que moverse, pues no lo hará aunque la maten.

Stein empezó por preguntar al Padre algunos pormenores sobre la enfermedad de su hija; acercándose despues á la paciente, que estaba amodorrada, observó que sus pulmones se hallaban oprimidos en la estrecha cavidad que ocupaban, y estaban irritados de resultas de la opresion. El caso era grave. Tenia una gran debilidad por falta de alimentos, tos honda y seca, y calentura contínua; en fin, estaba en camino de la consuncion.

—¿Y todavia le da por cantar? preguntó la anciana durante el exámen.

—Cantará crucificada como los *murciégalos*, dijo Momo, sacando la cabeza fuera de la puerta, para que el viento se llevase sus suaves palabras, y no las oyese su Abuela.

—Lo primero que hay que hacer, dijo Stein, es

impedir que esta niña se exponga á la intemperie.

—¿Lo estás oyendo? dijo á la niña su angustiado Padre.

—Es preciso, continuó Stein, que gaste calzado y ropa de abrigo.

—¡Si no quiere! exclamó el pescador, levantándose precipitadamente, y abriendo una arca de cedro, de la que sacó cantidad de prendas de vestir. Nada le falta; ¡cuanto tengo y puedo juntar, es para ella! María, hija, ¿te pondrás estas ropas? ¡hazlo por Dios, Mariquilla! ya ves que lo manda el Médico.

La muchacha que se habia despabilado con el ruido que habia hecho su padre, lanzó una mirada díscola á Stein, diciendo con voz áspera.

—¿Quién me gobierna á mí?

—No me dieran á mí mas trabajo que ese, y una vara de acebuche, murmuró Momo.

—Es preciso, prosiguió Stein, alimentarla bien, y que tome caldos sustanciosos.

La tia María hizo un gesto expresivo de aprobacion.

—Debe nutrirse con leche, pollos, huevos frescos, y cosas análogas.

—¡Cuándo yo le decia á Vd., prorumpió la abuelita encarándose con el tio Pedro, que el señor es el mejor médico del mundo entero!

—Cuidado que no cante, advirtió Stein.

—¡Qué no vuelva yo á oirla! exclamó con dolor el pobre tio Pedro.

—¡Pues mira que desgracia! contestó la tia María. Deje Vd. que se ponga buena, y entónces podrá cantar de dia y de noche como un reloj. Pero estoy pensando que lo mejor será que yo me la lleve á mi casa; porque aqui no hay quien la cuide, ni quien haga un buen puchero, como lo sé yo hacer.

—Lo sé por experiencia, dijo Stein sonriéndose; y puedo asegurar que el caldo hecho por manos de mi buena enfermera, se le puede presentar á un Rey.

La tia María se esponjó tan satisfecha.

—Con que, tio Pedro, no hay mas que hablar; me la llevo.

—¡Quedarme sin ella! No, no puede ser!

—Tio Pedro, tio Pedro, no es esa la manera de querer á los hijos, replicó la tia María; el amar á los hijos es anteponer á todo, lo que á ellos conviene.

—Pues bien está, repuso el pescador levantándose de repente; llévesela Vd.: en sus manos la pongo, al cuidado de ese señor la entrego, y al amparo de Dios la encomiendo.

Diciendo esto, salió precipitadamente de la casa, como si temiese volverse atrás de su determinacion; y fué á aparejar su burra.

—D. Federico, (preguntó la tia María, cuando quedaron solos con la niña, que permanecia aletargada), ¿no es verdad que la pondrá Vd. buena con la ayuda de Dios.

—Así lo espero, contestó Stein, ¡no puedo expresar á Vd. cuanto me interesa ese pobre Padre!

La tia María hizo un lio de la ropa que el pescador habia sacado, y éste volvió trayendo del diestro la bestia. Entre todos colocaron encima á la enferma, la que siguiendo amodorrada con la calentura, no opuso resistencia. Antes que la tia María se subiese en *Golondrina*, que parecia bastante satisfecha de volverse en compañía de *Urca* (que tal era *la gracia* de la burra del tio Pedro), éste llamó aparte á la tia María, y le dijo dándole unas monedas de oro.

—Esto pude escapar de mi naufragio: tómelo Vd. y déselo al Médico; que cuanto yo tengo, es para quien salve la vida de mi hija.

—Guarde Vd. su dinero, respondió la tia María, y sepa que el doctor ha venido aquí en primer lugar por Dios, y en segundo.... por mí. La tia María dijo estas últimas palabras con un ligero tinte de fatuidad.

Con esto, se pusieron en camino.

—No ha de parar Vd., Madre abuela, dijo Momo que caminaba detrás de Golondrina, hasta llenar de gentes el convento, tan grande como es. Y qué, ¿no es bastante buena la choza para la Principesa Gaviota?

—Momo, respondió su Abuela, métete en tus calzones: ¿estás?

—Pero ¿qué tiene Vd. que ver, ni qué le toca esa gaviota montaráz, para que asina la tome á su cargo, señora?

—Momo, dice el refran «¿quién es tu hermana? la vecina mas cercana;» y otro añade, «al hijo del vecino quitarle el moco y meterlo en casa,» y la sentencia reza: «al prójimo como á tí mismo.»

Otro hay que dice, al prójimo contra una, esquina, repuso Momo. ¡Pero nada! Vd. se ha encalabrinado en ganarle la palmeta á San Juan de Dios.

—No serás tú el Angel que me ayude; dijo con tristeza la tia María.

Dolores recibió á la enferma con los brazos abiertos, celebrando como muy acertada la determinacion de su suegra.

Pedro Santaló, que habia llevado á su hija, ántes de volverse, llamó aparte á la caritativa enfermera, y poniéndole las monedas de oro en la mano, le dijo:

—Esto es para costear la asistencia, y para que nada le falte. En cuanto á la caridad de Vd., tia María, Dios será el premio.

La buena anciana vaciló un instante, tomó el dinero, y dijo:

—Bien está; nada le faltará; vaya Vd. descuidado, tio Pedro, que su hija queda en buenas manos.

El pobre Padre salió aceleradamente, y no se detuvo hasta llegar á la playa. Alli se paró, volvió la cara hácia el convento, y se echó á llorar amargamente.

Entre tanto la tia María, decia á Momo: menéa-

te, ves al lugar, y tráeme un jamon de en casa del Serrano, que me hará el favor de dártelo añejo, en sabiendo que es para un enfermo; tráete una libra de azúcar, y una cuarta de almendras.

—¡Eche Vd. y no se derrame! exclamó Momo, y eso ¿piensa Vd. que me lo den fiado, ó por mi buena cara?

—Aquí tienes con que pagar, repuso la Abuela, poniéndole en la mano una moneda de oro de cuatro duros.

—¡Oro! esclamó estupefacto Momo, que por primera vez en su vida veia ese metal acuñado. ¿De donde demonios ha sacado Vd. esa moneda?

—¿Qué te importa? repuso la tia María; no te metas en camisa de once varas. Corre, vuela, ¿estás de vuelta?

—¡Pues solo faltaba, repuso Momo, el que le sirviese yo de criado á esa pilla de playa, á esa condenada gaviota! No voy, ni por los catalanes.

—Muchacho, ponte en camino, y *liberal* (1).

—Que no voy ni hecho trizas, recalcó Momo.

—José, dijo la tia María al ver salir al pastor, ¿vas al lugar?

—Si señora, ¿qué me tiene Vd. que mandar?

Hízole la buena muger sus encargos, y añadió: Ese Momo, ese mal alma, no quiere ir, y yo no se lo quiero decir á su padre, que le haria ir de ca-

(1) Es decir: pronto, ve de prisa.

beza, porque llevaria una soba tal, que no le habia de quedar en su cuerpo hueso sano.

—Sí, sí, esmérese Vd. en cuidar á esa cuerva, que le sacará los ojos; dijo Momo. ¡Ya verá el pago que le da! y si no.... el tiempo!

CAPITULO IX.

Un mes despues de las escenas que acabamos de referir, Marisalada se hallaba con notable alivio, y no demostraba el menor deséo de volverse con su Padre.

Stein estaba completamente restablecido. Su índole benévola, sus modestas inclinaciones, sus naturales simpatías le apegaban cada dia mas al pacífico círculo de gentes buenas, sencillas y generosas en que vivia. Disipábase gradualmente su amargo desaliento, y su alma revivia y se reconciliaba cordialmente con la existencia y con los hombres.

Una tarde, apoyado en el ángulo del convento que hacia frente al mar, observaba el grandioso espectáculo de uno de los temporales, que suelen inaugurar el invierno. Una triple capa de nubes pasaba por cima de él, rápidamente impelida por el ven-

daval. Las mas bajas, negras y pesadas parecian la vetusta cúpula de una ruinosa catedral, que amenazase desplomarse. Cuando caian al suelo desgajándose en agua, veíase la segunda capa, ménos sombria y mas ligera, que era la que desafiaba en rapidez al viento que la desgarraba, descubriéndose por sus aberturas otras nubes mas altas y mas blancas, que corrian aun mas de prisa, como si temiesen mancillar su albo ropaje al rozarse con las otras. Daban paso estos intersticios á unas súbitas ráfagas de claridad, que unas veces caian sobre las olas, y otras sobre el campo, desapareciendo en breve, reemplazadas por la sombra de otras mustias nubes; cuyas alternativas de luz y de sombra daban extraordinaria animacion al paisaje. Todo ser viviente habia buscado un refugio contra el furor de los elementos, y no se oía sino el lúgubre duo del mugir de las olas y del bramido del huracan. Las plantas de la dehesa doblaban sus ásperas cimas á la violencia del viento, que despues de azotarlas, iba á perderse á lo léjos con sordas amenazas. La mar agitada, formaba esas enormes olas, que gradualmente, se *hinchan, vacilan, y revientan mugientes y espumosas*, segun la expresion de Goethe, cuando las compara en su Torcuato Tasso, con la ira en el pecho del hombre. La reventazon rompia con tal furor en las rocas del fuerte de San Cristóbal, que salpicaba de copos de blanca espuma las hojas secas y amarillentas de las higueras, árbol

del estío, que no se place sino á los rayos de un sol ardiente, y cuyas hojas, á pesar de su tosco exterior, no resisten al primer golpe frio que las hiere.

—¿Es Vd. un aljibe, D. Federico, para querer recojer toda el agua que cae del Cielo? preguntó á Stein el pastor José; —colemos á dentro; que los tejados se hicieron para estas noches. Algo darían mis pobres ovejas, por el amparo de unas tejas.

Entraron ambos, en efecto, hallando á la familia de Alerza reunida á la lumbre.

A la izquierda de la chimenea, Dolores, sentada en una silla baja, sostenía en el brazo al niño de pecho, el cual, vuelto de espaldas á su Madre, se apoyaba en el brazo que le rodeaba y sostenía, como en el barandal de un balcon, moviendo sin cesar sus piernecitas y sus bracitos desnudos, con risas y chillidos de alegría, dirijidos á su hermano Anís; este, muy gravemente sentado en el borde de una maceta vacía, frente al fuego, se mantenía tieso é inmóvil, temeroso de que su parte posterior perdiese el equilibrio, y se hundiese en el tiesto, percance que su Madre le habia vaticinado.

La tia María estaba hilando al lado derecho de la chimenéa; sus dos nietecitas, sentadas sobre troncos de pita secos, que son excelentes asientos, ligeros, sólidos y seguros. Casi debajo de la campana de la chimenéa, dormían el fornido Palomo y el grave Morrongo, tolerándose por nece-

sidad, pero manteniéndose ambos recíprocamente á respetuosa distancia.

En medio de la habitacion habia una mesa pequeña y baja, en la que ardía un velon de cuatro mecheros; junto á la mesa estaban sentados el hermano Gabriel, haciendo sus espuertas de palma; Momo, que remendaba el aparejo de la buena Golondrina, y Manuel, que picaba tabaco. Hervía al fuego un perol lleno de batatas de Málaga, vino blanco, miel, canela y clavos; y la familia menuda aguardaba con impaciencia que la perfumada compota acabase de cocer.

—Adelante, adelante! gritó la tia María al ver llegar á su huésped y al pastor; ¿qué hacen ustedes ahí fuera, con un temporal como este, que parece se quiere tragar el mundo? D. Federico, aquí, aquí; junto al fuego, que está convidando. Sepa Vd. que la enferma ha cenado como una Princesa, y ahora está durmiendo como una Reina. Va como la espuma su cura, ¿no es verdad, D. Federico?

—Su mejoría sobrepuja mis esperanzas.

—Mis caldos, opinó con orgullo la tia María.

—Y la leche de burra, añadió por lo bajo fray Gabriel.

—No hay duda, repuso Stein, y debe seguir tomándola.

—No me opongo, dijo la tia María; porque la tal leche de burra es como el redaño; si no hace bien, no hace daño.

—¡Ah! ¡qué bien se está aquí! dijo Stein acariciando á los niños; si se pudiese vivir pensando solo en el dia de hoy, sin acordarse del de mañana!....

—Sí, sí, D. Federico, exclamó alegremente Manuel, «media vida es la candela; pan y vino, la otra media.»

—¿Y qué necesidad tiene Vd. de pensar en ese mañana? repuso la tia María. ¿Es regular que el dia de mañana nos amargue el de hoy? De lo que tenemos que cuidar es del de hoy, para que no nos amargue el de mañana.

—El hombre es un viajero, dijo Stein, y tiene que mirar al camino

—Cierto, dijo la tia María, que el hombre es un viajero; pero si llega á un lugar donde se encuentra bien, debe decir como Elias, ó como San Pedro, que no estoy cierta: «bien estamos aquí: armemos las tiendas.»

—Si vá Vd. á echarnos á perder la noche, dijo Dolores, con hablar de viaje, creerémos que le hemos ofendido, ó que no está aquí á gusto.

—¿Quién habla de viajes en mitad de Diciembre? preguntó Manuel. ¿No vé Vd., santo señor, los humos que tiene la mar? Escuche Vd. las seguidillas que está cantando el viento. Embárquese Vd. con este tiempo, como se embarcó en la guerra de Navarra, y saldrá con las manos en la cabeza, como salió entónces.

—Ademas, añadió la tia María, que todavía no está enteramente curada la enferma.

—Madre, dijo Dolores, sitiada por los niños, si no llama Vd. á esas criaturas, no se cocerán las batatas de aquí al dia del Juicio.

La Abuela arrimó la rueca á un rincon, y llamó á sus nietos.

—No vamos, respondieron á una voz, si no nos cuenta Vd. un cuento.

—Vamos, lo contaré, dijo la buena anciana.

Entónces los muchachos se le acercaron; Anís recobró su posicion en el tiesto, y ella tomó la palabra en los términos siguientes:

MEDIO-POLLITO:

CUENTO.

Érase vez y vez una hermosa gallina, que vivia muy holgadamente en un cortijo, rodeada de su numerosa familia, entre la cual se distinguia un pollo deforme y estropeado. Pues este era justamente el que la Madre quería más; que así hacen siempre las Madres. El tal aborto habia nacido de un huevo muy *rechiquetetillo*. No era mas que un pollo á medias; y no parecia sino que la espada de Salomon habia ejecutado en él la sentencia que en cierta ocasion pronunció aquel Rey tan sábio. No

tenia mas que un ojo, un ala y una pata: y con todo eso, tenía mas humos que su Padre, el cual era el gallo mas gallardo, mas valiente y mas galan que habia en todos los corrales de veinte leguas á la redonda. Creíase el polluelo el Fénix de su casta. Si los demas pollos se burlaban de él, pensaba que era por envidia; y si lo hacian las pollas, decia que era de rabia, por el poco caso que de ellas hacia.

Un dia le dijo á su Madre:—Oiga Vd., Madre. El campo me fastidia. Me he propuesto ir á la córte; quiero ver al Rey y á la Reina.

La pobre Madre se echó á temblar al oir aquellas palabras.

—Hijo, exclamó, ¿quién te ha metido en la cabeza semejante desatino? Tu Padre no salió jamás de su tierra, y ha sido la honra de su casta. ¿Dónde encontrarás un corral como el que tienes? ¿Dónde un monton de estiércol mas soberbio? ¿Un alimento mas sano y abundante, un gallinero tan abrigado cerca del andén, una familia que mas te quiera?

—*Nego*, dijo Medio-pollito en latin, pues la echaba de leido y escribido; mis hermanos y mis primos son unos ignorantes y unos palurdos.

—Pero, hijo mio, repuso la madre, ¿no te has mirado al espejo? ¿No te ves con una pata y con un ojo de ménos?

—Ya que me sale Vd. por ese registro, replicó Me-

dio-pollito, diré que debia Vd. caerse muerta de vergüenza al verme en este estado. Vd. tiene la culpa, y nadie mas. ¿De qué huevo he salido yo al mundo? ¿A que fué del de un gallo viejo? (1)

—No, hijo mio, dijo la Madre; de esos huevos no salen mas que basiliscos. Naciste del último huevo que yo puse; y saliste débil é imperfecto, porque aquel era el último de la overa. No ha sido por cierto, culpa mia.

—Puede ser, (dijo Medio-pollito con la cresta encendida como la grana), puede ser que encuentre un cirujano diestro, que me ponga los miembros que me faltan. Con que, no hay remedio; me marcho.

Cuando la pobre Madre vió que no habia forma de disuadirle de su intento, le dijo:

—Escucha á lo ménos, hijo mio, los consejos prudentes de una buena Madre. Procura no pasar por las iglesias donde está la imágen de San Pedro: el santo no es muy aficionado á gallos, y mucho ménos á su canto. Huye tambien de ciertos hombres que hay en el mundo, llamados *cocineros*, los cuales son enemigos mortales nuestros, y nos tuercen el cuello en un *santi-amen*. Y ahora, hijo mio, Dios te guie y San Rafael bendito, que es abogado de los caminantes. Anda, y pídele á tu Padre su bendicion.

(1) Es comun en el pueblo la supersticion de que los gallos viejos ponen un huevo, del que sale á los siete años un basilisco. Añaden que éste mata con la vista á la primera persona que vé; pero que muere él, si la persona le vé á él primero.

Medio-pollito se acercó al respetable autor de sus dias, bajó la cabeza para besarle la pata, y le pidió la bendicion. El venerable gallo se la dió con mas dignidad que ternura, porque no le queria, en vista de su carácter díscolo. La Madre se enterneció, en términos de tener que enjugarse las lágrimas con una hoja seca.

Medio-pollito tomó el portante, batió el ala, y cantó tres veces, en señal de despedida. Al llegar á las orillas de un arroyo casi seco, porque era verano, se encontró con que el escaso hilo de agua se hallaba detenido por unas ramas. El arroyo al ver al caminante, le dijo:

—Ya ves, amigo, que débil estoy: apénas puedo dar un paso; ni tengo fuerzas bastantes para empujar esas ramillas incómodas, que embarazan mi senda. Tampoco puedo dar un rodéo para evitarlas, porque me fatigaria demasiado. Tú puedes fácilmente sacarme de este apuro, apartándolas con tu pico. En cambio, no solo puedes apaciguar tu sed en mi corriente, sino contar con mis servicios cuando el agua del cielo haya restablecido mis fuerzas.

El pollito le respondió:

—Puedo, pero no quiero. ¿Acaso tengo yo cara de criado de arroyos pobres y sucios?

—¡Ya te acordarás de mí cuando ménos lo pienses! murmuró con voz debilitada el arroyo.

—¡Pues no faltaba mas que la echaras de buche!

dijo Medio-pollito con socarronería: no parece sino que te has sacado un terno á la lotería, ó que cuentas de seguro con las aguas del diluvio.

Un poco mas léjos encontró al viento, que estaba tendido, y casi exánime en el suelo.

—Querido Medio-pollito, le dijo; en este mundo todos tenemos necesidad unos de otros. Acércate y mírame. ¿Ves como me ha puesto el calor del estío; á mí, tan fuerte, tan poderoso; á mí, que levanto las olas, que arraso los campos, que no hallo resistencia á mi empuje? Este dia de canícula me ha matado; me dormí embriagado con la fragancia de las flores con que jugaba, y aqui me tienes desfallecido. Si tu quisieras levantarme dos dedos del suelo con el pico, y abanicarme con tu ala, con esto tendria bastante para tomar vuelo, y dirigirme á mi caverna, donde mi madre y mis hermanas, las tormentas, se emplean en remendar unas nubes viejas que yo desgarré. Alli me darán unas sopitas, y cobraré nuevos brios.

—Caballero, respondió el malvado pollito: hartas veces se ha divertido Vd. conmigo, empujándome por detrás, y abriéndome la cola, á guisa de abanico, para que se mofaran de mí todos los que me veian. No, amigo; á cada puerco le llega su San Martin; y á mas ver, seor farsante.

Esto dijo, cantó tres veces con voz clara, y pavoneándose muy hueco, siguió su camino.

En medio de un campo segado, al que habian

pegado fuego los labradores, se alzaba una columnita de humo. Medio-pollito se acercó, y vió una chispa diminuta, que se iba apagando por instantes entre las cenizas.

—Amado Medio-pollito, le dijo la chispa al verle: á buena hora vienes para salvarme la vida. Por falta de alimento estoy en el último trance. No sé donde se ha metido mi primo el viento, que es quien siempre me socorre en estos lances. Tráeme unas pajitas para reanimarme.

—¿Qué téngo yo que ver con la jura del Rey? le contestó el pollito. Revienta si te da gana; que maldita la falta que me haces.

—¿Quién sabe si te haré falta algun dia? repuso la chispa. Nadie puede decir de esta agua no beberé.

—¡Hola! dijo el perverso animal. ¿Con que todavía echas plantas? Pues tómate esa.

Y diciendo esto, le cubrió de cenizas; tras de lo cual, se puso á cantar, segun su costumbre, como si hubiera hecho una gran hazaña.

Medio-pollito llegó á la capital; pasó por delante de una iglesia, que le dijeron era la de San Pedro; se puso enfrente de la puerta, y allí se desgañitó cantando, no mas que por hacer rabiar al santo, y tener el gusto de desobedecer á su Madre.

Al acercarse á palacio, donde quiso entrar para ver al Rey y á la Reina, los centinelas le gritaron: «¡Atrás!»—Entonces dió la vuelta, y penetró por una puerta trasera en una pieza muy grande, donde

vió entrar y salir mucha gente. Preguntó quienes eran, y supo que eran los cocineros de S. M. En lugar de huir, como se lo habia prevenido su Madre, entró muy erguido de cresta y cola; pero uno de los galopines le echó el guante, y le torció el pescuezo en un abrir y cerrar de ojos.

—Vamos, dijo, venga agua para desplumar á este penitente.

—¡Agua, mi querida Doña Cristalina! dijo el pollito, hazme el favor de no escaldarme. ¡Ten piedad de mí!

—¿La tuviste tú de mí, cuando te pedí socorro, mal engendro? le respondió el agua, hirviendo de cólera; y le inundó de arriba á bajo, mientras los galopines le dejaban sin una pluma para un remedio.

Paca, que estaba arrodillada junto á su Abuela, se puso colorada y muy triste.

—El cocinero entónces, continuó la tia María, agarró á Medio-pollito, y le puso en el asador.

—¡Fuego, brillante fuego! gritó el infeliz, tú, que eres tan poderoso y tan resplandeciente, duélete de mi situacion; reprime tu ardor, apaga tus llamas, no me quemes.

—¡Bribonazo! respondió el fuego: ¿cómo tienes valor para acudir á mí, despues de haberme ahogado, bajo el pretexto de no necesitar nunca de mis auxilios? Acércate, y verás lo que es bueno.

Y en efecto, no se contentó con dorarle, si-

no que le abrasó hasta ponerle como un carbon.

Al oir esto, los ojos de Paca se llenaron de lágrimas.

—Cuando el cocinero le vió en tal estado, continuó la Abuela, le agarró por la pata, y le tiró por la ventana. Entonces el viento se apoderó de él.

—Viento, gritó Medio-pollito, mi querido, mi venerable viento, tú, que reinas sobre todo, y á nadie obedeces, poderoso entre los poderosos, ten compasion de mí, déjame tranquilo en ese monton de estiércol.

—¡Dejarte! rugió el viento arrebatándole en un torbellino, y volteándole en el aire como un trompo; no en mis dias.

Las lágrimas que se asomaron á los ojos de Paca, corrian ya por sus mejillas.

—El viento, siguió la Abuela, depositó á Medio-pollito en lo alto de un campanario. San Pedro extendió la mano, y lo clavó allí de firme. Desde entónces ocupa aquel puesto, negro, flaco y desplumado, azotado por la lluvia, y empujado por el viento, del que guarda siempre la cola. Ya no se llama Medio-pollito, sino veleta; pero sépanse ustedes que allí está pagando sus culpas y pecados; su desobediencia, su orgullo y su maldad.

—Madre abuela, dijo Pepa, vea Vd. á Paca que está llorando por Medio-pollito. ¿No es verdad que todo lo que Vd. nos ha contado, no es mas que un cuento?

—Por supuesto, saltó Momo, que nada de esto es verdad; pero aunque lo fuera, ¿no es una tontería llorar por un bribon que llevó el castigo merecido?

—Cuando yo estuve en Cádiz hace treinta años, contestó la tia María, ví una cosa que se me ha quedado bien impresa. Voy á referírtela, Momo, y quiera Dios que no se te borre de la memoria, como no se ha borrado de la mia. Era un letrero dorado, que está sobre la puerta de la cárcel, y dice asi:

ODIA EL DELITO, Y COMPADECE AL DELINCUENTE.

—¿No es verdad, D. Federico, que parece una sentencia del Evangelio?

—Si no son las mismas palabras, respondió Stein, el espíritu es el mismo.

—Pero es que Paca, tiene siempre las lágrimas pegadas á los ojos, dijo Momo.

—¿Acaso es malo llorar? preguntó la niña á su Abuela.

—No, hija, al contrario; con lágrimas de compasion y de arrepentimiento, hace su diadema la Reina de los Angeles.

—Momo, dijo el pastor, si dices una palabra mas que pueda incomodar á mi ahijada, te retuerzo el pescuezo, como hizo el cocinero con Mediopollito.

—Mira si es bueno tener Padrino, dijo Momo dirigiéndose á Paca.

—No es malo tampoco tener una ahijada, repuso Paca muy oronda.

—¿De veras? preguntó el pastor. ¿Y porqué lo dices?

Entónces Paca se acercó á su Padrino, el cual la sentó en sus rodillas con grandes muestras de cariño, y ella empezó la siguiente relacion, torciendo su cabecita para mirarle.

Érase una vez un pobre, tan pobre, que no tenia con que vestir al octavo hijo, que iba á traerle la cigüeña, ni que dar de comer á los otros siete. Un dia se salió de su casa, porque le partia el corazon oirlos llorar y pedirle pan. Echó á andar, sin saber adónde, y despues de haber estado andando, andando, todo el dia, se encontró por la noche.... ¿á que no acierta Vd. dónde, Padrino? Pues se encontró á la entrada de una cueva de ladrones. El capitan salió á la puerta; ¡más feróstico era!—¿Quién eres? ¿Qué quieres? le preguntó con una voz de trueno.—Señor, respondió el pobrecillo hincándose de rodillas; soy un infeliz, que no hago mal á nadie, y me he salido de mi casa por no oir á mis pobres hijos, pidiéndome pan, que no puedo darles. El capitan tuvo compasion del pobrecito; y habiéndole dado de comer, y regaládole una bolsa de dinero y un caballo, véte, le dijo, y cuando la cigüeña te traiga el otro hijo, avísame, y seré su Padrino.

—Ahora viene lo bueno, dijo el pastor.

—Aguarde Vd., aguarde Vd., continuó la niña, y verá lo que sucedió. Pues señor, el hombre se volvió á su casa tan contento, que no le cabia el corazon en el pecho. ¡Que holgorio van á tener mis hijos! decia. Cuando llegó, ya la cigüeña habia traido al niño, el cual estaba en la cama con su madre. Entónces se fué á la cueva, y le dijo al bandolero lo que habia sucedido, y el capitan le prometió que aquella noche estaria en la iglesia, y cumpliria su palabra. Asi lo hizo, y tuvo al niño en la pila, y le regaló un saco lleno de oro.

Pero á poco tiempo el niño se murió, y se fué al cielo. San Pedro, que estaba á la puerta, le dijo que colára; pero él respondió: yo no entro, si no entra mi Padrino conmigo.

—¿Y quién es tu Padrino? preguntó el Santo.

—Un capitan de bandoleros, respondió el niño.

—Pues, hijo, continuó San Pedro, tú puedes entrar; pero tu Padrino, no.

El niño se sentó á la puerta, muy triste, y con la mano puesta en la mejilla. Acertó á pasar por alli la Vírgen, y le dijo:

—¿Porqué no entras, hijo mio?

El niño respondió que no queria entrar si no entraba su Padrino, y San Pedro dijo que eso era pedir imposibles. Pero el niño se puso de rodillas, cruzó sus manecitas, y lloró tanto, que la Vírgen, que es Madre de misericordia, se compadeció de

su dolor. La Vírgen se fué, y volvió con una copita de oro en las manos: se la dió al niño, y le dijo:

—Vé á buscar á tu Padrino, y díle que llene esta copa de lágrimas de contricion, y entónces podrá entrar contigo en el cielo. Toma estas alas de plata, y echa á volar.

El ladron estaba durmiendo en una peña, con el trabuco en una mano, y un puñal en la otra. Al despertar, vió enfrente de sí, sentado en una mata de alhucema, á un hermoso niño desnudo, con unas alas de plata que relumbraban al sol, y una copa de oro en la mano.

El ladron se refregó los ojos creyendo que estaba soñando; pero el niño le dijo: «No, no creas que estás soñando. Yo soy tu ahijado.» Y le contó todo lo que habia ocurrido. Entónces el corazon del ladron se abrió como una granada, y sus ojos vertian agua como una fuente. Su dolor fué tan agudo, y tan vivo su arrepentimiento, que le penetraron el pecho como dos puñales, y se murió. Entónces el niño tomó la copa llena de lágrimas, y voló con el alma de su Padrino al cielo, donde entraron, y donde quiera Dios que entremos todos.

—Y ahora, Padrino, continuó la niña torciendo su cabecita y mirando de frente al pastor, ya vé Vd. lo bueno que es tener ahijados.

Apénas acababa la niña de referir su ejemplo, cuando se oyó un gran estrépito: el perro se levantó, aguzó las orejas, apercibido á la defensa: el

gato erizado el pelo, asombrados los ojos, se aprestó á la fuga; pero bien pronto al susto sucedieron alegres risas. Era el caso que Anís se habia quedado dormido durante la narracion que habia hecho su hermana; de lo que resultó que perdiendo el equilibrio, cumplió el vaticinio de su Madre, cayendo en lo interior del tiesto, en el que quedó hundida toda su diminuta persona, á excepcion de sus pies y piernas, que se alzaban del interior de la maceta, como una planta de nueva especie. Impaciente su Madre, le agarró con una mano por el cuello de la chaqueta, le sacó de aquella profundidad, y á pesar de su resistencia, le tuvo algun tiempo suspenso en el aire, de manera que parecia uno de esos muñecos de carton que cuelgan de un hilo, y que tirándoles de otro, mueven desaforadamente brazos y piernas.

Como su Madre le regañaba y todos se reian, Anís, que tenia el génio fuerte, como dicen que lo tienen todos los chicos, (lo que no quita que lo tengan tambien los altos) reventó en un estrepitoso llanto de coraje.

—No llores, Anís, le dijo Paca, no llores, y te daré dos castañas que tengo en la faltriquera.

—¿De verdad? preguntó Anís.

Paca sacó las castañas, y se las dió; y en lugar de lágrimas se vieron tan luego brillar á la luz de la llama, dos hileras de blancos dientecitos en el rostro de Anís.

—Hermano Gabriel, dijo la tia María, dirigiéndose á éste, ¿no me ha dicho Vd. que le duelen los ojos? ¿A qué trabaja Vd. de noche?

—Me dolian, contestó fray Gabriel; pero D. Federico me ha dado un remedio que me ha curado.

—Bien puede D. Federico saber muchos remedios para los ojos, pero no sabe su merced el que no marra, dijo el pastor.

—Si Vd. lo sabe, le agradeceria que me lo comunicase, le dijo Stein.

—No puedo decirlo, repuso el pastor, porque aunque sé que lo hay, no lo conozco.

—¿Quién lo conoce, pues? preguntó Stein.

—Las golondrinas, contestó el pastor (1).

—¿Las golondrinas?

—Pues si señor, prosiguió el pastor: es una yerba que se llama *pito-real*, pero que nadie vé ni conoce sino las golondrinas: si se le sacan los ojos á

(1) Las cosas que cree y refiere el pueblo, aunque adornadas por su rica y poética imaginacion, tienen siempre algun origen. En la segunda parte de la obra intitulada *Simples medicinales en la medicina*, escrita por fray Estéban de Villa, é impresa en Burgos el año 1654, hallamos este párrafo, que coincide con lo que dice el pastor:

«La ilas que quieren sea la cigueña enseñó el uso de las ayudas, que se echa á sí misma llenando de agua la boca, sirviéndole lo largo del pico para el efecto. El perro, el uso del vomitivo, comiendo la grama, que para él es de virtud vomitiva. El caballo marino la sangría, cuando se siente cargado de sangre, abriéndose la vena con punta de caña que le sirve de lanceta, y el barro de venda, revolcándose en él, con lo que cierra la cisura. *La golondrina, el colirio en la Celidonia*, con que da vista á sus pollos y nombre á esta planta, que se dijo *hirundinaria*, por su inventor la golondrina, etc.»

sus polluelos, van y se los restriegan con el *pito-real*, y vuelven á recobrar la vista. Esta yerba tiene tambien la virtud de quebrar el hierro, no mas que con tocarla; y asi cuando á los segadores ó á los podadores, se les rompe la herramienta en las manos sin poder atinar porqué, es porque tocaron al *pito-real*. Pero por mas que la han buscado, nadie la ha visto; y es una providencia de Dios que asi sea, pues si toparan con ella, poca tracamundana se armaria en el mundo, puesto que no quedarian á vida ni cerraduras, ni cerrojos, ni cadenas, ni aldabas.

—¡Las cosazas que se engulle José, que tiene unas tragaderas como un tiburon! dijo riéndose Manuel. D. Federico, ¿sabe Vd. otra que dice, y que se cree como artículo de fé? que las culebras no se mueren nunca.

—Pues ya se vé que las culebras no se mueren nunca, repuso el pastor. Cuando ven que la muerte se les acerca, sueltan el pellejo, y arrancan á correr. Con los años se hacen serpientes; entónces, poco á poco, van criando escamas y alas, hasta que se hacen dragones, y se vuelan al desierto. Pero tú, Manuel, nada quieres creer: ¿si querrás negar tambien que el lagarto es enemigo de la muger, y amigo del hombre? si no lo quieres creer, pregúntaselo á tio Miguel.

—¿Ese lo sabe?

—¡Toma! por lo que á el mismo le pasó.

—¿Y que fué? preguntó Stein.

—Estando durmiendo en el campo, contestó José, se le vino acercando una culebra: pero apenas la vió venir un lagarto, que estaba en el vallado, salió á defender al tio Miguel, y empezaron á pelearse la culebra y el lagarto, que era tamaño y tan grande. Pero como el tio Miguel, ni por esas dispertaba, el lagarto le metió la punta del rabo por las narices. Con eso despertó el tio Miguel, y echó á correr como si tuviese chispas en los pies. El lagarto es un bicho bueno, y bien inclinado; nunca se recoje á puestas de sol sin bajarse por las paredes y venir á besar la tierra.

Cuando habia empezado esta conversacion tratando de las golondrinas, Paca habia dicho á Anís, que sentado en el suelo entre sus hermanas con las piernas cruzadas parecia el gran Turco en miniatura.—Anís, ¿sabes tu lo que dicen la golondrinas?

—Yo no; no me *jan jablao*.

—Pues atiende: dicen: (remedando la niña el gorgeo de las golondrinas, se puso á decir con celeridad).

Comer y beber:
Buscar emprestado,
Y si te quieen prender (1)
Por no haber pagado,
Huir, huir, huir, huiiiir,
Comadre Beatriiiiz.

1. Este verso no se puede decir, sino con la manera de abreviar las palabras que el pueblo gasta pronunciando *quieen* por *quieren*.

¿Por eso se van? preguntó Anís.

Por eso; afirmó su hermana.

—¡Yo las quiero mas....!! dijo Pepa.

—¿Porqué? preguntó Anís.

—Porque has de saber, respondió la niña

Qnc en el monte Calvario
Las golondrinas
Le quitaron á Cristo
Las cinco espinas.
En el monte Calvario
Los gilgueritos
Le quitaron á Cristo
Los tres clavitos.

—Y los gorriones, ¿qué hacían? preguntó Anís.

—Los gorriones, respondió su hermana, nunca he sabido que hicieran mas que comer y pelearse.

Entretanto Dolores, llevando á su niño dormido en un brazo, habia puesto con la mano que le quedaba libre, la mesa, y colocado en medio las batatas, y distribuido á cada cual su parte. En su propio plato comian los niños; y Stein observó que Dolores ni aun probaba el manjar que con tanto esmero habia confeccionado.

—Vd. no come, Dolores, le dijo.

—¿No sabe Vd. (respondió esta riendo) el refran: el que tiene hijos al lado, no morirá ahitado? D. Federico, lo que ellos comen, me engorda á mí.

Momo, que estaba al lado de este grupo, retiraba su plato, para que no cayesen sus herma-

nos en tentacion de pedirle de lo que contenia.

Su padre que lo notó, le dijo:

—No seas ansioso, que es vicio de ruines; ni avariento, que es vicio de villanos. Sabrás que una vez se cayó un avariento en un rio. Un paisano que vió se le llevaba la corriente, alargó el brazo y le gritó: *Deme la mano*: ¡Que había de dar! ¡dar! ántes de dar nada, dejó que se le llevase la corriente. Fué su suerte que le arrastró el agua cerca de un pescador, que le dijo: hombre, *tome* Vd. esta mano. Conforme se trató de tomar, estuvo mi hombre muy pronto, y se salvó.

—No es ese chascarrillo el que debias contar á tu hijo, Manuel, dijo la tia María, sino ponerle por ejemplo lo que acaeció á aquel rico miserable, que no quiso socorrer á un pobre desfallecido, ni con un pedazo de pan, ni con un trago de agua. Permita Dios, le dijo el pobre, que todo cuanto toqueis, se convierta en ese oro y esa plata á que tan apegado estais.—Y así fué!—Todo cuanto en la casa del avaro había, se convirtió en aquellos metales tan duros como su corazon. Atormentado por el hambre y la sed, salió al campo, y habiendo visto una fuente de agua cristalina, se arrojó con ansia á ella; pero al tocarla con los labios, el agua se cuajó y convirtió en plata. Fué á tomar una naranja del árbol, y al tocarla se convirtió en oro; y asi murió rabiando, y maldiciendo aquello mismo, por lo que ansiado había.

Manuel, *el espíritu fuerte* de aquel círculo, meneó la cabeza.

—¡Lo vé Vd., tia María, dijo José; Manuel no lo quiere creer! Tampoco cree que el dia de la Asuncion, en el momento de alzar en la misa mayor, todas las hojas de los árboles, se unen de dos en dos, para formar una cruz; las altas se doblan, las bajas se empinan, sin que ni una sola deje de hacerlo. Ni cree que el 10 de agosto, dia del martirio de San Lorenzo, que fué quemado en unas parrillas, en cavando la tierra, se halla carbon por todas partes.

—Cuando llegue ese dia, dijo Manuel, he de cavar un hoyo delante de tí, José, y verémos si te convenzo de que no hay tal.

—¿Y qué pica en Flándes habrás puesto, si no hallas carbon? le dijo su Madre: ¿acaso crees que lo hallarás si lo buscas sin creerlo? Pero Manuel, tú te has figurado que todo lo que no sea artículo de fé, no se ha de creer, y que la credulidad es cosa de bobos; cuando no es, hijo mio, sino cosa de sanos.

—Pero, Madre, repuso Manuel, entre correr y estar parado, hay un medio.

—¿Y para qné, dijo la buena anciana, escatimar tanto la fé, que al fin es la primera de las virtudes? ¿Que te parecería, hijo de mis entrañas, si yo te dijese: te parí, te crié, te puse en camino; cumplí pues, con mi obligacion? ¿si solo como obligacion mirase al amor de Madre?

—Que no era Vd. buena Madre, Señora.

—Pues, hijo, aplica esto á lo otro: el que no cree, sino por *obligacion*, y solo aquello que no puede dejar de creer, sin ser renegado, es mal cristiano: como sería yo mala Madre, si solo te quisiese por obligacion.

—Hermano Gabriel, dijo Dolores, ¿cómo es que no quiere Vd. probar mis batatas?

—Es dia de ayuno para nosotros, respondió fray Gabriel.

—¡Qué! ya no hay conventos, reglas ni ayunos, dijo campechanamente Manuel, para animar al pobre anciano á que participase del regalo general. Ademas Vd. ha cumplido cuanto há los sesenta años: con que asi, fuera escrupulos, y á comer las batatas, que no se ha de condenar Vd. por eso.

—Vd. me ha de perdonar, repuso fray Gabriel: pero yo no dejo de ayunar como ántes, miéntras no me lo dispense el Padre Prior.

—Bien hecho, hermano Gabriel, dijo la tia María. Manuel, no te metas á diablo tentador, con su espíritu de rebeldía, y sus incitativos á la gula.

Con esto, la buena anciana se levantó, y guardó en una alhacena el plato que Dolores había servido al lego, diciéndole: Aqui se lo guardo á Vd. para mañana, hermano Gabriel.

Concluida la cena dieron gracias, quitándose los hombres los sombreros que siempre conservan puestos dentro de casa.

Despues del Padre nuestro, dijo la tia María.

Bendito sea el Señor,
Que nos dá de comer
Sin merecerlo. Amen.
Como nos da sus bienes,
Nos de su gloria. Amen.
Dios se lo dé
Al pobrecito que no lo tiene. Amen.

Anís al acabar, dió un salto á pié-juntillas tan espontáneo, derecho y repentino, como lo dán los peces en el agua.

CAPÍTULO X.

Marisalada estaba ya en convalecencia; como si la naturaleza hubiera querido recompensar el acertado método curativo de Stein, y el caritativo esmero de la buena tia María.

Habíase vestido decentemente, y sus cabellos, bien peinados y recogidos en una castaña, acreditaban el celo de Dolores, que era quien se habia encargado de su tocado.

Un dia en que Stein estaba leyendo en su cuarto, cuya ventanilla daba al patio grande, donde á la sazon se hallaban los niños jugando con Marisalada, oyó que ésta se puso á imitar el canto de diversos pájaros con tan rara perfeccion, que aquel suspendió su lectura para admirar una habilidad tan extraordinaria. Poco despues, los muchachos entablaron

uno de esos juegos tan comunes en España, en que se canta al mismo tiempo. Marisalada hacia el papel de madre; Pepa, el de un caballero que venia á pedirle la mano de su hija. La madre se la niega; el caballero quiere apoderarse de la novia por fuerza, y todo este diálogo se compone de coplas cantadas en una tonada cuya melodía es sumamente agradable.

El libro se cayó de las manos de Stein, que como buen aleman, tenia gran aficion á la música. Jamás habia llegado á sus oidos una voz tan hermosa. Era un metal puro y fuerte como el cristal, suave y flexible como la seda. Apénas se atrevia á respirar Stein, temeroso de perder la menor nota.

—Se quisiera Vd. volver todo orejas, dijo la tia María, que habia entrado en el cuarto sin que él lo hubiese echado de ver. ¿No le he dicho á Vd. que es un canario sin jaula? Ya verá Vd.

Y con esto se salió al patio, y dijo á Marisalada que cantase una cancion.

Esta con su acostumbrado desabrimiento, se negó á ello.

En este momento entró Momo mal enjestado, precedido de Golondrina cargada de picon.

Traia las manos y el rostro tiznados y negros como la tinta.

—¡El Rey Melchor! gritó al verlo Marisalada. El rey Melchor, el rey Melchor, repitieron los niños.

—Si yo no tuviera mas que hacer, respondió

Momo rabioso, que cantar y brincar como tú, grandísima holgazana, no estaria tiznado de pies á cabeza. Por fortuna D. Federico te ha prohibido cantar; y con esto no me mortificarás las orejas.

La respuesta de Marisalada fué entonar á trapo tendido una cancion.

El pueblo andaluz tiene una infinidad de cantos: son estos boleras ya tristes, ya alegres; el ole, el fandango, la caña, tan linda como difícil de cantar, y otras con nombre propio, entre las que sobresale el *romance*. La tonada del romance es monótona, y no nos atrevemos á asegurar que puesta en música, pudiese satisfacer á los *dilettantis*, ni á los filarmónicos. Pero en lo que consiste su agrado (por no decir encanto), es en las modulaciones de la voz que lo canta; es en la manera con que algunas notas se ciernen, por decirlo así, y mecen suavemente, bajando, subiendo, arreciando el sonido ó dejándolo morir. Así es que el romance, compuesto de muy pocas notas, es dificilísimo cantarlo bien y genuinamente. Es tan peculiar del pueblo, que solo á estas gentes, y de entre ellas, á pocos, se lo hemos oido cantar á la perfeccion: parécenos que los que lo hacen, lo hacen como por intuicion. Cuando á la caida de la tarde, en el campo, se oye á lo léjos una buena voz cantar el romance con melancólica originalidad, causa un efecto extraordinario, que solo podemos comparar al que producen en Alemania, los toques de corneta de los postillones, cuan-

do tan melancólicamente vibran suavemente repetidos por los ecos, entre aquellos magníficos bosques y sobre aquellos deliciosos lagos. La letra del romance trata generalmente de asuntos moriscos, ó refiere piadosas leyendas ó tristes historias de réos.

Este famoso y antiguo romance que ha llegado hasta nosotros, de padres á hijos, como una tradicion de melodía, ha sido mas estable sobre sus pocas notas confiadas al oido, que las grandezas de España, apoyadas con cañones y sostenidas por las minas del Perú!

Tiene además el pueblo canciones muy lindas y expresivas, cuya tonada es compuesta expresamente para las palabras, lo que no sucede con las arriba mencionadas, á las que se adaptan esa innumerable cantidad de coplas, de que cada cual tiene un rico repertorio en la memoria.

María cantaba una de aquellas canciones, que transcribirémos aquí con toda su sencillez y energía popular.

Estando un caballerito.
En la isla de Leon,
Se enamoró de una dama
Y ella le correspondió.
Que con el aretin, que con el areton.

—Señor, quédese una noche
Quédese una noche ó dos;

Que mi marido está fuera
Por esos montes de Dios.
Que con el aretin, que con el areton.

Estándola enamorando,
El marido que llegó:
—Abreme la puerta, Cielo,
Ábreme la puerta, Sol.
Que con el aretin, que con el areton.

Ha bajado la escalera
Quebradita de color;
—¿Has tenido calentura?
¿O has tenido nuevo amor?
Que con el aretin, que con el areton.

—Ni he tenido calentura
Ni he tenido nuevo amor.
Me se ha perdido la llave
De tu rico tocador.
Que con el aretin, que con el areton.

—Si las tuyas son de acero,
De oro las tengo yo.
¿De quién es aquel caballo
Que en la cuadra relinchó?
Que con el aretin, que con el areton.

—Tuyo, tuyo, dueño mio;
Que mi Padre lo mandó,
Porque vayas á la boda
De mi hermana la mayor.
Que con el aretin, que con el areton.

—Viva tu Padre mil años,
Que caballos tengo yo.

¿De quién es aquel trabuco
Que en aquel clavo colgó?
Que con el aretin, que con el areton.

—Tuyo, tuyo, dueño mio,
Que mi padre lo mandó,
Para llevarte á la boda
De mi hermana la mayor.
Que con el aretin, que con el areton.

—Viva tu Padre mil años,
Que trabucos tengo yo.
¿Quién ha sido el atrevido
Que en mi cama se acostó?
Que con el aretin, que con el areton.

—Es una hermanita mia,
Que mi padre la mandó
Para llevarme á la boda
De mi hermana la mayor.
Que con el aretin, que con el areton.

La ha agarrado de la mano
Al Padre se la llevó:
Toma allá, Padre, tu hija,
Que me ha jugado traicion.
Que con el aretin, que con el areton.

—Llévatela tú, mi yerno,
Que la iglesia te la dió;—
La ha agarrado de la mano
Al campo se la llevó.
Que con el aretin, que con el areton.

Le tiró tres puñaladas
Y allí muerta la dejó,

La Dama murió á la una,
Y el Galan murió á las dos.
Que con el aretin, que con el areton (1).

(1) El ilustre literato, el estudioso recopilador, el sabio bibliofilo don Juan Nicolás Böhl de Faber, á quien debe la literatura española el *Teatro anterior á Lope de Vega*, y la *Floresta de rimas castellanas*, trae en el primer tomo de esta coleccion, página 255, el siguiente romance antiguo, de autor no conocido. Nos ha parecido curioso el reproducirlo aqui, por tratar el mismo asunto que trata esta cancion. No somos competentes para juzgar si habrá sido que el canto popular subió del pueblo al poeta culto que lo rehizo, ó si bajaria del poeta culto al popular que lo simplificó y trató á su manera, ó si bien seria el suceso un hecho cierto, que simultáneamente cantaron, aunque parece el lenguaje de la cancion del pueblo mas moderno.

Blanca sois, Señora mia,
mas que no el rayo del sol,
si la dormiré esta noche
desarmado y sin pavor,
que siete años habia, siete,
que no me desarmo, no;
mas negras tengo mis carnes
que un tiznado carbon.
—Dormidla, Señor, dormidla,
desarmado y sin temor,
que el conde es ido á la caza
á los montes de Leon:
Rabia le mate los perros
y águilas el su halcon,
y del monte hasta casa
á el lo arrastre el moron.
Ellos en aquesto estando,
su marido que llegó:
—¿Que haceis, la blanca niña,
hija de padre traidor?
—Señor, peino mis cabellos
péinolos con gran dolor,
que me dejeis á mí sola
y á los montes os vais vos.
—Esa palabra, la niña
no era sino traicion.
¿Cuyo es aquel caballo
que allá bajo relinchó?

Apénas hubo acabado de cantar, Stein que tenia un excelente oido, tomó la flauta, y repitió nota por nota la cancion de Marisalada. Entonces fué cuando ésta á su vez quedó pasmada y absorta, volviendo á todas partes la cabeza, como si buscase el sitio en que reverberaba aquel eco, tan exacto y tan fiel.

—No es eco, clamaron todas las niñas; es don Federico que está soplando en una caña agujereada.

María entró precipitadamente en el cuarto en que se hallaba Stein, y se puso á escucharle con la mayor atencion, inclinando el cuerpo hácia adelante, con la sonrisa en los labios, y el alma en los ojos.

Desde aquel instante la tosca aspereza de María se convirtió, con respecto á Stein, en cierta confianza y docilidad, que causó la mayor extrañeza á

—Señor, era de mi Padre,
y enviáralo para vos.
—¿Cuyas son aquellas armas
que están en el corredor?
—Señor, eran de mi hermano,
y hoy os las envió.
—¿Cuya es aquella lanza,
desde aquí la veo yo?
—Tomadla, conde, tomadla,
matadme con ella vos,
que aquesta muerte, buen Conde,
bien os la merezco yo

Pudieramos además dar otra version de este mismo tema recogida en otro pueblo del campo de Andalucía; pero nos abstenemos, por considerar que la poesía popular no tiene para todo el mundo el interés y el encanto que para nosotros.

toda la familia. Llena de gozo la tia María, aconsejó á Stein que se aprovechase del ascendiente que iba tomando con la muchacha, para inducirla á que se enseñase á emplear bien su tiempo aprendiendo la ley de Dios, y á trabajar, para hacerse buena cristiana, y muger de razon, nacida para ser madre de familia y muger de su casa. Añadió la buena anciana, que para conseguir el fin deseado, así como para domellar el genio soberbio de María, y sus hábitos bravíos, lo mejor seria suplicar á Señá Rosita, la maestra de amiga, que la tomase á su cargo, puesto que era dicha Maestra muger de razon y temerosa de Dios, y muy diestra en labores de mano.

Stein aprobó mucho la propuesta, y alcanzó de Marisalada, que se prestase á ponerla en ejecucion, prometiéndole en cambio ir á verla todos los dias, y divertirla con la flauta.

Las disposiciones que aquella criatura tenia para la música, despertaron en ella una aficion extraordinaria á su cultivo, y la habilidad de Stein fué la que le dió el primer impulso.

Cuando llegó á noticia de Momo que Marisalada iba á ponerse bajo la tutela de Rosa Mística, para aprender allí á coser, barrer y guisar, y sobre todo, como él decia, á tener juicio, y que el doctor era quien la habia decidido á este paso, dijo que ya caia en cuenta de lo que don Federico le habia contado de allá en su tierra, que habia ciertos hom-

bres, detrás de los cuales echaban á correr todas las ratas del pueblo, cuando se ponian á tocar un pito.

Desde la muerte de su madre, Señá Rosa habia establecido una escuela de niñas, á que en los pueblos se da el nombre de amiga, y en las ciudades, el mas á la moda, de academia. Asisten á ella las niñas en los pueblos, desde por la mañana hasta medio dia, y solo se enseña la doctrina cristiana y la costura. En las ciudades aprenden á leer, escribir, el bordado y el dibujo. Claro es que estas casas no pueden crear pozos de ciencia, ni ser semilleros de artistas, ni modelos de educacion cual corresponde á la *muger emancipada*. Pero en cambio suelen salir de ellas mugeres hacendosas y excelentes madres de familia; lo cual vale algo mas.

Una vez restablecida la enferma, Stein exigió de su Padre que la confiase por algun tiempo á la buena muger que debia suplir con aquella indómita criatura, á la Madre que habia perdido, y adoctrinarla en las obligaciones propias de su sexo.

Cuando se propuso á Señá Rosa que admitiese en su casa á la *bravia* hija del pescador, su primera respuesta fué una terminante negativa, como suelen hacer en tales casos las personas de su temple; pero acabó por ceder cuando se le dieron á entender los buenos efectos que podria tener aquella obra de caridad; como hacen en iguales circunstancias todas las personas religiosas, para las cua-

les la obligacion no es cosa convencional, sino una línea recta trazada con mano firme.

No es ponderable lo que padeció la infeliz muger, mientras estuvo á su cargo Marisalada. Por parte de ésta no cesaron las burlas ni las rebeldías, ni por parte de la Maestra los sermones sin provecho, y las exhortaciones sin fruto.

Dos ocurrencias agotaron la paciencia de Señá Rosa, con tanta mas razon, cuanto que no era en ella virtud innata, sino trabajosamente adquirida.

Marisalada habia logrado formar una especie de conspiracion en las filas del batallon que Señá Rosa capitaneaba. Esta conspiracion llegó por fin á estallar un dia, tímida y vicilante á los principios, mas despues osada y con el cuello erguido; y fué en los términos siguientes:

—No me gustan las rosas de á libra, dijo de repente Marisalada.

—Silencio! mandó la Maestra, cuya severa disciplina no permitia que se hablase en las horas de clase.

Se restableció el silencio.

Cinco minutos despues, se oyó una voz muy aguda, y no poco insolente, que decia:

—No me gustan las rosas lunarias.

—Nadie te lo pregunta, dijo Señá Rosa, creyendo que esta intempestiva declaracion habia sido provocada por la de Marisalada.

Cinco minutos despues, otra de las conspira-

doras dijo, recojiendo el dedal que se le habia caido:

—A mí no me gustan las rosas blancas.

—¿Qué significa esto? gritó entonces Rosa Mística, cuyo ojillo negro brillaba como un fanal. ¿Se están Vds. burlando de mí?

—No me gustan las rosas de pitiminí, dijo una de las mas chicas, ocultándose inmediatamente debajo de la mesa.

—Ni á mí las rosas de Pasion.

—Ni á mí las rosas de Jericó.

—Ni á mí las rosas amarillas.

La voz clara y fuerte de Marisalada, oscureció todas las otras gritando:

—A las rosas secas no las puedo ver.

—A las rosas secas, exclamaron en coro todas las muchachas, no las puedo ver.

Rosa Mística, que al principio habia quedado atónita, viendo tanta insolencia, se levantó, corrió á la cocina, y volvió armada de una escoba.

Al verla, todas las muchachas huyeron como una bandada de pájaros. Rosa Mística quedó sola, dejó caer la escoba, y se cruzó de brazos.

—¡Paciencia, Señor! exclamó, despues de haber hecho lo posible por serenarse: sobrellevaba con resignacion mi apodo, como tú cargaste con la cruz; pero todavía me faltaba esta corona de espinas. ¡Hágase tu santa voluntad!

Quizás se habria prestado á perdonar á Marisalada en esta ocasion, si no se hubiera presentado

muy en breve otra, que la obligó por fin á tomar la resolucion de despedirla de una vez. Fué el caso, que el hijo del barbero, Ramon Perez, gran tocador de guitarra, venia todas las noches á tocar y cantar coplas amorosas bajo las ventanas severamente cerradas de la beata.

—Don Modesto, dijo ésta un dia á su huésped, cuando Vd. oiga de noche á este ave nocturna de Ramon desollarnos las orejas con su canto, hágame Vd. favor de salir y decirle que se vaya con la música á otra parte.

—Pero, Rosita, contestó D. Modesto, ¿quiere Vd. que me indisponga con ese muchacho, cuando su Padre (Dios se lo pague) me está afeitando de valde desde el dia de mi llegada á Villamar? Y vea Vd. lo que es: á mí me gusta oirle, porque no puede negarse que canta y toca la guitarra con mucho primor.

—Buen provecho le haga á Vd. dijo Señá Rosa. Puede ser que tenga Vd. los oidos á prueba de bomba. Pero si á Vd. le gusta, á mí no. Eso de venir á cantar á las rejas de una muger honrada, ni le hace favor, ni viene á qué.

La fisonomía de Don Modesto, expresó una respuesta muda, dividida en tres partes. En primer lugar, la estrañeza, que parecía decir: ¡Qué! ¡Ramon galantéa á mi patrona! En segundo lugar la duda, como si dijera: ¿será posible? En tercer lugar, la certeza, concretada en estas frases: ¡ciertos son los toros! Ramon es un atrevido.

Despues de pensarlo, continuó Señá Rosa:

—Usted podria resfriarse, pasando del calor de su cama al aire. Mas vale que se quede Vd. quieto, y sea yo la que diga al tal chicharra, que si se quiere divertir, que compre una mona.

Al sonar las doce de la noche, se oyó el rasguéo de una guitarra, y en seguida una voz que cantaba:

¡Vale mas lo moreno
De mi morena,
Que toda la blancura
De una azucena!

—¡Qué tonteras! exclamó Rosa Mística, levantándose de la cama. ¡Qué larga será la cuenta que haya de dar á Dios de tanta palabra vana!

La voz prosiguió cantando:

Niña, cuando vas á misa,
La iglesia se resplandece:
La yerba seca que pisas,
Al verte, se reverdece.

—¡Dios nos asista! exclamó Rosa Mística, poniéndose las terceras enaguas; tambien saca á colacion la misa en sus coplas profanas; y los que lo oigan, como saben que soy dada á las cosas de Dios, dirán que lo canta por lavarme la cara. ¿Si pensará ese barbi-lampiño burlarse de mí? ¡No faltara mas!

Rosa llegó á la sala, y ¡cuál no se quedaria al ver á Marisalada asomada al postigo, y oyendo al cantor con toda la atencion de que era capaz! Entónces se persignó, exclamando:

—¡Y todavía no ha cumplido trece años! ¡Sobre que ya no hay niñas!

Tomó á Marisalada por el brazo, la apartó de la ventana, y se colocó en ella á tiempo que Ramon, dándole de firme á la guitarra, entonaba desgañitándose, esta copla:

Asómate á esa ventana,
Esos bellos ojos abre;
Nos alumbrarás con ellos,
Porque está oscura la calle.

Y siguió mas violento y desatinado que nunca el rasguéo.

—Yo seré quien te alumbraré con un blandon del infierno, gritó con ágria y colérica voz Rosa Mística: libertino, profanador, cantor sempiterno é insufrible!

Ramon Perez, vuelto en sí de la primera sorpresa, echó á correr mas ligero que un gamo, sin volver la cara atrás.

Este fué el golpe decisivo. Marisalada fué despedida de una vez, á pesar del empeño que hizo tímidamente Don Modesto en su favor.

—D. Modesto, respondió Rosita, dice el refran: cargos son cargos; y mientras esta descaradota esté

al mio, tengo que dar cuenta de sus acciones á Dios y á los hombres. Pues bien, cada cual tiene bastante con responder de lo suyo, sin necesidad de cargar con pecados agenos. Además de que, Usted lo está viendo, es una criatura que no se puede meter por vereda; por mas que se la inclina á la derecha, siempre ha de tirar á la izquierda.

CAPÍTULO XI.

Tres años habia que Stein permanecia en aquel tranquilo rincon. Adoptando la índole del pais en que se hallaba, vivía al dia, ó como dicen los franceses, *au jour le jour*, y como en otros términos le aconsejára su buena patrona la tia María, diciendo que el dia de mañana no debia echarnos á perder el de hoy, y que de lo solo que se debia cuidar era de que el de hoy no nos echase á perder el de mañana.

En estos tres años habia estado el jóven médico en correspondencia con su familia. Sus padres habian muerto, mientras él se hallaba en el ejército en Navarra; su hermana Carlota habia casado con un arrendatario bien acomodado, el cuál habia hecho de los dos hermanos pequeños de su muger,

dos labradores poco instruidos, pero hábiles y constantes en el trabajo. Stein se veia, pues, enteramente libre y árbitro de su suerte.

Habíase dedicado á la educacion de la niña enferma, que le debía la vida, y aunque cultivaba un suelo ingrato y estéril, habia conseguido á fuerza de paciencia hacer germinar en él los rudimentos de la primera enseñanza. Pero lo que excedió sus esperanzas, fué el partido que sacó de las extraordinarias facultades filarmónicas, con que la naturaleza habia dotado á la hija del pescador. Era su voz incomparable, y no fué difícil á Stein, que era buen músico, dirigirla con acierto, como se hace con las ramas de la vid, que son á un tiempo flexibles y vigorosas, dóciles y fuertes.

Pero el maestro, que tenia un corazon tierno y suave, y en su temple una propension á la confianza que rayaba en ceguedad, se enamoró de su discípula, contribuyendo á ello el amor exaltado que tenía el pescador á su hija, y la admiracion que esta excitaba en la buena tia María; ambos tenian cierto poder simpático y comunicativo que debió ejercer su influencia en una alma abierta, benévola y dócil como la de Stein. Se persuadió, pues, con Pedro Santaló de que su hija era un ángel, y con la tia María, de que era un portento. Era Stein uno de aquellos hombres, que pueden asistir á un baile de máscaras, sin llegar á persuadirse de que detrás de aquellas fisonomías absurdas, detrás de

aquellas facciones de carton pintado, hay otras fisonomías y otras facciones, que son las que el individuo ha recibido de la naturaleza. Y si á Santaló cegaba el cariño apasionado, y á la tia María la bondad suma, ambos llegaron á la vez á cegar á Stein.

Pero despues de todo, lo que más le sedujo fué la voz pura, dulce, expresiva y elocuente de María.

Es preciso, se decia á sus solas, que la que expresa de un modo tan admirable los sentimientos mas sublimes, poséa un alma llena de elevacion y de ternura.

Mas, como el grano de trigo en un rico terreno se esponja y echa raices ántes de que sus brotes suban á la luz del dia, así crecía y echaba raices este tranquilo y sincero amor, en el corazon de Stein, ántes sentido que definido.

Tambien María por su parte se habia aficionado á Stein, no porque agradeciese sus esmeros, ni porque apreciase sus excelentes prendas, ni porque comprendiese su gran superioridad de alma é inteligencia, ni aun siquiera por el atractivo que ejerce el amor en la persona que lo inspira, sino porque agradecimiento, admiracion, atractivo, los sentía y se los inspiraba el *músico*, el maestro que en el arte la iniciaba. Además, el aislamiento en que vivía, apartaba de ella todo otro objeto que hubiese podido disputar á aquel la preferencia. D. Modesto no estaba en edad de figurar en la palestra de

amor; Momo, además de ser extraordinariamente feo, conservaba toda su animosidad contra Marisalada, y no cesaba de llamarla *Gaviota*; y ella le miraba con el mas alto desprecio. Es cierto que no faltaban mozalvetes en el lugar, empezando por el barberillo, que persistía en suspirar por María; pero todos estaban léjos de poder competir con Stein.

Por este tranquilo estado de cosas habian pasado tres veranos y tres inviernos, como tres noches y tres días, cuando acaeció lo que vamos á referir.

Forjábase en el tranquilo Villamar (¿quién lo diría?) una intriga; era su promotor y gefe (¿quién lo pensara?) la tía María; era el confidente (¿quién no se asombra?) D. Modesto!!

Aunque sea una indiscrecion, ó por mejor decir, una bajeza el acechar, oigámoslos en la huerta escondidos detrás de este naranjo, cuyo tronco permanece firme, mientras sus flores se han marchitado y sus hojas se han caido, como queda en el fondo del alma la resignacion, cuando se ha ajado la alegría y se han muerto las esperanzas; oigamos, volvemos á decir, el coloquio que en secreto conciliábulo tienen los mencionados confidentes, mientras fray Gabriel, que está á mil leguas, aunque pegado á ellos, amarra con vencejos las lechugas para que crezcan blancas y tiernas.

—No es que me lo figuro, D. Modesto, decia la

instigadora, es una realidad; para no verlo era preciso no tener ojos en la cara. D. Federico quiere á Marisalada, y á esta no le parece el doctor costal de paja.

—Tia María, ¿quién piensa en amores? respondió D. Modesto, en cuya calma y tranquila existencia no se habia realizado el eterno, clásico, pero invariable axioma de la inseparable alianza de Marte y Cupido.—¿Quién piensa en amores? repitió Don Modesto en el mismo tono en que hubiese dicho: ¿quién piensa en jugar á la billarda, ó en remontar un pandero?

—La gente moza, D. Modesto, la gente moza; y si no fuera por eso, se acabaría el mundo. Pero el caso es, que es preciso darles á estos un espolazo, porque esa gente de por allá arriba, quiéreme pacer que se andan con gran pachorra, pues dos años há que nuestro hombre está queriendo á su ruiseñor, como él la llama, que eso salta á la cara; y estoy para mí, que no le ha dicho buenos ojos tienes. Vd. que es hombre que supone, un señor *considerable*, y que D. Federico le aprecia tanto, debería Vd. darle una puntadilla sobre el asunto, un buen consejo, en bien de ellos y de todos nosotros.

—Dispénseme Vd., tia María, respondió D. Modesto, pero Ramon Perez está por medio; es amigo, y no quiero hacerle mal tercio; me afeita por mi buena cara, é ir así contra sus intereses, sería una mala partida. Tiene mucha pena en ver que

Marisalada no le quiere, y se ha puesto amarillo y delgado que es un dolor. El otro dia dijo que si no se casaba con Marisalada, rompería su guitarra, y ya que no podia meterse fraile, se metería á faccioso. Ya vé Vd., tia María, que de todas maneras me comprometo, metiéndome en ese asunto.

—Señor, dijo la tia María, ¿y vá Vd. á tomar á dinero contado lo que dicen los enamorados? ¿Si Ramon Perez, el pobrecillo, no es capaz de matar un gorrion, cómo puede Vd. creer que se vaya á matar cristianos? Pero considere Vd. que si se casa D. Federico se nos quedará aquí para siempre, ¿y qué suerte no sería esta para todos? Le aseguro á Vd. que se me abren las carnes, así que habla de irse. Por fortuna que cada vez se lo quitamos de la cabeza. Pues y la niña, ¡qué suerte haría! Que ha de saber Vd. que gana D. Federico muy buenos cuartos. Cuando asistió y sacó en bien al hijo del alcalde D. Perfecto, le dió éste cien reales, como cien estrellas. ¡Qué linda pareja harian, mi Comandante!

—No digo que nó, tia María, repuso D. Modesto; pero no me dé Vd. cartas en el asunto, y déjeme observar mi estricta neutralidad. No tengo dos caras; tengo la que me afeita Ramon, y no otra.

En este momento entró Marisalada en la huerta. No era ya por cierto la niña que conocimos desgreñada y mal compuesta; primorosamente peinada

y vestida con esmero, venía todas las mañanas al convento, al que si bien no la atraian el cariño ni la gratitud á los que lo habitaban, traíala el deséo de oir y aprender música de Stein, al paso que la echaba de la cabaña el fastidio de hallarse sola en ella con su Padre, que no la divertia.

—¿Y D. Federico? dijo al entrar.

—Aun no ha vuelto de ver á sus enfermos, respondió la tia María; hoy iba á vacunar mas de doce niños. ¡Tales cosas, D. Modesto! Sacó el *pus*, como dice su merced, de la teta de una vaca: ¡que las vacas tengan un contraveneno para las viruelas! Y verdad será, porque D. Federico lo dice.

—Y tanta verdad que es, repuso D. Modesto, y que lo inventó un Suizo. Cuando estaba en Gaeta vi á los Suizos, que son la guardia del Papa; pero ninguno me dijo ser él el inventor.

—Si yo hubiese sido Su Santidad prosiguió la tia María, hubiese premiado al inventor con una indulgencia plenaria. Siéntate, Saladilla mia, que tengo hambre de verte.

—No, contestó María, me voy.

—¿Dónde has de ir que mas te quieran? dijo la tia María.

—¿Qué se me da á mí que me quieran? respondió Marisalada, ¿que hago yo aqui sinó está D. Federico?

—¡Vamos allá! ¿con que no vienes aqui sinó por ver á D. Federico, ingratilla?

—Y sinó, ¿á que había de venir? contestó María; ¿á hallarme con Romo, que tiene los ojos, la cara y el alma todo atravesado?

—¿Con que esto es que quieres mucho á D. Federico? tornó á preguntar la buena anciana.

—Le quiero, respondió María; si no fuera por él, no ponía aqui los pies, por no encontrarme con ese demonio de Romo, que tiene un aguijon en la lengua, como las abispas en la parte de atrás.

—¿Y Ramon Perez? preguntó con chuscada la tia María, como para convencer á D. Modesto de que su protegido podia archivar sus esperanzas.

Marisalada soltó una carcajada. Si ese *Raton Perez* (Momo había puesto este sobrenombre al barberillo) respondió, se cae en la olla, no seré yo la hormiguita que lo canta y lo llora, y sobre todo la que lo escuche cantar; porque su canto me ataca el *sistema nervioso*, como dice D. Federico, que asegura que lo tengo mas tirante que las cuerdas de una guitarra. Verá Vd. como canta ese Raton Perez, tia María.

Cogió Marisalada rápidamente una hoja de pita que estaba en el suelo, y era de las que servian al hermano Gabriel, para poner como biombos contra el viento Norte delante de las tomateras cuando empezaban á nacer; y apoyándola en su brazo, á estilo de una guitarra, se puso á remedar de una manera grotesca los ademanes de Ramon Perez, y

con su singular talento de imitacion y su modo de cantar y hacer gorgoritos, de esta suerte cantó:

¿Qué tienes, hombre de Dios,
Que te vas poniendo flaáááco?
—Es porque puse los ojos
En un castillo muy áááálto!

—Sí, dijo D. Modesto, que recordó las serenatas á la puerta de Rosita; ese pobre Ramon siempre ha puesto alto los ojos.

A D. Modesto no le habian podido disuadir los ulteriores sucesos, de que no fuese Rosita el objeto que atrajo las consabidas serenatas, porque una idea que entraba en la cabeza de D. Modesto, caia como en una alcancía; ni él mismo la podía volver á sacar. Eran las casillas de su entendimiento tan estrechas y bien ordenadas, que una vez que penetraba una idea en la que le correspondía, quedaba encajada, embutida, é incrustada *per in sæcula sæculorum*.

—Me voy, dijo María, tirando la pita, de modo que vino á dar ruidosamente contra fray Gabriel, que vuelto de espalda y agachado, ataba su centésimo vigésimo quinto vencejo.

—¡Jesus! exclamó asombrado fray Gabriel; pero en seguida se volvió á atar sus vencejos, sin añadir palabra.

—¡Que puntería! dijo María riendose: D. Mo-

desto, tómeme Vd. para artillero, cuando logre los cañones para su fuerte.

—Esas no son gracias, María; son chanzas pesadas, que sabes que no me gustan, dijo incomodada la buena anciana. Dime á mí lo que quieras; pero á fray Gabriel déjale en paz, que es el único bien que le ha quedado.

—Vamos, no se enfade Vd., tia María, repuso la Gaviota; consuélese Vd. con pensar, que nada tiene de vidrio fray Gabriel, sino sus espejuelos. Mi Comandante, dígale Vd. á Señá Rosa Mística, que traslade su *amiga* al fuerte de Vd. cuando tenga cañones de veinte y cuatro, para que estén bien guardadas las niñas de las asechanzas del demonio, que se meten en guitarras destempladas. Me voy, porque D. Federico no viene; estoy para mí que está vacunando á todo el lugar, inclusos Señá Mística, el Maestro de escuela y el alcalde.

Pero la buena anciana, que estaba acostumbrada á las maneras desabridas de María, y á la que por lo tanto no herian, la llamó, y le dijo se sentase á su lado.

D. Modesto, que infirió que la buena muger iba á armar sus baterías, fiel á la neutralidad que había prometido, se despidió, dió media vuelta á la derecha, y tocó retirada; pero no sin que la tia María le diese un par de lechugas y un manojo de rábanos.

—Hija mia, dijo la anciana cuando estuvieron

solas; ¿qué no sería, que se casase contigo D. Federico, y que fueses tú así la Señá médica, la mas feliz de las mugeres, con ese hombre que es un San Luis Gonzaga, que sabe tanto, que toca tan bien la flauta, y gana tan buenos cuartos? Estarías vestida como un palmito, comida y bebida como una mayorazga; y sobre todo, hija mia, podrias mantener al pobrecito de tu padre, que se vá haciendo viejo, y es un dolor verle echarse á la mar, que llueva que ventée, para que á tí no te falte nada. Asi D. Federico se quedaría entre nosotros, consolando y aliviando males, como un Angel que es.

María había escuchado á la anciana con mucha atencion, aunque afectando tener la vista distraida: cuando hubo acabado de hablar, calló un rato, y dijo despues con indiferencia:

—Yo no quiero casarme.

—¡Oiga! exclamo tia María, ¿pues acaso te quieres meter monja?

—Tampoco, respondió la Gaviota.

—¿Pues que? preguntó asombrada la tia María, ¿no quieres ser ni carne, ni pescado? ¡No he oido otra! La muger, hija mia, ó es de Dios, ó del hombre; si no, no cumple con su vocacion, ni con la de arriba, ni con la de abajo.

—¿Pues qué quiere Vd., Señora? no tengo vocacion ni para casada ni para monja.

—Pues, hija, repuso la tia María, será tu vocacion la de la mula. A mí, Mariquita, no me gusta nada

de lo que sale de lo regular; en particular á las mugeres, les está tan mal no hacer lo que hacen las demas, que si fuese hombre, le había de huir á una muger así, como á un toro bravo. En fin, tu alma en tu palma; allá te las avengas. Pero, añadió con su acostumbrada bondad, eres muy niña, y tienes que dar mas vueltas que dá una llave. El tiempo quiebra, sin canto ni piedra.

Marisalada se levantó y se fué.

—¡Si! iba pensando, tocándose el pañolon por la cabeza; me quiere; eso ya me lo sabia yo. Pero... como fray Gabriel á la tia María, esto es, como se quieren los viejos. ¿A que no sufría un aguacero en mi reja por no resfriarse? Ahora, si se casa conmigo me hará buena vida; eso si! me dejará hacer lo que me dé gana, me tocará su flauta cuando se lo pida, y me comprará lo que quiera y se me antoje. Si fuera su muger, tendria un pañolon de espumilla, como Quela la hija de tio Juan Lopez, y una mantilla de blonda de Almagro, como la alcaldesa. ¡Lo que rabiarían de envidia! Pero me parece que D. Federico, que se derrite como tocino en sartén, cuando me oye cantar, lo mismo piensa en casarse conmigo, que piensa D. Modesto en casarse con su querida Rosa... de todos los diablos.

En todo este bello monólogo mental, no hubo un pensamiento ni un recuerdo para su Padre, cuyo alivio y bienestar habian sido las primeras razones que habia aducido la tia María!

CAPITULO XII.

Convencida la tia María de que ningun apoyo ni ayuda alguna tenia que aguardar del hombre de influencia, al cual habia querido asociarse en su empresa matrimonial, se determinó á llevarla á cabo por sí y ante sí, segura de vencer las objeciones de María, y las que pudiese poner D. Federico, como Sanson á los filisteos. Nada le arredraba, ni el despego de María, ni la inmovilidad de Stein; porque el amor es perseverante como una hermana de la caridad, y arrojado como un héroe; y el amor era el gran móvil de todo lo que hacia aquella buenísima muger. Asi fué, que sin mas ni mas, le dijo un dia á Stein:

—¿Sabe Vd. D. Federico, que dias atrás estuvo aquí Marisalada, y nos dijo muy clarito, y con esa

gracia que Dios le ha dado, que no venia aquí sinó por Vd? ¿Qué le parece á Vd. de la franqueza?

—Que á ser cierto, seria una ingratitud, y que mi ruiseñor no es capaz de ella: habrá sido una broma.

—Ello es, D. Federico, que barbas mayores quitan menores, y el primer lugar compete á quien compete. ¿Tan mal le sabrá á Vd. que le quieran, señor mio?

—No por cierto, que estamos de acuerdo en aquel axioma que Vd. tanto repite, *amor no dice basta*. Pero... tia María, en querer siempre he sido mejor donador, que no recaudador

—Eso no habla conmigo, exclamó con viveza la buena muger.

—No por cierto, mi querida tia María, respondió Stein tomando y estrechando entre las suyas la mano de la anciana. En sentimientos, estamos en cuenta corriente y pagada; pero en pruebas he quedado muy atrás; ¡ojalá pudiese dar á Vd. alguna de mi cariño y de mi gratitud!

—Pues fácil es, D. Federico, y voy á pedírsela á Vd.

—Desde luego, mi querida tia María, ¿y cuál es esa prueba? Decidlo pronto.

—Que se quede con nosotros, y para eso, que se case Vd., D. Federico: de esta suerte se nos quitaría el contínuo sobresalto en que vivimos, de que se nos quiera Vd., ir á su pais; porque, como dice el refrán: ¿Cuál es tu tierra?—La de mi muger.

Stein se sonrió.

—¿Que me case? dijo; ¿pero con quién, mi buena tia María?

—¿Con quién? ¿con quién habia de ser? con su *ruiseñor*; así tendrá Vd. eterna primavera en el corazon. ¡Es tan guapa, tan sandunguera, está tan amoldada á sus mañas de Vd., que ni ella puede vivir sin Vd., ni Vd. sin ella. ¡Si se están Vds. queriendo como dos tortolillos! que eso salta á la cara.

—Soy viejo para ella, tia María, (respondió Stein suspirando, y sonrojándose al darse cuenta de que en cuanto á él, llevaba razon la buena muger); soy viejo, repitió, para una niña de diez y seis años, y mi corazon es un inválido á quien deseo hacer la vida dulce y tranquila, y no exponerlo á nuevas heridas.

—¡Viejo! exclamó la tia María, ¡qué disparate! ¡Pues si apénas tiene Vd. treinta años! Vamos, que eso es una razon de pié de banco, D. Federico.

—¿Qué más desearia yo, replicó Stein, que disfrutar con una inocente jóven, de la dulce y santa felicidad doméstica, que es la verdadera, la perfecta, la sólida que puede disfrutar el hombre, y que Dios bendice, porque es la que nos ha trazado? Pero, tia María, ella no me puede querer á mí.

—¡Esta es otra que mejor baila! Delicadita de gusto habia de ser, á fé mia, la que á Vd. le hiciese fó, D. Federico. ¡Jesus! no diga Vd. lo contrario:

que parece burla. Pues si la muger que Vd. quiera, ha de ser la mas feliz del mundo entero.

—¿Lo cree Vd. asi, mi buena tia María?

—Como me he de salvar, D. Federico; y la que no lo fuese, era preciso asparla viva.

A la mañana siguiente, cuando llegó Marisalada, al entrar en el patio, se dió de frente con Momo, que sentado sobre una piedra de molino, almorzaba pan y sardinas.

—¿Ya estas ahí, Gaviota? (este fué el suave recibimiento que le hizo Momo); ¡sobre que un dia te hemos de hallar en la olla del potaje! ¿No tienes nada que hacer en tu casa?

—Todo lo dejo yo, respondió María, por venir á ver esa cara tuya, que me tiene hechizada, y esas orejas que te envidia Golondrina. Oyes, ¿sabes porqué teneis vosotros las orejas tan largas? Cuando padre Adan se halló en el paraiso con tanto animal, les dió á cada cual su nombre; á los de tu especie los nombró borricos. Unos dias despues, los juntó, y les fué preguntando á cada cual su nombre; todos respondieron, ménos los de tu casta, que ni su nombre sabian. Dióle tal rabia á padre Adan, que cogiendo al desmemoriado por las orejas, se puso á gritar á la par que tiraba desaforadamente de ellas; te llamas borriiicóóo!

Diciendo y haciendo, habia cogido María las orejas á Momo, y se las tiraba de manera de arrancárselas.

Fué la suerte de María, que al primer berrido que dió Momo, con toda la fuerza de sus anchos pulmones, se le atravesó un bocado de pan y sardina, lo que le ocasionó tal golpe de tos, que ella, ligera como buena gaviota, pudo escaparse del buitre.

—Buenos dias, mi ruiseñor, dijo Stein que al oirla habia salido al patio.

—Por vía del ruiseñor, ¡ehé, ehé, ehé, ehé,! gruñia y tosia Momo, ¡ruiseñor, y es la chicharra mas cansada que ha criado el estío! ¡ehé, ehé, ehé, ehé.

—Ven, María, prosiguó Stein, ven á escribir, y á leer los versos que traduje ayer. ¿No te gustaron?

—No me acuerdo de ellos, respondió María; ¿eran aquellos del pais donde florecen los naranjos? Esos no pegan aquí, donde se han secado por no bastar á su riego las lágrimas de Fray Gabriel. Déjese Vd. de versos, D. Federico, y tóqueme Vd. el Nocturno de Wehber, cuyas palabras son:

—¡Escucha, escucha, amada mia! se oye el canto del ruiseñor; en cada rama, florece una flor; ántes que aquel calle, y estas se ajen, escucha, escucha, amada mia!

—¡Los terminachos que ha aprendido esa Gaviota! murmuraba Momo, y que le sientan como confites á un ajo molinero.

—Despues que leas, tocaré la serenata de Carl de Wehber, dijo Stein, que solo á favor de esta recompensa, podia obligar á María á aprender lo

que queria enseñarle. María tomó con mal gesto el papel que le presentaba Stein, y leyó corrientemente, aunque de mala gana:

AL RETIRO.

(*Traducido del poeta aleman Salis*).

En la suave sombra del retiro hallé la paz, la paz que á un mismo tiempo nos ablanda y fortalece, y que mira tranquila los golpes de la suerte como el Santo mira los sepulcros.

Dulce olvido de la marcha del tiempo, suave alejamiento de los hombres, que llevas á amarlos mas que su trato! tú sacas blandamente de la herida el dardo que en el alma clavó la injusticia.

Aquel que *tolera y aprecia*, aquel qne exige mucho de sí mismo y poco de los demas, para éste brotan las mas suaves hojas del olivo, con las que coronará la moderacion su frente.

En cuanto á mí, corono á mis Penates con loto (1), y los cuidados por el porvenir no se acercan á mis umbrales, pues el hombre cuerdo concreta su felicidad á un estrecho círculo.

—María, dijo Stein cuando esta hubo acabado la lectura; tú, que no conoces al mundo, no puedes graduar cuánta y qué profunda verdad hay en estos versos, y cuánta filosofía. ¿Te acuerdas que te expliqué lo que era filosofía?

—Si Señor, respondió María, la ciencia de ser feliz. Pero en eso, Señor, no hay reglas ni ciencia que valga; cada cual entiende el modo de serlo á su

(1) Loto, planta que simboliza el olvido.—Almez ó almezo.

manera. Don Modesto, en que le pongan cañones á su fuerte, tan ruinoso como él. Fray Gabriel, en que le vuelvan su convento, su Prior y sus campanas; tia María, en que Vd. no se vaya; mi Padre en coger una corbina, y Momo, en hacer todo el mal que pueda.

Stein se echó á reir, y poniendo cariñosamente su mano sobre el hombro de María, —¿y tú, le dijo, en que la haces consistir?

María vaciló un momento sobre lo que habia de contestar, levantó sus grandes ojos, miró á Stein, los volvió á bajar, miró de soslayo á Momo, se sonrió en sus adentros al verle las orejas mas coloradas que un tomate, y contestó al fin.—¿Y Vd. D. Federico, en qué la haría consistir? ¿en irse á su tierra?

—No, respondió Stein.

—¿Pues en qué? prosiguió preguntando María.

—Yo te lo diré, ruiseñor mio, respondió Stein: pero ántes, díme tú en que harías consistir la tuya?

—En oir siempre tocar á Vd., respondió María con sinceridad.

En este momento salió la tia María de la cocina, con la buena intencion de meter el palo en candela; sucediéndole lo que á muchos, que por un exceso de celo, entorpecen las mismas cosas que desean.

—¿No vé Vd., D. Federico le dijo, que guapa moza está Marisalada, y qué corpachon ha echado?

Momo al oir á su Abuela, murmuró guillotinan-

do una sardina,—¡idéntica á la caña de pescar de su Padre! con unas piernas y brazos, que le dan el garbo de un cigarron, tan alta y tan seca, que haría buena tranca para mi puerta, ¡jui!

—Anda, desaborido, rechoncho, que pareces una col sin troncho, repuso la Gaviota á media voz.

—Sí, sí, respondió Stein á la tia María: es bella, sus ojos son el tipo de los tan nombrados de los árabes.

—Parecen dos erizos, y cada mirada una púa, gruñó Momo.

—¿Y esta boca tan hermosa que canta como un serafin? prosiguió la tia María, tomando la cara á su protegida.

—¡Vea Vd.! dijo Momo, una boca como una espuerta, que echa fuera sapos y culebras.

—¿Y tu geta? (dijo María con una rabia, que esta vez no pudo contener); ¿y tu geta espantosa, que no ha llegado de oreja á oreja, porque tu cara es tan ancha, que se cansó á medio camino?

Momo en respuesta, cantó en tres tonos diferentes.

—¡Gaviota! ¡Gaviota! ¡Gaviota!

—¡Romo! ¡Romo! ¡Romo! chato, nariz de rabadilla de pato, cantó María con su magnífica voz.

—¿Es posible, Mariquita, le dijo Stein, que hagas caso de lo que dice Momo solo por molerte? Son sus bromas tontas y groseras, pero sin malicia.

—Alguna de la que á él le sobra, le hace falta á

Vd., D. Federico, respondió María. Y para que Vd. lo sepa, no me dá la gana de aguantar á ese zopenco, mas rudo que un canto, mas bronco que un escambron, y mas áspero que un cuero sin curtir. Asi, me voy.

Diciendo esto, se salió la Gaviota, y Stein la siguió.

—Eres un desvergonzado, dijo la tia María á su nieto; tienes mas hiel en tu corazon, que buena sangre en tus venas: á las faldas, se las respeta, ganso! Pero en todo el lugar hay otro mas díscolo ni mas desamoretado que tú.

—Como está Vd. hecha á la finura de esa pilla de playa, respondió Momo, que me ha puesto las orejas como Vd. las veé, le parecen á Vd. los demás bastos! El demonio que acierte de qué hechizo se ha valido esa agua-mala (1) para cortarle á Vd. y á D. Federico el ombligo. Mire Vd. una gaviota *leia y escrebia*!... ¿quién ha visto eso? Así es que esa gran *jaragana*, que no se cuida de otra cosa en todo el dia, sinó de hacer gorgoritos como el agua al fuego, ni le guisa la comida á su Padre, que tiene que guisársela él mismo, ni le cuida la ropa; de manera que tiene Vd. que cuidársela. Pero su Padre, Don Federico, y Vd. no saben donde ponerla, y quer-

(1) Agua-mala es el nombre vulgar de un pólipo marino, que vive rodeado de una materia glutinosa que flota en el mar, y cuyo contacto produce un escozor en la piel, parecido al que causa el de la ortiga.

rian que Su Santidad la santificara. ¡Ella dará el pago! ella dará el pago! y sinó el tiempo! Cria cuervos....

Stein habia alcanzado á Marisalada, y le decia:

—¿De qué sirve, Mariquita, cuanto he procurado ilustrar tu entendimiento, si no has llegado siquiera á adquirir la poca superioridad necesaria para sobreponerte á necedades sin valor ni importancia?

—Oiga Vd., D. Federico, contestó María, yo entiendo que la superioridad me ha de valer para que por ella me tengan en mas, y no en ménos.

—Válgame Dios, María, ¿es posible que así trueques los frenos? La superioridad enseña cabalmente á no engreirse con lauros, y á no rebelarse contra injusticias. Pero esas son, añadió sonriéndose, cosas de tu edad casi infantil, y de tu efervescente sangre meridional. Tú habrás aprendido, cuando tengas canas como yo, el poco valor de esas cosas. ¿Has notado que tengo canas, María?

—Sí, respondió esta.

—Pues mira, bien jóven soy; pero el sufrir madura pronto la cabeza. Mi corazon ha quedado jóven, María; y te ofreceria flores de primavera, si no temiese te asustasen las tristes señales de invierno que ciñen mi frente.

—Verdad es, respondió Maria, (que no pudo contener su natural impulso), que un novio con canas, no pega.

—Bien lo pensé así! dijo Stein con tristeza; mi corazon es leal, y la tia María se engañó cuando al ásegurarme posible la felicidad, hizo nacer en él esperanzas, como nace la flor del aire, sin raices, y solo al soplo de la brisa.

María, que echó de ver que habia rechazado con su aspereza, á una alma demasiado delicada para insistir, y á un hombre bastante modesto para persuadirse de que aquella sola objecion bastaba para anular sus demás ventajas, dijo precipitadamente:

—Si un novio con canas no pega, un marido con canas no asusta.

Stein quedó sumamente sorprendido de esta brusca salida, y aun más, de la decision é impasibilidad con que se hacia. Luego, se sonrió, y la dijo:

—¿Te casarías, pues, conmigo, bella hija de la naturaleza?

—¿Por qué no? respondió la Gaviota.

—María, dijo conmovido Stein, la que admite á un hombre para marido, y se aviene á unirse á él para toda la vida, ó mejor dicho, á hacer de dos vidas una, como en una antorcha, dos pábilos forman una misma llama, le favorece mas, que la que le acoge por amante.

—¿Y para qué sirven, dijo María con mezcla de inocencia y de indiferencia, los peladeros de pava en la reja? ¿á qué sirven los guitarréos, si tocan y cantan mal, sino para ahuyentar los gatos?

Habian llegado á la playa, y Stein suplicó á María se sentase á su lado, sobre unas rocas. Callaron largo rato: Stein estaba profundamente conmovido; María, aburrida, habia tomado una varita, y dibujaba con ella figuras en la arena.

—¡Cómo habla la naturaleza al corazon del hombre! dijo al fin Stein; ¡qué simpatía une á todo lo que Dios ha creado! Una vida pura es como un dia sereno; una vida de pasiones desenfrenadas, es como un dia de tormenta. Mira esas nubes, que llegan lentas y oscuras, á interponerse entre el sol y la tierra: son como el deber, que se interpone entre el corazon y un amor ilícito, dejando caer sobre el primero sus frias, pero claras y puras emanaciones. ¡Dichoso el terreno sobre el que no resbalan! Pero nuestra felicidad será inalterable como el cielo de mayo; porque tú me querrás siempre, ¿no es verdad, María?

María, en cuya alma tosca y áspera no esperimentaba la poesía ni hácia los sentimientos ascéticos de Stein, no tenia ganas de responder; pero como tampoco podia dejar de hacerlo, escribió en la arena con la varita, con que distraia su ócio, la palabra «¡*Siempre*!»

Stein tomó el fastidio por modestia, y prosiguió conmovido:

—Mira la mar: ¿oyes cómo murmuran sus olas con una voz tan llena de encanto y de terror? parecen murmurar graves secretos, en una lengua

desconocida. Las olas son, María, aquellas sirenas seductoras y terribles, en cuya creacion fantástica las personificó la florida imaginacion de los griegos: seres bellos y sin corazon, tan seductores como terribles, que atraian al hombre con tan dulces voces para perderle. Pero tú, María, no atraes con tu dulce voz, para pagar con ingratitud; no: tú serás la sirena en la atraccion, pero no en la perfidia. ¿No es verdad, María, que nunca serás ingrata?

—¡*Nunca*! escribió María en la arena; y las olas se divertian en borrar las palabras que escribia María, como para parodiar el poder de los dias, olas del tiempo, que van borrando en el corazon, cual ellas en la arena, lo que se asegura tener grabado en él para siempre.

—¿Porqué no me respondes con tu dulce voz? dijo Stein á María.

—¿Qué quiere Vd., D. Federico? contestó ésta, se me anuda la garganta para decirle á un hombre que lo quiero. Soy seca y descastada, como dice la tia María, que no por eso deja de quererme; cada uno es como Dios lo ha hecho. Soy como mi Padre; palabras, pocas.

—Pues si eres como tu Padre, nada mas deséo, porque el buen tio Pedro,—diré mi Padre, María—tiene el corazon mas amante que abrigó pecho humano. Corazones como el suyo, solo laten en los diáfanos pechos de los ángeles, y en los de los hombres selectos.

—¡Selecto mi Padre! dijo para sí María, pudiendo apénas contener una sonrisa burlona. ¡Anda con Dios! mas vale que así le parezca.

—Mira, María, dijo Stein acercándose á ella; ofrezcamos á Dios nuestro amor puro y santo: prometámosle hacérselo grato con la fidelidad en el cumplimiento de todos los deberes que impone; cuando está consagrado en sus aras; y deja que te abrace como á mi muger, y á mi compañera.

—¡Eso no! dijó María dando un rápido salto atrás, y arrugando el entrecejo, ¡á mí no me toca nadie!

—Bien está, mi bella esquiva, repuso Stein con dulzura; respeto todas las delicadezas, y me someto á todas tus voluntades. ¿No es acaso, como dice uno de vuestros antiguos y divinos Poetas, la mayor de las felicidades, la de *obedecer amando*?

CAPITULO XIII.

El agradecimiento que sentia el pescador hacia el que habia salvado á su hija, se habia convertido al verle tan interesado por ella, en una amistad exaltada, que solo podia compararse á la admiracion que excitaban en él las grandes prendas que adornaban á Stein.

Desde que se conocieron el tosco marinero y el ilustrado estudiante, habian congeniado; porque las personas de buenos y análogos sentimientos sienten tal atraccion cuando se ponen en contacto, que venciendo las distancias, desde luego se saludan hermanas.

Asi fué que cuando se le ofreció por yerno, el buen Padre enmudeció, profundamente conmovido por el gozo que sintió en su corazon, y solo suplicó á Stein cogiéndole la mano, que, por Dios, se quedasen á vivir en la choza; en lo que consintió Stein

de mil amores. Entonces el pescador pareció recobrar las fuerzas y la agilidad de su juventud, para emplearlas en mejorar, asear y primorear su habitacion. Despejó el pequeño desván, al que se retiró, dejando los cuartitos del segundo piso para sus hijos. Enlució las paredes, las enjalbegó, aplanó el suelo, y lo cubrió despues con una primorosa estera de palma, que al efecto tejió, encargando á la tia María el sencillo ajuar correspondiente.

Grande fué igualmente el regocijo que causó la noticia del casamiento de Stein en todas las personas que le conocian y le amaban. La tia María, de puro gozo no pudo dormir en tres noches. Pronosticó, que puesto que D. Federico iba á residir en aquel pais, ninguno de sus habitantes moriría sino de viejo.

Fray Gabriel se manifestó tan contento de aquella resolucion, y sobre todo de ver á la tia María tan alegre, que abundando en los sentimientos de ésta, se aventuró á soltar un gracejo, que fué el primero y el último de su vida. En voz baja dijo que el señor Cura iba á olvidarse del *De profundis*.

Tanto agradó este chiste á la tia María, que por espacio de quince dias, no habló con alma viviente, á quien despues de los buenos dias, no se lo refiriese, en honra y gloria de su protegido. Y á él le causó tal embarazo el asombroso éxito de su chiste, que hizo voto de no caer en semejante tentacion en todo el resto de su vida.

D. Modesto fué de opinion que la Gaviota habia ganado el premio grande de la lotería, y la gente del lugar, el segundo; porque él no se hallaría manco si se hubiese encontrado en el sitio de Gaeta, un cirujano tan hábil como Stein.

La opinion de Dolores fué, que si el pescador habia dado dos veces la vida á su hija, la voluntad de Dios le habia dado dos veces la felicidad, proporcionándole tal Padre y tal marido.

Manuel observó que habia una torta en el cielo reservada para los maridos que no se arrepintiesen de serlo; y que hasta ahora nadie le habia metido el diente. Su mujer le respondió que eso era porque los maridos no entraban allí, habiéndolo prometido asi San Pedro á Santa Genoveva.

En cuanto á Momo, sostuvo que una vez que la Gaviota habia encontrado marido, bien podia la epidemia no perder las esperanzas.

Rosa Mística lo tomó por otro estilo. María habia aumentado el catálogo de sus agravios con uno de fecha reciente. Habia llegado el mes de María, y en el culto que se le tributaba, algunas devotas se reunian á cantar coplas en honor de la Vírgen, acompañadas por un mal clavicordio que tocaba el viejo y ciego organista. Rosita presidia esta sociedad filarmónica y religiosa. Algunas voces puras y agradables, se unian en este concierto á la suya, que no dejaba de ser áspera y chillona. Rosa, que no podia desconocer la admirable aptitud de Mari-

salada, impuso silencio á sus antiguos resentimientos, en obsequio del mes de María, y pensó en aprovecharse de la mediacion de D. Modesto, para que la hija del pescador tomase parte en aquel coro virginal.

D. Modesto agarró el baston, y se puso en marcha.

Marisalada, que no la echaba de devota, y que no se cuidaba mucho de ejercer su habilidad bajo aquel maestro *al cembalo*; respondió al veterano con un *no* pelado sin preámbulo y sin epílogo.

Este monosílabo aterró á D. Modesto mas que una descarga de artillería; y no supo que hacer.

Era D. Modesto uno de aquellos hombres que tienen bastante buen corazon para desear sinceramente el bien de sus amigos, pero no poseen el valor necesario para contribuir á su logro, ni imaginacion bastante fecunda para hallar los medios de conseguirlo.

—Tio Pedro, dijo al pescador despnes de aquel perentorio rechazo: ¿Sabe Vd. que me tiemblan las carnes? ¿Qué dirá Rosita? ¿Qué dirá el padre Cura? ¿Qué dirá todo el pueblo? ¿No podria Vd. hallar medio de convencerla.

—¡Si no quiere! ¿qué le hago? respondió el pescador.

De modo que el pobre D. Modesto tuvo que resignarse á ser el portador de tan triste embajada, la cual no solo debia ofender, sino escandalizar á su mística patrona.

—Mil veces mas quisiera, decia volviendo á Villamar, presentarme delante de todas las baterías de Gaeta, que delante de Rosita, con este *nó* en la boca. ¡Jesus, cómo se va á poner!

Y tenia razon; porque en vano adornó Don Modesto su mensaje con un exordio modificador; en vano lo comentó con notas explicativas; en vano lo exornó con verbosas paráfrasis; no por esto dejó de ofender mucho á Rosita, la cual exclamó en tono sentencioso:

—Quien recibe dones del cielo, y no los empléa en su servicio merece perderlos.

Asi fué, que cuando supo el proyectado casamiento, dijo, dando un suspiro, y alzando los ojos al cielo:

—¡Pobre D. Federico! ¡Tan bueno, tan piadoso, tan bendito! Dios los haga felices, como hacerlo puede, ya que nada es imposible á su omnipotencia.

Momo, con su acostumbrada mala intencion, tuvo el gusto de dar la noticia del casamiento á Ramon Perez.

—Oye, Raton Perez, le dijo, ya puedes comer cebolla, hasta hartarte, que á D. Federico le ha tentado el diablo, y se casa con la Gaviota.

—¿De veras? exclamó consternado el barbero.

—¿Te asombras? mas me asombré yo; ¡sobre que hay gustos que merecen palos! ¡Mire Vd., prendarse de esa descastada, que parece una culebra en pié, echando centellas por los ojos, y veneno por

la boca! Pero en D. Federico, se cumplió aquello de que *quien tarde casa, mal casa.*

—No me asombro, repuso Ramon Perez, de que D. Federico la quiera; sino de que Marisalada quiera á ese desgavilado, que tiene pelo de lino, cara de manzana, y ojos de pescado. Que no haya tenido presente esa ingrata de que ¡*quien lejos se vá á casar, ó vá engañado, ó vá á engañar*!

—A fé que no será lo primero, porque lo que es él es un hombre de los buenos; no hay que decir. Pero esa mariparda lo ha engatusado con su canto, que dura desde que echa el sol sus luces, hasta que las recoge; pues no hace *naita* más. Ya se lo dije yo: D. Federico, dice el refran, *toma casa con hogar, y mujer que sepa hilar*; y no ha hecho caso: es un Juan Lanas. En cuanto á tí, Raton Perez, te has quedado con mas narices que un pez espada.

—Siempre se ha visto, (contestó el barbero dando tan brusca vuelta á la clavija de su guitarra que saltó la prima) que de fuera vendrá, quien de casa nos echará. Pero has de saber tú, Romo, que á mí se me dá tres pitos. Tal dia hará un año; á Rey muerto, Rey puesto.

Y poniéndose á rasguear furiosamente la guitarra, cantó con voz arrogante:

Dicen que tú no me quieres,
No me dá pena maldita;

Que la mancha de la mora
Con otra verde se quita.

Si no me quieres á mí,
Se me dá tres caracoles;
Con ese mismo dinero
Compro yo nuevos amores.

CAPITULO XIV.

El casamiento de Stein y la Gaviota se celebró en la iglesia de Villamar. El pescador llevaba en lugar de su camisa de bayeta colorada, una blanca muy almidonada, y una chaqueta nueva de paño azul basto; con cuyas galas estaba tan embarazado, que apénas podia moverse.

D. Modesto, que era uno de los testigos, se presentó con toda la pompa de un uniforme viejo y raido á fuerza de cepillazos, el que habiendo su dueño enflaquecido, le estaba anchísimo. El pantalon de mahon, que Rosa Mística habia lavado por milésima vez, pasándolo por agua de paja, que por desgracia, no era el agua de Juvencio, se habia encogido de tal modo, que apénas le llegaba á media pierna. Las charreteras se habian puesto de color de cobre. El tricornio, cuyo erguido aspecto no

habian podido alterar ocho lustros de duracion, ocupaba dignamente su elevado puesto. Pero al mismo tiempo brillaba sobre el honrado pecho del pobre inválido la cruz de honor ganada valientemente en el campo de batalla, como un diamante puro en un engaste deteriorado.

Las mujeres, segun el uso, asistieron de negro á la ceremonia; pero mudaron de traje para la fiesta. Marisalada iba de blanco. Tia María y Dolores llevaban vestidos, que Stein les habia regalado para aquella ocasion. Eran de tejido de algodon, traido de Gibraltar, de contrabando: el dibujo, el que entónces estaba de moda, y se llamaba *Arco Iris*, por ser una reunion de los colores mas opuestos y ménos capaces de armonizar entre sí. No parecia sino que el fabricante habia querido burlarse de sus consumidores andaluces. En fin, todos se compusieron y engalanaron, excepto Momo, que no quiso molestarse en una ocasion como aquella; lo que dió motivo á que la Gaviota le dijese:

—Has hecho bien, gaznápiro; por aquello de que «aunque la mona se vista de seda, mona se queda.» La misma falta haces tú en mi boda, que los perros en misa.

—¿Si te habrás figurado tú, que por ser *méica* dejas de ser Gaviota; repuso Momo, y que por estar recompuesta, estás bonita? Si, ¡bonita estás con ese vestido blanco! Si te pusieras un gorro colorado, parecerías un fósforo.

Y en seguida se puso á cantar con destemplada voz:

Eres blanca como el cuervo,
Y bonita como el hambre,
Coloráá como la cera,
Y gorda como el alambre.

Marisalada repostó en el acto:

Tienes la boca,
Que parece un canasto
De colar ropa:
Con unos dientes,
Que parecen zarcillos
De tres pendientes.

y le volvió la espalda.

Momo, que no era hombre que se quedase atrás, en tratándose de insolencias y denuestos, replicó con coraje:

—Anda, anda, á que te echen la bendicion; que será la primera que te hayan echado en tu vida, y que estoy para mí que será la última.

Celebróse la boda en el pueblo, en la casa de la tia María, por ser demasiado pequeña la choza del pescador para contener tanta concurrencia. Stein, que habia hecho algunos ahorros en el ejercicio de su profesion (aunque hacia de valde la mayor parte de las curas) quiso celebrar la fiesta en grande, y que hubiese diversion para todo el mundo: por consiguiente se llegaron á reunir hasta tres guitar-

ras, y hubo abundancia de vino, mistela, bizcochos y tortas. Los concurrentes cantaron, bailaron, bebieron, gritaron; y no faltaron los chistes y agudezas propias del pais.

La tia María iba, venia, servia las bebidas, sostenía el papel de madrina de la boda, y no cesaba de repetir:

Estoy tan contenta, como si fuera yo la novia.

A lo que fray Gabriel añadía indefectiblemente.

—Estoy tan contento, como si fuera yo el novio.

—Madre, le dijo Manuel, viéndola pasar á su lado; muy alegre es el color de ese vestido para una viuda.

—Cállate, mala lengua, respondió su Madre. Todo debe ser alegre en un dia como hoy: además, que á caballo regalado, no se le mira el diente. Hermano Gabriel, vaya esta copa de mistela, y esta torta. Eche Vd. un brindis á la salud de los novios, ántes de volver al convento.

—Brindo á la salud de los novios ántes de volver al convento, dijo fray Gabriel.

Y despues de apurada la copa, se escurrió, sin que nadie, excepto la tia María, hubiese echado de ver su presencia, ni notado su ausencia.

La reunion se animaba por grados.

—¡Bomba! gritó el sacristan, que era bajito, encogido y cojo.

Calló todo el mundo al anuncio del brindis de aquel personaje.

—Brindo, dijo, á la salud de los recien casados,

á la de toda la honrada compañía, y por el descanso de las ánimas benditas!

—¡Bravo! bebamos, y viva la Mancha, que dá vino en lugar de agua!

—A tí te toca, Ramon Perez; echa una copla, y no guardes tu voz para mejor ocasion.

Ramon cantó;

Parabien á la novia
Le rindo y traigo:
Pero al novio no puedo,
Sinó envidiarlo.

—¡Bien, salero! gritaron todos. Ahora el fandango, y á bailar.

Al oir el preludio del baile eminentemente nacional, un hombre y una mujer se pusieron simultáneamente en pié, colocándose uno en frente de otro. Sus graciosos movimientos se ejecutaban casi sin mudar de sitio, con un elegante balancéo de cuerpo, y marcando el compás con el alegre repiquetéo de las castañuelas. Al cabo de un rato, los dos bailarines cedian sus puestos á otros dos, que se les ponian delante, retirándose los dos primeros. Esta operacion se repetía muchas veces, segun la costumbre del pais.

Entretanto, el guitarrista cantaba:

Por el sí que dió la niña
A la entrada de la iglesia,
Por el sí que dió la niña,
Entró libre, y salió presa.

—¡Bomba! gritó de pronto uno de los que la echaban de graciosos. Brindo por ese *cúralo-todo* que Dios nos ha enviado á esta tierra, para que todos vivamos mas años que Matusalen; con condicion de que, cuando llegue el caso, no trate de prolongar la vida de mi mujer, y mi purgatorio.

Esta ocurrencia ocasionó una explosion de vivas y palmadas.

—Y ¿qué dices tú á todo esto, Manuel? le gritaron todos.

—Lo que yo digo, repuso Manuel, es que no digo nada.

—Esa no pasa. Si has de estar callado, véte á la iglesia. Echa un brindis, y espabílate.

Manuel tomó un vaso de mistela, y dijo:

—Brindo por los novios, por los amigos, por nuestro Comandante y por la resurreccion del San Cristóbal.

—¡Viva el Comandante, viva el Comandante! gritó todo el concurso; y tú, Manuel, que lo sabes hacer, echa una copla.

Manuel cantó la siguiente:

Mira, hombre, lo que haces
Casándote con bonita;
Hasta que llegues á viejo,
El susto no te se quita.

Despues que se hubieron cantado algunas otras coplas, dijo el que la echaba de gracioso:

—Manuel, cantan esos unos despilfarros, que no llevan idéa ni consonante: tú que sabes decir las cosas en buen versaje, y más cuando estás calamocano, echa una décima en regla á los novios, y toma este vaso de vino para que te se ponga la lengua *espeita*.

Manuel tomó el vaso de vino, y dijo:

Ven acá, quita-pesares,
Alivio de mi congoja:
Criado entre verde hoja,
Y pisado en los lagares;
Te pido de que me aclares
Esta garganta y galillo
Para brindar á los novios
Empinando este vasillo.

—Ahora te toca á tí, Ramon del diablo, ¿te ha embotado el licor la garganta? estás mas soso que una ensalada de tomates.

Ramon tomó la guitarra, y cantó:

Cuando la novia vá á misa
Y yo la llego á encontrar;
Toda mi dicha es besar
La dura tierra que pisa.

Habiendo sucedido á esta copla, otra que *verdeaba*, la tia María se acercó á Stein, y le dijo:

—D. Federico, el vino empieza á explicarse; son las doce de la noche, los chiquillos están solos en casa con Momo y Fray Gabriel, y me temo que Ma-

nuel empine el codo mas de lo regular: el tio Pedro se ha dormido en un rincon, y no creo que seria malo tocar la retirada. Los burros están aparejados. ¿Quiere Vd. que nos despidamos á la francesa?

Un momento despues, las tres mujeres cabalgaban sobre sus burras hácia el convento. Los hombres las acompañaban á pie, entretanto que Ramon, en un arrebato de celos y despecho, al ver partir á los novios, rasgueando la guitarra con unos bríos insólitos, berreaba mas bien que cantaba la siguiente copla:

Tú me distes calabazas;
Me las comí con tomates:
Mas bien quiero calabazas,
Que no entrar en tu linaje.

—¡Qué hermosa noche! decia Stein á su mujer, alzando los ojos al cielo. Mira ese cielo estrellado, mira esa luna en todo su lleno, como yo estoy en el lleno de mi dicha! Como mi corazon, nada le falta, ni nada echa ménos!

—¡Y yo que me estaba divirtiendo tanto! respondió María impaciente; no sé por que dejamos tan temprano la fiesta.

—Tia María, decía Pedro Santaló á la buena anciana, ahora sí que podemos morir en paz.

—Es cierto, respondió ésta; pero tambien podemos vivir contentos, y esto es mejor.

—¿Es posible que no sepas contenerte, cuando

tomas el vaso en la mano? decía Dolores á su marido. Cuando sueltas las velas, no hay cable que te sujete.

—¡Caramba! replicó Manuel. Si me he venido, ¿qué mas quieres? Si hablas una palabra mas, viro de bordo, y me vuelvo á la fiesta.

Distinguíanse aun los cantos de los bebedores:

—¡Viva la Mancha que da vino en lugar de agua!

Dolores calló, temerosa de que Manuel realizase su amenaza.

—José, dijo Manuel á su cuñado, que tambien era de la comitiva; ¿está la luna llena?

—Por supuesto que sí, repuso el pastor. ¿No le ves lo que le está saliendo del ojo? ¿á qué no sabes lo que es?

—Será una lágrima, dijo Manuel riendo.

—No es sinó un hombre.

—¡Un hombre! exclamó Dolores plenamente convencida de lo que decía su hermano. ¿Y quién es ese hombre?

—No sé, respondió el pastor; pero sé como se llama.

—¿Y cómo se llama? preguntó Dolores.

—Se llama Vénus, repuso José.

Manuel soltó la carcajada. Habia bebido mas de lo regular, y tenia el vino alegre, como suele decirse.

—D. Federico, dijo Manuel: ¿quiere Vd. que le dé un consejo, como mas antiguo en la cofradía?

—Calla, por Dios, Manuel, le dijo Dolores.

—¿Quieres dejarme en paz? sinó, vuelvo grupa. Oiga Vd., D. Federico. En primer lugar, á la mujer y al perro, el pan en una mano, y el palo en la otra.

—Manuel, repitió Dolores.

—¿Me dejas en paz, ó me vuelvo? contestó Manuel; Dolores calló.

—D. Federico, prosiguió Manuel; casamiento y señorío, ni quieren fuerza, ni quieren brío.

—Hazme el favor de callar, Manuel, le interrumpió su Madre.

—Tambien es fuerte cosa, gruñó Manuel. No parece sinó que estamos asistiendo á un entierro.

—¿No sabes, Manuel, observó el pastor, que á D. Federico no le gustan esas chanzas?

—D. Federico, dijo Manuel, despidiéndose de los novios, que seguian hácia la choza; cuando Vd. se arrepienta de lo que acaba de hacer, nos juntarémos, y cantarémos á dos voces la misma letra.

Y siguió hácia el convento, oyéndose en el silencio de la noche, su clara y buena voz, que cantaba:

Mi muger y mi caballo
Se me murieron á un tiempo.
¡Qué muger, ni qué demonio!
Mi caballo es lo que siento.

—Véte á acostar, Manuel, y *liberal*, le dijo su Madre cuando llegaron.

—De eso cuidará mi mujer, respondió este. ¿No es verdad, morena?

—Lo que yo quisiera es que estuvieses dormido ya, contestó Dolores.

—¡Mentira! ¡cómo habias tú de querer guardarte en el buche el sermon sin paño, que me tengo que zampar yo, entre duerme y vela, si he de dormir en cama! ¡fácil era!

—¿Y no sabes tú taparle la boca? le dijo riendo su cuñado.

—Oye, José, contestó Manuel, ¿has hallado tú entre las breñas ó cuevas del campo, lo que á una mujer pueda tapar la boca? Mira que si lo has hallado no faltará quien te lo compre á peso de oro; por esos mundos no lo he encontrado ni conocido en la vida de Dios.

Y se puso á cantar:

Mas fácil es apagarle
Sus rayos al sol que abrasa,
Que atajarle la sin hueso
A una muger enojada.

No sirve el halago,
Ni tampoco el palo;
Ni sirve ser bueno,
Ni sirve ser malo.

CAPITULO XV.

Tres años habian transcurrido. Stein, que era uno de los pocos hombres que no exijen mucho de la vida, se creía feliz. Amaba á su mujer con ternura; se habia apegado cada dia mas á su suegro, y á la excelente familia que le habia acogido moribundo, y cuyo buen afecto no se habia desmentido jamás. Su vida uniforme y campestre estaba en armonía con los gustos modestos y el temple suave y pacífico de su alma. Por otra parte, la monotonía no carece de atractivos. Una existencia siempre igual es como el hombre que duerme apaciblemente y sin soñar; como las melodías compuestas de pocas notas, que nos arrullan tan blandamente. Quizás no hay nada que deje tan gratos recuerdos, como lo monótono, ese encadenamiento sucesivo de dias,

ninguno de los cuales se distingue del que le sigue, ni del que le precede.

¡Cual no sería, pues, la sorpresa de los habitantes de la cabaña, cuando vieron venir una mañana á Momo, corriendo, azorado, y gritando á Stein, que fuese, sin perder un instante, al convento!

—¿Ha caido enfermo alguno de la familia? preguntó Stein asustado.

—No, respondió Momo; es un Usía que le dicen su *Esencia*, que estaba cazando en el coto jabalíes y venados, con sus amigos; y al saltar un barranco, resbaló el caballo, y los dos cayeron en él. El caballo reventó, y la *Esencia* se ha quebrado cuantos huesos tiene su cuerpo. Le han llevado allá en unas parihuelas, y aquello se ha vuelto una Babilonia. Parece el dia del juicio. Todos andan desatentados, como rebaño en que entra el lobo. El único que está cariparejo, es el que dió el batacazo. Y un real mozo que es, por mas señas. Allí andaban todos aturrullados sin saber que hacer. Madre abuela les dijo que habia aqui un cirujano de los pocos; mas ellos no lo querian creer. Pero como para traer uno de Cádiz, se necesitan dos dias, y para traer uno de Sevilla, se necesitan otros tantos, dijo su Esencia que lo que queria, era que fuese allá el recomendado de mi Abuela; y para eso he tenido que venir yo: pues no parece sino cue ni en el mundo ni en la vida de Dios, hay de quien echar

mano sinó de mí. Ahora le digo á Vd. mi verdad: si yo fuera que Vd., ya que me habian despreciado, no iba ni á dos tirones.

—Aunque yo fuese capaz, respondió Stein, de infringir mi obligacion de cristiano, y de profesor, necesitaría tener ún corazon de bronce para ver padecer á uno de mis semejantes sin aliviar sus males pudiendo hacerlo. Además, que esos caballeros no pueden tener confianza en mí, sin conocerme; y esto no es ofensa: ni aun lo sería, si no la tuviesen, conociéndome.

Con esto llegaron al convento.

La tia María, que aguardaba á Stein con impaciencia, le llevó á donde estaba el desconocido. Habíanle puesto en la celda prioral, donde apresuradamente, y lo mejor que se pudo, se le habia armado una cama. La tia María y Stein atravesaron la turba multa de criados y cazadores que rodeaban al enfermo. Era este un jóven de alta estatura. En torno de su hermoso rostro, pálido, pero tranquilo, caian los rizos de su negra cabellera. Apénas le hubo mirado Stein, lanzó un grito, y se arrojó hácia él: pero temeroso de tocarle, se detuvo de pronto, y cruzando sus manos trémulas, exclamó:

—¡Dios mio, Señor Duque!

—¿Me conoce Vd.? preguntó el Duque; porque, en efecto, la persona que Stein habia reconocido, era el Duque de Almansa.

—¿Me conoce Vd.? repitió alzando la cabeza, y fi-

jando en Stein sus grandes ojos negros, sin poder caer en quien era el que le dirijia la palabra.

—¡No se acuerda de mí! murmuró Stein, mientras que dos gruesas lagrimas corrian por sus mejillas. No es extraño: las almas generosas olvidan el bien que hacen, como las agradecidas conservan eternamente en la memoria el que reciben.

—¡Mal principio! dijo uno de los concurrentes Un cirujano que llora; estamos bien!

—¡Qué desgraciada casualidad! añadió otro.

—Señor Doctor, dijo el Duque á Stein, en vuestras manos me pongo. Confío en Dios, en vos, y en mi buena estrella. Manos á la obra, y no perdamos tiempo.

Al oir estas palabras, Stein levantó la cabeza; su rostro quedó perfectamente sereno, y con un ademan modesto, pero imperativo y firme, alejó á los circunstantes. En seguida examinó al paciente con mano hábil y práctica en este género de operaciones: todo con tanta seguridad y destreza, que todos callaron, y solo se oia en la pieza el ruido de la agitada respiracion del paciente.

—El señor Duque, (dijo el cirujano, despues de haber concluido su exámen), tiene el tobillo dislocado y la pierna rota, sin duda por haber cargado en ella todo el peso del caballo. Sin embargo, creo que puedo responder de la completa curacion.

—¿Quedaré cojo? preguntó el Duque.

—Me parece que puedo asegurar que no.

—Hacedlo así, continuó el Duque, y diré que sois el primer cirujano del mundo.

Stein, sin alterarse, mandó llamar á Manuel, cuya fuerza y docilidad le eran conocidas, y de quien podia disponer con toda seguridad. Con su auxilio, empezó la cura, que fué ciertamente terrible; pero Stein parecia no hacer caso del dolor que padecia el enfermo, y que casi le embargaba el sentido. Al cabo de media hora, reposaba el Duque, dolorido, pero sosegado. En lugar de muestras de desconfianza y recelo, Stein recibia de los amigos del personaje enhorabuenas cumplidas y pruebas de aprecio y admiracion; y él, volviendo á su natural modesto y tímido, respondia á todos con cortesías. Pero quien se estaba bañando en agua rosada, era la tia María.

—¿No lo decia yo? repetia sin cesar á cada uno de los presentes; ¿no lo decia yo?

Los amigos del Duque, tranquilizados ya, á ruegos de éste, se pusieron en camino de vuelta. El paciente habia exigido que le dejasen solo, bajo la tutela de su hábil doctor, su antiguo amigo, como le llamaba, y aun despidió á casi todos sus criados.

Asi él y su médico pudieron renovar conocimiento á sus anchas. El primero era uno de aquellos hombres elevados y poco materiales, en quienes no hacen mella el hábito ni la aficion al bienestar físico; uno de los seres privilegiados, que se levantan sobre el nivel de las circunstancias, no en

ímpetus repentinos y eventuales, sino constantemente, por energía característica, y en virtud de la inatacable coraza de hierro, que se simboliza en el *¿qué importa?*; uno de aquellos corazones que palpitaban bajo las armaduras del siglo XV, y cuyos restos solo se encuentran hoy en España.

Stein refirió al Duque sus campañas, sus desventuras, su llegada al convento, sus amores y su casamiento. El Duque lo oyó con mucho interés; y la narracion le inspiró deseo de conocer á Marisalada, al pescador, y la cabaña que Stein estimaba en mas que un espléndido pálacio. Así es que en la primera salida que hizo, en compañía de su médico, se dirigió á la orilla del mar. Empezaba el verano; y la fresca brisa, puro soplo del inmenso elemento, les proporcionó un goce suave en su romería. El fuerte de San Cristóbal parecia recien adornado con su verde corona, en honra del alto personaje, á cuyos ojos se ofrecia por primera vez. Las florecillas que cubrian el techo de la cabaña, en imitacion de los jardines de Semíramis, se acercaban unas á otras, mecidas por las auras, á guisa de doncellas tímidas, que se confian al oido sus amores. La mar impulsaba blanda y pausadamente sus olas hácia los piés del Duque, como para darle la bienvenida. Oíase el canto de la alondra, tan elevada, que los ojos no alcanzaban á verla. El Duque, algo fatigado, se sentó en una peña. Era poeta, y gozaba en silencio de aquella hermosa es-

cena. De repente sonó una voz, que cantaba una melodía sencilla y melancólica. Sorprendido el Duque, miró á Stein, y éste se sonrió. La voz continuaba.

—Stein, dijo el Duque, ¿hay sirenas en estas olas, ó ángeles en esta atmósfera!

En lugar de responder á esta pregunta, Stein sacó su flauta, y repitió la misma melodía.

Entónces el Duque vió que se les acercaba medio corriendo, medio saltando, una jóven morena, la cual se detuvo de pronto al verle.

—Esta es mi mujer, dijo Stein; mi María.

—Que tiene, dijo el Duque entusiasmado, la voz mas maravillosa del mundo. Señora, yo he asistido á todos los teatros de Europa; pero jamás han llegado á mis oidos, acentos que más hayan excitado mi admiracion.

Si el cútis moreno, inalterable y terso de María, hubiera podido revestirse de otro colorido, la púrpura del orgullo y de la satisfaccion se habria hecho patente en sus mejillas, al escuchar estos exaltados elogios en boca de tan eminente personaje y competente juez. El Duque prosiguió:

—Entre los dos poseeis cuanto es necesario para hacerse camino en el mundo. ¿Y quereis permanecer enterrados en la oscuridad y el olvido? No puede ser: el no hacer participar á la sociedad de vuestras ventajas, repito que no puede ser, ni será.

—¡Somos aquí tan felices, señor Duque! respondió Stein; que cualquiera mudanza que hiciera en

mi situacion, me pareceria una ingratitud á la suerte.

—Stein, exclamó el Duque, ¿dónde está el firme y tranquilo denuedo que admiraba yo en vos, cuando navegábamos juntos á bordo del *Royal Sovereign*? ¿Qué se ha hecho de aquel amor á la ciencia, de aquel deseo de consagrarse á la humanidad afligida? ¿Os habeis dejado enervar por la felicidad? ¿Será cierto que la felicidad hace á los hombres egoistas?

Stein bajó la cabeza.

—Señora, continuó el Duque; á vuestra edad, y con esas dotes, ¿podeis decidiros á quedaros para siempre apegada á vuestra roca, como esas ruinas?

María, cuyo corazon palpitaba impulsado por intensa alegría y por seductoras esperanzas, respondió sin embargo, con aparente frialdad:

—¿Qué mas me dá?

—¿Y tu Padre? le preguntó su marido en tono de reconvencion.

—Está pescando, respondió ella, fingiendo no entender el verdadero sentido de la pregunta.

El Duque entró en seguida en una larga explicacion de todas las ventajas á que podria conducir aquella admirable habilidad, que le labraria un trono y un caudal.

María lo escuchaba con avidez, miéntras el Duque admiraba el juego de aquella fisonomía sucesivamente fria y entusiasmada; helada y enérgica.

Cuando el Duque se despidió, María habló al oido á Stein, y le dijo con la mayor precipitacion:

—Nos irémos; nos irémos. ¡Y qué! ¿la suerte me llama y me brinda coronas, y yo me haria sorda? ¡No, no!

Stein siguió tristemente al Duque.

Cuando entraron en el convento, la tia María preguntó á éste, que trataba con mucha bondad á su enfermera, ¿qué tal le habia parecido su querida María?

—¿No es verdad, preguntó, que Marisalada es una linda criatura?

—Ciertamente, respondió el Duque. Sus ojos son de aquellos que solo puede mirar frente á frente un águila, segun la expresion de un poeta.

—¿Y su gracia? prosiguió la buena anciana, ¿y su voz?

—En cuanto á su voz, dijo el Duque, es demasiado buena para perderse en estas soledades. Bastante teneis vosotros con vuestros ruiseñores y jilgueros. Es preciso que marido y muger se vengan conmigo.

Un rayo que hubiese caido á los pies de la tia María, no la habria aterrado, como lo hicieron aquellas palabras.

—¿Y quieren ellos? exclamó asustada.

—Es preciso que quieran, respondió el Duque, entrando en su departamento.

La tia María quedó consternada y confusa por

algunos momentos. En seguida fué á buscar al hermano Gabriel.

—¡Se van! le dijo bañada en lágrimas.

—¡Gracias á Dios! repuso el hermano. Bastante han echado á perder las losas de mármol de la celda prioral. ¿Qué dirá su Reverencia cuando vuelva?

—No me ha entendido Vd., dijo la tia María, interrumpiéndole. Quienes se van, son D. Federico y su muger.

—¿Qué se van? dijo fray Gabriel; ¡no puede ser!

—¿Será verdad? preguntó la tia María á Stein que venia buscándola.

—¡Ella lo quiere! respondió él con semblante abatido.

—Eso es lo que dice siempre su Padre, continuó la tia María; y con esa respuesta, la habria dejado morir, sino hubiera sido por nosotros. ¡Ah D. Federico! ¡está Vd. tan bien aqui! ¿Va Vd. á ser como el español, que estando bueno, quiso estar mejor?

—No espero ni creo hallarme mejor en ninguna parte del mundo, mi buena tia María, dijo Stein.

—Algun dia, repuso ella, se ha de arrepentir Vd. ¡Y el pobre tio Pedro! ¡Dios mio! ¿Porqué ha llegado acá el barullo del mundo?

D. Modesto entró en aquel instante. Hacía algun tiempo que habia escaseado sus visitas, no porque el Duque no le hubiese recibido perfectamente, ni porque dejase de ejercer sobre el veterano la mis-

ma irresistible atraccion que ejercia en todos los que se le acercaban. Pero como era regular, D. Modesto se habia impuesto la regla de no presentarse ante el Duque, General y ex-Ministro de la guerra, sino de rigorosa ceremonia. Rosa Mística, empêro, le habia dicho que su uniforme no se hallaba capaz de un servicio activo, y esta era la causa de escasear sus visitas. Cuando la tia María le notificó que el Duque pensaba emprender su marcha dentro de dos dias, D. Modesto se retiró inmediatamente. Habia formado un proyecto, y necesitaba tiempo para realizarlo.

Cuando Marisalada comunicó á su Padre la resolucion que habia tomado de seguir el consejo que le diera el Duque, el dolor del pobre anciano habria partido un corazon de piedra. Este dolor era, sin embargo, silencioso. Oyó los magníficos proyectos de su hija, sin censurarlos ni aplaudirlos, y sus promesas de volver á la choza, sin exigirlas ni rechazarlas. Consideraba á su hija como el ave á su polluelo, cuando se esfuerza á salir del nido, al cual no ha de volver jamás. El buen Padre lloraba hácia dentro, si es lícito decirlo así.

Al dia siguiente, llegaron los caballos, los criados y las acémilas que el Duque habia mandado venir para su partida. Los gritos, los votos y los preparativos de viaje, resonaban en todos los ángulos del convento. El hermano Gabriel tuvo que irse á trabajar en sus espuertas bajo la yedra, á

cuya sombra estaban en otro tiempo las norias.

Morrongo se subio al tejado mas alto, y se recostó al sol, echando una mirada de desprecio al tumulto que habia en el patio; Palomo ladró, gruñó y protestó tan enérgicamente contra la invasion extranjera, que Manuel mandó á Momo que le encerrase.

—No hay duda, decia Momo, que mi Abuela que es la mas aferrada curandera que hay debajo de la capa del cielo, tiene imán para atraer enfermos á esta casa. Ya vá de tres con éste: sobre que en el cielo se ha de poner su mercé á curar á San Lázaro!

Llegó el dia de la partida. El Duque estaba ya preparado en su aposento. Habian llegado Stein y María, seguidos del pobre pescador, el cual no alzaba los ojos del suelo, doblado el cuerpo con el peso del dolor. Este dolor le habia envejecido mas que los años y todas las borrascas del mar. Al llegar, se sentó en los escalones de la cruz de mármol.

En cuanto á D. Modesto, tambien habia acudido; pero con la consternacion pintada en el rostro. Sus cejas formaban dos arcos, de una elevacion prodigiosa. La diminuta mecha de sus cabellos se inclinaba desfallecida hácia un lado. De su pecho, se exhalaban hondos suspiros.

—¿Qué tiene Vd., mi Comandante? le preguntó la tia María.

—Tia María, le respondió: hoy somos 15 de junio, dia de mi santo, dia tristemente memorable

en los fastos de mi vida. ¡Oh San Modesto! ¿Es posible que me trates así el mismo dia en que la Iglesia te reza?

—Pero, ¿qué novedad hay? volvió á preguntar la tia María, con inquietud.

—Vea Vd., dijo el veterano, levantando el brazo, y descubriendo un gran desgarron en su uniforme, por el cual se divisaba el forro blanco, que parecia la dentadura que se asoma por detrás de una risa burlona. D. Modesto estaba identificado con su uniforme; con él habria perdido el último vestigio de su profesion.

—¡Qué desgracia! exclamó tristemente la tia María.

—Una jaqueca le cuesta á Rosita, prosiguió Don Modesto.

—S. E. suplica al Señor Comandante que se sirva pasar á su habitacion, dijo entónces un criado.

D. Modesto se puso muy erguido: tomó en su mano un pliego cuidadosamente doblado y sellado, apretó lo mas que pudo al cuerpo el brazo, bajo del cual se hallaba la desventurada rotura, y presentándose ante el magnate, le saludó respetuosamente, colcándose en la estricta posicion de ordenanza

—Deseo á V. E., dijo, un felicísimo viaje, y que encuentre á mi señora la Duquesa y á toda su familia, en la mas cumplida salud; y me tomo la libertad de suplicar á V. E. se sirva poner en manos del señor Ministro de la Guerra esta representa-

cion relativa al fuerte que tengo la honra de mandar. V. E. ha podido convencerse por sí mismo de cuán urgentes son los reparos que el castillo de San Cristóbal necesita, especialmente hablándose de guerra con el Emperador de Marruecos.

—Mi querido D. Modesto, contestó el Duque, no me atrevo á responder del éxito de esa solicitud: mas bien le aconsejaría que pusiera una cruz en las almenas del fuerte, como se pone sobre una sepultura. Pero en cambio, prometo á Vd. conseguir que se le faciliten algunas pagas atrasadas.

Esta agradable promesa no fué parte á borrar la triste impresion que habia hecho en el Comandante la especie de sentencia de muerte pronunciada por el Duque sobre su fuerte.

—Entretanto, continuó el Duque, suplicó á Vd. que acepte como recuerdo de un amigo...

Y diciendo esto, indicó una silla inmediata.

¿Cuál no seria la sorpresa de aquel excelente hombre al ver expuesto sobre una silla un uniforme completo, nuevo, brillante, con unas charreteras dignas de adornar los hombros del primer Capitan del siglo? D. Modesto, como era natural, quedó confuso, atónito, deslumbrado al ver tanto esplendor y tanta magnificencia.

—Espero, dijo el Duque, señor Comandante, que viva Vd. bastantes años, para que le dure ese uniforme otro tanto, cuando ménos, como su predecesor.

—¡Ah! Señor Excelentísimo, contestó D. Modesto, recobrando poco á poco el uso de la palabra; esto es demasiado para mí!

—Nada de eso, nada de eso, respondió el Duque. ¡Cuántos hay que usan uniformes mas lujosos que ese, sin merecerlo tanto! Sé además, continuó, que tiene Vd. una amiga, una excelente patrona, y que no le pesaria llevarle un recuerdo. Hágame el favor de poner en sus manos esta fineza.

Era un rosario de filigrana de oro y coral.

En seguida, sin dar tiempo á D. Modesto para volver en sí de su asombro, el Duque se dirigió á la familia á quien habia mandado convocar, con el objeto de acreditarle su gratitud, y dejarles una memoria. El Duque no hacia el bien con la indiferencia y dadivosidad desdeñosa, y tal vez ofensiva, con que lo hacen generalmente los ricos; sino que lo verificaba como lo practican los que no lo son: es decir, estudiando las necesidades y gustos de cada cual. Así es, que todos los habitantes del convento recibieron lo que mas falta les hacia, ó lo que mas podia agradarles. Manuel una capa y un buen relój; Momo, un vestido completo, una faja de seda amarilla, y una escopeta; las mugeres y los niños, telas para trajes y juguetes; Anis, un *barrilete*, ó cometa de tan vastas dimensiones, que cubierto con él desaparecia su diminuta persona, como un raton detrás del escudo de Aquiles. A la tia Maria, á la infatigable enfermera del ilustre huésped, á la diestra fabricante de

caldos sustanciosos, señaló el Duque una pension vitalicia.

En cuanto al pobre fray Gabriel, se quedó sin nada. Hacía tan poco ruido en el mundo, y se habia ocultado tanto á los ojos del Duque, que éste no le habia echado de ver.

La tia María, sin que nadie la observase, cortó algunas varas de una de las piezas de crea, que el Duque le habia regalado, y dos pañuelos de algodon, y fué á buscar á su protegido.

—Aqui tiene Vd. fray Gabriel, le dijo, un regalito que le hace el señor Duque. Yo me encargo de hacerle la camisa.

El pobrecillo se quedó todavía mas aturdido que el Comandante. Fray Gabriel era mas que modesto: era humilde!

Estando todo dispuesto para el viaje, el Duque se presentó en el patio.

—Adios, Romo, honra de Villamar, le dijo Marisalada; si te vide, no me acuerdo.

—Adios, Gaviota, respondió éste; si todos sintieran tu ida como el hijo de mi Madre, se habian de echar las campanas á vuelo.

El tio Pedro se mantenia sentado en los escalones de mármol. La tia María estaba á su lado, llorando á lágrima viva.

—No parece, dijo Marisalada, sino que me voy á la China, y que ya no nos hemos de ver mas en la vida. Cuando les digo á Vds. que he de volver·

Vaya, que esto parece un duelo de gitanos! Si se han empeñado Vds. en aguarme el gusto de ir á la ciudad!

—Madre, decia Manuel, conmovido al presenciar el llanto de la buena muger; si llora Vd. ahora á jarrillas, ¿qué haria si me muriera yo?

—No lloraria, hijo de mi corazon, respondió la Madre, sonriendo en medio de su llanto. No tendria tiempo para llorar tu muerte.

Vinieron las caballerías. Stein se arrojó en los brazos de la tia María.

—No nos eche Vd. en olvido, D. Federico, dijo sollozando la buena anciana. —Vuelva Vd!

—Si no vuelvo, respondio éste, será porque habré muerto.

El Duque habia dispuesto que Marisalada montase apresuradamente en la mula que se le habia destinado, á fin de sustraerla á tan penosa despedida. El animal rompió al trote; siguiéronla los otros, y toda la comitiva desapareció muy en breve detrás del ángulo del convento.

El pobre Padre tenia los brazos extendidos hácia su hija.

—¡No la veré mas! gritó sofocado, dejando caer el rostro en las gradas de la cruz.

Los viajeros proseguian apresurando el trote. Stein al llegar al Calvario, desahogó la afliccion que le oprimia, dirigiendo una ferviente oracion al Señor del Socorro, cuyo benigno influjo se esparcia en

toda aquella comarca, como la luz en torno del astro que la dispensa.

Rosa Mística estaba en su ventana, cuando los viajeros atravesaron la plaza del pueblo.

—¡Dios me perdone! exclamó al ver á Marisalada, cabalgando al lado del Duque; ni siquiera me saluda, ni siquiera me mira. ¡Vaya, si ha soplado ya en su corazon el demonio del orgullo! Apuesto, (añadió, asomando la cabeza á la reja), que tampoco saluda al señor Cura, que está en los porches de la iglesia. Si; pero es porque ya le da ejemplo el Duque. ¡Hola! y se detiene para hablarle..... y le pone una bolsa en las manos, ¡qué será para los pobres!... Es un Señor muy bueno, y muy dadivoso. Ha hecho mucho bien: Dios se lo remunere!

Rosa Mística no sabia todavía la doble sorpresa qne le aguadaba.

Al pasar Stein, la saludó tristemente con la mano.

—¡Vaya Vd. con Dios! dijo Rosa, meneando un pañuelo. ¡Mas buen hombre! Ayer al despedirse de mí, lloraba como un niño. ¡Qué lástima que no se quede en el lugar! Y se quedaría, si no fuera por esa loca de Gaviota, como le dice muy bien Momo.

La comitiva habia llegado á una colina, y empezó á bajarla. Las casas de Villamar desaparecieron muy en breve á los ojos de Stein, quien no podia arrancarse de un sitio en que habia vivido tan tranquilo y feliz.

El Duque, entretanto, se tomaba el inútil trabajo de consolar á María, pintándole lisonjeros proyectos para el porvenir. Stein no tenia ojos sino para contemplar las escenas de que se alejaba!

La cruz del Calvario y la capilla del Señor del Socorro desaparecieron á su vez. Despues, la gran masa del convento pareció poco á poco hundirse en la tierra. Al fin, de todo aquel tranquilo rincon del mundo, no percibió mas que las ruinas del fuerte, dibujando sus masas sombrías en el fondo azul del firmamento, y la torre, que segun la expresion de un poeta, como un dedo, señalaba el cielo con muda elocuencia.

Por último, toda aquella perspectiva se desvaneció. Stein ocultó sus lágrimas, cubriéndose con las manos el rostro.

FIN DEL TOMO PRIMERO.